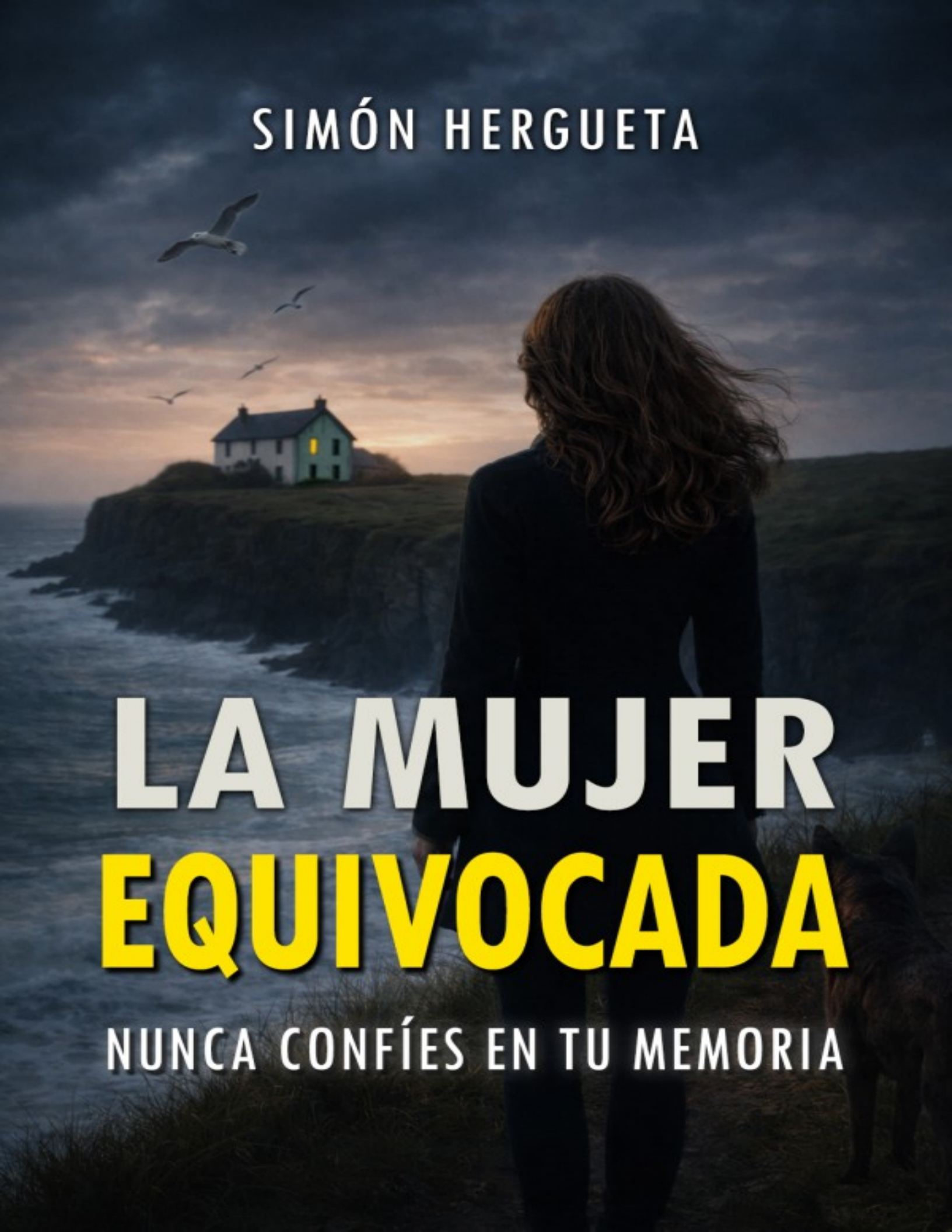

SIMÓN HERGUETA
LA MUJER
EQUIVOCADA
NUNCA CONFÍES EN TU MEMORIA

LA MUJER EQUIVOCADA

Simón Hergueta

LA MUJER EQUIVOCADA
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS
© Simón Hergueta 2026
Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía o el tratamiento informático y su distribución por medios electrónicos.



Aviso legal:

Esta novela es una obra de ficción. Los hechos, personajes y situaciones que en ella se describen son producto de la imaginación del autor. Aunque algunos escenarios y lugares existen en la realidad, su utilización en esta obra es completamente ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales, es pura coincidencia.

1

8 de junio de 2026

Le miro a los ojos y lo suelto de golpe.

Ya lo he dicho.

Observo que ha palidecido. Su semblante se vuelve serio mientras el ruido de las olas amortigua sus palabras.

—¿Estás cortando conmigo?

Me habla con suavidad. Dice que estoy pasando una crisis. Que me entiende. Que esto lo hago porque estoy pasando mucha tensión. Alarga su mano y me acaricia el brazo.

—Déjame si quieres, pero permite que te ayude.

El viento sacude mi cara. Junto a mí pasa planeando una gaviota.

Siento el impulso de retroceder. Dejar que me abrace, olvidar todo y volver a lo de antes. En realidad, ¿no estaré exagerando?

—Te arrepentirás.

Veo su mirada dura. Su dedo señalándome. No sé qué ha dicho exactamente. Me hace dudar incluso ahora.

Miro mi mano. Está temblando. El corazón se me ha acelerado. Se acerca más y me agarra del brazo.

—¿Dónde fuiste ayer? —me pregunta.

Le digo que fui a Santander. Que estuve hablando con la psiquiatra.

—¿Es ella la que te ha metido esta idea en la cabeza?

Me arrepiento de haber comenzado esta conversación. Tal vez esté a tiempo de salir corriendo, llegar a la casa. Marcharme.

Intento apartarlo. Imposible. Me tiene sujeta con fuerza.

—No has pensado bien lo que estás diciendo —dice.

Una sensación rara me atraviesa. Otra vez lo mismo. No.

Sin soltarme, añade:

—¿Sabes? La vida es muy injusta. Especialmente con los que nos merecemos una oportunidad. Y mírate tú.

Aprieta más y me arrastra unos metros. Intento zafarme, pero es demasiado fuerte para mí.

Me giro, tiro de mi brazo y, no sé cómo, le clavo el codo en su abdomen. El impacto lo hace vacilar y afloja su agarre. Me libero.

Corro. Caigo al suelo. El acantilado aparece de golpe. Las nubes bajas. El mar rugiente. Los barcos.

Avanza hacia mí. No habla. En su cara no hay un gesto de odio.

Lo tengo encima. Su brazo avanza. Me agarra. Pierdo el control.

Tengo la boca seca. No me sale la voz. La vista se me nubla.

Sus dedos me aprietan.

No logro saber si me ayuda o me empuja.

Solo siento vértigo. Las gaviotas ya no están.

El suelo desaparece bajo mis pies.

No siento nada.

2

2 de diciembre de 2025

Abro los ojos. La habitación está a oscuras, pero entra algo de luz por la ventana. Suena otra vez desde dentro de la casa. Sí, ahora me ubico más y creo que debe estar por la cocina o el salón.

Me siento en la cama. Ha sonado tres veces. Debe ser algo de la casa. Tal vez es alguien intentando entrar. Me recorre un escalofrío por la espalda. De día la casa me resultó alegre, pero de noche no. Tengo la garganta seca.

Me levanto.

El suelo está frío. Camino despacio sin saber hacia dónde voy. Abro la puerta del dormitorio. El pasillo que da al hall está en penumbra. El ruido sigue ahí. Me está esperando.

Enciendo la luz. Todo sigue igual.

Avanzo más. Escucho. Intento localizarlo en una pared, en el suelo o en algún rincón. Nada. Parece no pertenecer a ningún sitio concreto. Simplemente ya no está.

Una vez jugué al escondite con mamá. Tardó mucho en encontrarme. Me metía en sitios donde apenas cabía.

Voy al salón. Miro detrás del sofá. Me agacho. Paso por la cocina. Abro un armario. Nada. Lo cierro. Vuelve a sonar. Dos veces. Parece que está más cerca, burlándose de mí.

Se me eriza la piel. Oigo mi propia respiración. Algo falla.

Me digo que es normal. Que las casas tienen sus ruidos.

Tal vez han intentado entrar. No creo. Es mi cabeza. Voy a la entrada. La cadena está echada. Todo parece en orden. Mañana lo miraré con luz. Quiero volver a dormirme y olvidarme de esto.

Miro la mesa. Las llaves no están. Abro el cajón. Tampoco. Trato de recordar dónde las puse. Voy a la cocina y las encuentro junto al fregadero.

Regreso al dormitorio. El sonido me acompaña. No quiero pensar. Me meto en la cama.

Pasa un tiempo.

De repente, el chirrido ha desaparecido.

Se corta, como si alguien invisible hubiera pulsado un interruptor.

Me quedo mirando el techo. El silencio que queda resulta frío, casi excesivo. Echo de menos el ruido y eso me inquieta.

Cierro los ojos. Tardo en dormirme. Estoy atenta, esperando que vuelva a sonar.

No lo hace.

Antes de quedarme dormida pienso que mañana, con luz, todo esto me parecerá una tontería. Mamá solía decir que pensaba muchas tonterías. Ahora ya no sé si estoy dormida o soñando.

Esa idea me inquieta.

3

El técnico llega a media mañana. Dice que es mejor venir con luz. Coincido con él, fingiendo seguridad.

Le abro la puerta y entra con una mochila pequeña y una linterna. Recorre la casa despacio, observándolo todo.

—¿Dónde lo oía? —pregunta.

—Por todas partes —digo, y enseguida me arrepiento—. Bueno, no lo tengo claro. Estaba dormida.

Me lanza una mirada rápida y lo confirma con un leve movimiento. Se agacha junto al rodapié del salón, abre un armario, golpea ligeramente una pared con los nudillos.

—¿Esta pared a dónde da?

—A mi dormitorio.

—Aquí no hay nada —dice al cabo de un rato—. Puede que entrara y saliera. O que ya no esté. No sé.

—Pero lo oí claramente.

—Claro —dice—. No lo dudo.

Esa frase me tranquiliza.

Pasa a la cocina, que está junto al salón. Mira debajo del fregadero, por la nevera.

—Los bichos suelen venir a la cocina donde hay sobras de comida —dice frunciendo el ceño.

Se dirige a la puerta para irse cuando alguien llama desde fuera. Son tres golpes suaves, seguros.

Abro.

Un hombre está al otro lado, con una caja pequeña en las manos. No parece sorprendido de verme.

—Perdona —dice con una sonrisa—. Soy el vecino. Me dijeron que estabas teniendo problemas con ruidos. Traigo unas trampas, por si acaso.

Miro al técnico. Luego a la caja. No sé qué decir. Nunca he visto trampas para bichos y hasta me hace gracia.

—Pasa —digo al final—. Creo que es un grillo.

Mi frase suena estúpida, pero ya la he dicho. No tengo por qué avergonzarme.

El hombre entra. Mira alrededor con curiosidad. Deja la caja sobre la mesa de la cocina y se presenta. Su voz es tranquila y no intenta caer bien.

—Soy Héctor.

Le doy la mano. Me pregunto quién le habrá avisado para que venga.

—A veces no es un grillo —dice—. A veces son sonidos que hacen las casas por los cambios de temperatura. Pero por probar…

No entiendo lo que quiere decir, pero le sigo la corriente y sonrío. El técnico le mira con cara de circunstancia. Yo estoy segura de que no han sido ruidos de la madera, pero no tengo el ánimo para discutir.

Abre la caja y saca una de las trampas. Me explica cómo funciona sin mirarme, concentrado en el aparato. Sus manos son precisas. No hace aspavientos.

—¿Dónde lo oías más?

Lo tengo que pensar.

—En el salón. Creo.

Me mira. Da unos pasos y coloca la trampa junto a la pared. Se incorpora.

—Si esta noche vuelve a sonar y no cae nada, no es un bicho —dice—. Y si no suena, pues mejor.

Lo dice como un hecho. Con la naturalidad de quien caza grillos a diario. Estoy en casa con dos hombres que no conozco y uno de ellos parece un cazador de grillos.

El técnico se va. Héctor se queda un poco más, observando el salón. Yo permanezco de pie sin saber qué hacer.

—Estas casas engañan —añade—. Sobre todo al principio.

—Espero que desaparezca —digo.

Sonríe. No es una sonrisa amplia. Es más bien una muestra de cortesía.

—Si necesitas algo, estoy justo al final del camino, en los apartamentos de allí.

Hace un gesto señalando. Caigo en la cuenta de que no le he dado las gracias.

—Gracias —digo entonces.

—Nada. Mira, te dejo mi número, por si acaso.

Intercambiamos teléfonos. Luego se dirige a la puerta. Antes de salir, se gira.

—Por cierto —dice—. Si esta noche no oyes nada, no significa que ayer no pasara. Entran y luego se van.

Me quedo mirándolo, sin saber muy bien por qué esa frase me incomoda.

—A veces el oído insiste —añade—. Incluso cuando ya no hay nada.

—¿Tú crees?

—Sí, claro.

Cuando se va, la casa queda otra vez en silencio. Un silencio perfecto solo interrumpido por el graznido de las gaviotas y el oleaje del mar. Me digo que ya está.

Miro la trampa en el suelo. Me acerco. Parece estar bien puesta.

Esa noche me acuesto más tranquila. Apago la luz. Escucho.

El grillo no suena.

Respiro hondo y sonrío en la oscuridad, con una sensación aparente de alivio.

Ese silencio no me tranquiliza. Me mantiene despierta. Puedo escuchar mi propia respiración con demasiada intensidad.

Mañana iré a dar un paseo por el acantilado.

Me he fijado que las gaviotas planean sobre el viento. Quiero verlas de cerca.

4

El camino hasta el acantilado es estrecho y desigual. La tierra está seca, pisoteada, con piedras sueltas que obligan a mirar dónde se pisa. Avanzo despacio. Me he calzado unas botas de suela gruesa que se agarran muy bien al terreno.

El mar ocupa casi todo el horizonte. Me detengo a unos metros del borde. El viento sopla con tal fuerza que me revuelve el pelo. Las gaviotas planean casi sin moverse, suspendidas en el aire, sostenidas por el viento. No aletean. Simplemente están ahí. Algunas me pasan rozando. Si estiro la mano, casi podría tocarlas.

Me acerco más. Una piedra se desprende y cae. Choca contra las rocas. Siento el vértigo.

Llevo una chaqueta de cuero que me abriga. Hoy es un día nublado en Cantabria y han dicho que va a llover.

Desde arriba, todo parece estable. El mar, las rocas, incluso el vacío. Solo cuando miro hacia abajo noto una presión en el estómago, una advertencia física. El cuerpo reacciona antes que yo. Doy un paso atrás.

No entiendo cómo alguien pudo construir una casa aquí, tan cerca del acantilado. De hecho, es la única casa. Pienso en las paredes, en los cimientos, en lo que no se ve. Me pregunto si estuvo siempre ahí o si llegó después, como yo.

Si hubiera un corrimiento de tierras, la casa podría caer al mar. Qué tontería.

Sigo caminando.

Más adelante veo un burro. Está solo, atado a una estaca corta, mordisqueando la hierba. Es pequeño, de color gris claro, con el lomo algo encorvado. Podría ser Platero. Levanta la cabeza cuando me acerco, pero no se aparta. Su mirada es tierna.

Me detengo frente a él. Alargo la mano despacio, por si se asusta. Su piel es áspera y tibia. En algunas zonas tiene algo de barro. Le acaricio el cuello, luego el hocico. Noto su respiración.

Siento algo peculiar. Un calor que me abraza.

Me viene una imagen. Yo de pequeña, sentada en el suelo, riéndome. Un burro a mi lado. No conozco el lugar. Solo el animal y la sensación de estar a salvo. El recuerdo aparece sin orden, sin detalles claros, como una fotografía mal enfocada. Trato de recordar quién estaba conmigo, pero no lo consigo. Estoy sola y me veo muy pequeña. Tampoco sé si es real.

Me quedo pensativa, con la mano apoyada en su cuello, intentando sostener esa imagen, pero se disuelve enseguida. Me digo que puede ser una invención.

El burro mueve la cabeza y vuelve a comer. Parece indiferente a mí ahora. Retiro la mano.

Miro de nuevo hacia el mar. Las gaviotas siguen planeando. El viento no ha cambiado.

Me doy la vuelta y emprendo el camino de regreso. Mientras camino, pienso que quizá no importe si el recuerdo es verdadero o no. La sensación sí lo ha sido. Cuando la casa aparece a lo lejos, blanca y quieta, vuelvo a sentir ese leve vértigo. Algo parecido a una duda. ¿Y si se cayera al mar?

Sigo andando, pero antes de alejarme demasiado, escucho el rebuzno del burro. Me reconforta.

He estado evitando la playa y ahora la tengo delante. Allí está la caseta. Sigue igual.

Algo hace que sienta una opresión en el pecho.

Acelero el paso.

5

No sé cómo, pero terminamos quedando para cenar. Él menciona un sitio cercano, algo sencillo que nos pueda gustar a los dos. Yo digo que sí. Me vendrá bien salir de casa.

El restaurante está medio vacío. Hay luz cálida, mesas de madera gastada y un murmullo bajo que no obliga a levantar la voz. No es como esos otros sitios en donde la gente grita o se celebran despedidas de solteros. Es un lugar refinado y acogedor. Han puesto algunas decoraciones navideñas. Tomo asiento frente a Héctor y lo observo con más de atención. Hasta ahora solo había visto una silueta funcional.

Es más alto de lo que recordaba, de eso me he dado cuenta mientras entrábamos. Es un hombre delgado, pero no tiene pinta de frágil. Tiene una forma de estar que no invade el espacio. Deja un margen invisible entre él y el resto. Lleva la barba de varios días, cuidada sin parecerlo. Estoy segura de que la cuida con esmero. No esquiva la mirada, pero tampoco la sostiene más de lo necesario.

—¿Qué tal el día? —pregunta.

—Bien —digo—. Tranquilo. Voy instalándome.

Hago un repaso de lo que he hecho y no encuentro nada especial que contarle, así que me invento algunas cosas.

Pedimos casi lo mismo. Cuando el camarero se va, el silencio no molesta ni se vuelve incómodo. Eso me atrae. Héctor apoya los antebrazos sobre la mesa, relajado. No tiene prisa por ir a ningún sitio. Si fumara este sería el momento en que se encendería un cigarrillo.

—¿Dormiste mejor? —dice.

—Sí. No oí nada.

—A veces el primer día es el peor.

Muestra una ligera sonrisa. Algo en su expresión se afloja.

Bebo un sorbo de vino. Me noto más suelta de lo que esperaba. Quizá porque no tengo nada que perder.

—La casa… —empiezo, y me detengo—. En realidad no era mía.

Levanta las cejas.

—¿No?

—Es una herencia. Me la acaban de dar.

No hago drama.

—Era de una mujer que apenas conocía —añado sin más explicaciones.

Héctor bebe vino. No pregunta quién era. Solo asiente, despacio.

—Eso siempre descoloca —dice—. Heredar algo de alguien desconocido.

—Supongo que son cosas que no eliges —añado yo.

Sonríe entonces, una sonrisa breve, lateral.

—Las casas hacen eso —dice—. Guardan más historia de lo que parece.

Empiezo a sentirme cómoda. Tal vez sea el vino.

—El notario dijo que no tenía cargas. Que me había buscado expresamente antes de…

No explico más. Me quedo ahí encallada.

—¿Y tú preguntaste?

Niego con la cabeza.

—No.

—¿Y no te pareció raro?

Pego un resoplido.

—Supongo que me pareció suficiente con saber que todo era legal.

No digo que también me pareció una oportunidad. Ni que necesitaba un cambio. Me guardo todo eso.

Héctor corta el solomillo con cuidado. Luego se echa salsa después de ofrecerme.

—A veces no hace falta saberlo todo de entrada —dice—. Hay cosas que se entienden sobre la marcha.

No me gusta esa idea.

—¿Y tú? —pregunto—. ¿Siempre has vivido aquí?

—Casi siempre.

Comemos. Me oigo reír en algún momento y me sorprende la naturalidad de mi risa. Héctor me mira entonces con la atención abierta, sin examinarme.

—Mudarse sola es raro —dice—. El primer mes todo parece provisional. Hasta que te acostumbras.

—Es verdad —respondo—. Es como si todavía no hubiera terminado de instalarme.

Me pregunto cuándo me acostumbraré.

Salimos y fuera el aire está fresco. Termina el otoño, pero no hace frío. Caminamos sin rumbo. No sé si es buena señal. En la calle brillan las luces de Navidad.

—Si quieres, otro día cenamos en casa —digo, y la frase sale sola.

Héctor me mira. Sus ojos no muestran sorpresa, sino una especie de evaluación tranquila.

—Cuando quieras.

Nos despedimos sin besos ni promesas. Solo una mirada de cercanía. Camino de vuelta con la sensación de que nada importante ha pasado y eso me gusta.

En casa, la trampa sigue en su sitio. La dejo estar. Hago una ronda para ver que todo está en su sitio.

Me acuesto temprano. Apago la luz. Escucho.

Nada.

El silencio ya no me incomoda. Me parece lógico. Me digo que quizá estaba exagerando. Que la herencia, la casa, el cambio, todo junto, había afinado demasiado mis sentidos.

Hoy me siento menos sola.

Antes de dormirme, aparece una imagen de Héctor. Le estoy viendo sentado en el restaurante hablando con la copa de vino en la mano.

Cierro los ojos.

El grillo no aparece.

Me duermo convencida de que no era nada.

6

Voy a Santander por la mañana. Hace tiempo que no vengo a esta ciudad y sin embargo, todo me parece igual que antes. El día está gris, de esos en los que no sabes si va a llover o no. Entro en la notaría unos minutos antes de la hora. Tomo asiento y espero.

El lugar es sobrio. Muebles oscuros, papeles ordenados, un silencio profesional que no invita a levantar la voz. Cuando dicen mi nombre, me levanto enseguida. Llevo rato preparada.

Alberto Pérez me recibe con una sonrisa. Me reconoce. No con sorpresa, sino con esa familiaridad educada de quien ya te ha visto antes y te coloca en su memoria sin esfuerzo.

—Es solo un trámite —dice mientras se sienta—. Cerrar definitivamente la documentación.

Me siento frente a él. Saca una carpeta. La abre con cuidado. Todo parece estar en su sitio. Papeles que la mayoría no entiendo. El notario es muy escrupuloso. Ordena todo con sumo cuidado. Me fijo en sus uñas. Las lleva impecables.

—Su madre me insistió en que la casa quedara a su nombre.

Me explica lo justo. Que las escrituras están listas. Que no hay incidencias. Que todo está conforme a derecho. Que la casa es mía. Su voz es clara, neutra. No noto nada extraño. No hay segundas lecturas ni advertencias.

Firmo donde me indica. Una vez. Luego otra. El sonido del bolígrafo sobre el papel me resulta más presente de lo que esperaba. Es un pequeño anclaje a la realidad.

—Con esto queda todo resuelto —dice.

Luego añade con tono solemne:

—Su madre era una gran mujer. Muy querida aquí.

Cierra la carpeta. Me entrega los documentos. Los cojo y los coloco dentro de una carpeta que me he traído.

—Si necesita cualquier cosa más adelante, no dude en llamarnos.

—Gracias —digo.

Nos damos la mano de forma rápida y correcta. Me giro para marcharme.

—Disculpe.

Me detengo y le miro.

—¿Va usted a vivir en la casa?

—No lo sé. ¿Por qué?

—Verá, le aconsejo que cambie las cerraduras.

Salgo de la notaría con una tristeza inesperada. En mi imaginación he tachado una línea que no quería tachar. Aceptar la herencia me hace pensar en ella. No tengo claro que fuera tan querida.

No me acostumbro a tener una casa a mi nombre.

Trato de no darle más vueltas.

Camino sin rumbo. Santander se abre delante de mí con normalidad. Gente entrando y saliendo de las tiendas, coches detenidos, Correos. Todo sigue igual.

Decido caminar hacia el puerto. Atravieso los jardines de Pereda. Compro un billete y subo a la pedreñera. Me siento junto a la barandilla. El motor arranca echando una humareda y el agua se abre a ambos lados.

El viento me da en la cara. Me recojo dentro de la chaqueta. Pienso en la casa. En la firmeza que parecía tener todo dentro de la notaría. En lo fácil que ha sido cerrar los papeles.

Y, sin embargo, siento cierta ansiedad, difícil de situar. También la sensación de que no merezco todo lo que tengo. ¿Qué hice para alejarme de mi madre? ¿Por qué me eligió en el último momento?

Cuando la pedreñera atraca en Somo, me levanto y bajo con los demás. Camino por la playa antes de volver.

Agarro la carpeta con fuerza. Soy consciente de que esos papeles me convierten en alguien distinto.

Encuentro el coche y conduzco hasta Solanzos.

Al llegar a casa, dejo las llaves sobre la mesita. Me tumbo en el sofá del salón y me doy cuenta de que esta casa es ahora mía.

Me repito que todo está en orden. Que tendría que estar feliz. Pero no es así.

Noto la ansiedad en la boca del estómago.

7

Me despierto porque hay un ruido.

Abro los ojos. La habitación está a oscuras. El sonido vuelve, irregular, eléctrico. El grillo.

Me incorporo. No siento miedo ni tampoco sorpresa. He estado esperando esto sin saberlo.

Camino hasta la puerta del dormitorio.

El pasillo está en penumbra. El ruido suena otra vez, desde dentro de la casa. No sabría decir desde dónde. Trato de ubicarlo.

Enciendo la luz.

Parpadea una vez. Luego se queda fija.

Observo el techo, las paredes. Espero que algo cambie, pero no cambia nada. La puerta de la entrada está cerrada. Pero hay un detalle que me molesta. No he echado la cadena. Me acerco y echo la cadena. Miro por la ventana. La noche es negra.

Avanzo hasta el salón. El sonido continúa. No es constante. Aparece y desaparece sin seguir un ritmo claro. Miro alrededor con atención. Veo la trampa en el suelo, junto a la pared.

Me acerco.

La observo. Es pequeña, de plástico. Está donde la dejó Héctor. Me agacho sin tocarla. No recuerdo bien cómo funciona. Sé que sirve para algo, pero no sabría decir para qué. Me sorprende esa duda. ¿Era para ratones?

Escucho de nuevo el ruido.

Miro hacia la cocina, luego hacia el pasillo. Todo parece igual que antes. Me meto en la cocina. Recuerdo las palabras del técnico. Los bichos van a la cocina a comer.

Enciendo la luz. Hay un sonido bajo el fregadero. Abro la puerta. Observo. Meto la mano y noto el agua caer gota a gota. Se ha

encharcado todo el armario. Hoy mismo creo que cogí un estropajo de aquí y no había nada.

Busco un recipiente de plástico. No hay. Cojo el cubo de la fregona y lo coloco debajo. Toc, toc, toc. El agua lo empieza a llenar lentamente.

Vuelvo al dormitorio. Me deslizo bajo las sábanas como si esconderme fuera suficiente. Apago la luz. Siento un repentino vacío.

El ruido sigue. Luego se corta.

Permanezco boca arriba, escuchando el silencio que queda. Me digo que mañana lo miraré con calma. Mis ojos están muy abiertos.

Me obligo a cerrarlos. Antes de dormirme, me acuerdo del parpadeo de la luz. No como algo importante. Solo como un detalle que no me ha gustado.

Con el silencio de la noche llega a mis oídos el toc toc de la gotera.

De pronto se para. Noto que tengo la boca seca.

Juraría que hay un roce en la cerradura de la puerta.

Cojo el móvil y espero.

8

Por la mañana la cocina huele a café y tostadas. Oigo el goteo cuando apago la cafetera y el ruido de fondo desaparece. Es leve, casi tímido, pero constante. Y ahí sigue. Una gota. Luego otra.

Me agacho y miro el grifo de cerca. No parece grave. Coloco un vaso debajo y vacío el cubo de la fregona en el baño. Luego vuelvo a colocar el cubo.

Escribo a Héctor. Le digo que el grifo pierde un poco de agua. Nada más. Me contesta enseguida. Dice que se pasa cuando termine lo que está haciendo.

Nada más hacerlo me arrepiento. ¿Por qué no he llamado a un fontanero de verdad?

Llega a primera hora de la tarde. Viene sin prisa, con una bolsa pequeña en la mano. Me saluda con naturalidad.

—Es bastante común —dice al entrar en la cocina—. A mí me pasó algo parecido una vez.

Se arremanga y se mete debajo del fregadero. Yo me quedo de pie, apoyada en la encimera. El agua gotea dentro del cubo.

—No hace falta llamar a nadie —añade desde abajo después de inspeccionar—. Si es lo que creo, se arregla fácil.

Cierra la llave de paso. Desmonta los tubos con cuidado. El plástico suena seco al soltarse. Saca un pequeño tubo de pegamento de la bolsa.

—Esto sella bastante bien —dice—. Lo usé en casa y aguantó años.

No suena orgulloso. Lo dice como quien comenta algo sin importancia. Se agacha y comienza a repararlo.

—¿Desde cuándo está así? —me pregunta.

—Me di cuenta anoche.

—¿Anoche?

—Sí, me despertó el ruido y…

No sé si contárselo. Héctor aplica el pegamento con precisión, sin manchar nada. Se toma su tiempo. Yo observo sus manos, la forma en que gira las piezas, cómo decide cuándo apretar y cuándo parar.

—Me pareció que alguien estaba metiendo una llave en la puerta.

Lo digo de corrido, aunque noto que me he puesto roja. Héctor para lo que está haciendo y me mira.

—¿En serio?

—Bueno, es que no estoy segura.

Héctor echa un vistazo a la puerta de la entrada.

—A veces las cañerías hacen unos ruidos muy extraños. Una vez, al enfriarse la caldera en mi casa, hizo un ruido idéntico al de una cerradura forzada. Me asusté de verdad.

Después se mete dentro del fregadero y continúa con la reparación.

—Ya está —dice—. Déjalo reposar antes de abrir el agua del todo.

Sale de debajo del fregadero y se limpia las manos con un paño. Me doy cuenta de que he dejado el cajón de los cuchillos abierto sin saber por qué. Lo voy a cerrar, pero me detengo.

Intento recordar cuándo lo abrí. No lo consigo.

—Gracias —digo.

—Nada —responde—. No me cuesta nada. ¡Ya ves!

Abre la llave despacio. El grifo permanece seco. Nos quedamos mirándolo, esperando que haya una reacción tardía. Hay suerte. Ha funcionado.

—Debería aguantar —dice.

Se va poco después. Cuando cierro la puerta, vuelvo a la cocina. Paso el dedo por la base del tubo. Está seco.

Todo parece funcionar bien.

Me quedo un momento allí, sin hacer nada más, escuchando el silencio que queda cuando no hay agua cayendo.

Intento seguir con el día.

No puedo.

Me paso el día pensando en el cajón de los cuchillos.

Voy a la cocina y lo cierro.

Lo compruebo dos veces.

Aun así, cada vez que paso por delante, tengo la sensación de que sigue abierto.

9

Me despierto con un dolor bajo y profundo. Noto una piedra caliente dentro del vientre.

Estoy boca arriba, esperando que se afloje. No lo hace. Vuelve en oleadas, con una puntualidad que no depende de mí. Respiro despacio, contando sin querer.

Hoy iba a ir a Cabárceno.

Lo había pensado ayer, casi con entusiasmo. Un plan sencillo: ir sola, ver animales, caminar sin hablar con nadie y volver por la tarde con la sensación de haber hecho algo normal.

Me giro con cuidado. La molestia se desplaza, no desaparece. Me siento en el borde de la cama.

Cuando me levanto, me mareo.

Voy al baño. Confirmo lo obvio. Me lavo las manos y me miro en el espejo. Tengo la cara pálida, los ojos hinchados. No parezco enferma, solo cansada. Aprovecho y me echo crema de contorno de ojos.

En la cocina, pongo agua a calentar. Me preparo una infusión. El grifo está seco. Es un detalle tonto, pero me tranquiliza. No puedo evitar mirar el cajón de los cuchillos. Sigue cerrado. Todo bien.

Tomo un ibuprofeno con un sorbo de agua. Me siento en la mesa. El dolor se mantiene ahí abajo. No es insoportable, pero no me deja pensar.

Miro el móvil. La idea de Cabárceno me parece ahora muy cuesta arriba, como si lo hubiera propuesto otra persona. Me digo que puedo ir más adelante. Que no pasa nada por aplazarlo.

Subo y me vuelvo a meter en la cama con la taza entre las manos. El silencio de la casa no me ayuda. Está ahí. Intensificando la presión. No oigo nada extraño. Solo leves crujidos de la madera o alguna vibración del viento en las ventanas. Cierro los ojos.

Duermo a trozos.

Cuando me despierto, es ya por la tarde. La luz entra apagada y gris. Llueve muy fino. Me levanto despacio y voy hasta la ventana.

El jardín está húmedo. El mundo parece detenido.

La presión ha bajado, pero sigue ahí, como una mala digestión. Busco algún libro para leer. Encuentro la carpeta con las escrituras. Las saco.

Me cuesta creer que la casa es mía. Miro mi firma y me parece la de otra persona. Recuerdo lo que me dijo el notario. Cambiar las cerraduras. No lo he hecho. Aparto la carpeta y vuelvo a dejarla en la balda.

Bajo a la cocina. Saco un yogur. Lo como de pie. Me duele el vientre con cada cucharada. Mi cuerpo protesta por existir.

Me dejo caer en el sofá con una manta. Enciendo la televisión y me quedo viéndola durante la tarde. Al final la apago. No soporto más las voces.

Miro la trampa junto a la pared. Me parece que la he cambiado de sitio. Antes estaba junto al radiador. Ahora está bastante más lejos. Es posible que le haya dado un puntapié. No lo recuerdo. La vuelvo a poner en su sitio.

Es absurdo que la trampa tenga un sitio.

Vuelvo a la cama. Me tumbo, con las persianas a medias, escuchando la lluvia. Gotas rítmicas. Persistentes.

El móvil vibra una vez. Miro la pantalla. Es un mensaje de Héctor.

¿Todo bien?

Lo leo dos veces. Me molesta que haya escrito. Ahora mismo no quiero hablar con él.

Tecleo una respuesta corta.

Sí. Día raro. Me quedo en casa.

Dejo el móvil boca abajo a desgana. Cierro los ojos. Pienso que mañana iré a Cabárceno. Seguro. Aunque esté jodidamente mal.

Pero esa promesa tampoco me tranquiliza.

10

Hoy es Nochebuena. Bajo al pueblo por la mañana. Necesito comprar unas cuantas cosas que he ido aplazando sin darme cuenta. Pan, leche, yogures, y algo rico para la cena.

El día está claro. Hay mucha gente en la calle. Me cruzo con varias caras conocidas, pero nadie se detiene a hablar. Me gusta esa forma de estar acompañada sin tener que explicarme.

Entro en la tienda y recorro los pasillos despacio. Me entretengo comparando precios que no me importan. Cuando llego a la caja con el carrito lleno, oigo su voz antes de verlo.

Está a unos metros, de espaldas. Reconozco la forma en que se inclina ligeramente hacia delante al hablar. Está con una mujer. Ella se ríe de algo que él dice y le toca el brazo con una leve caricia.

No hago nada. Me quedo inmóvil, con el pan que acabo de coger en la mano.

La mujer es más joven que yo. Tiene el pelo recogido y una chaqueta clara. Parece cómoda allí, como si no fuera una visita. No parece alguien de paso. Más bien diría que debe ser del pueblo.

Héctor se gira entonces y me ve. Su expresión no cambia. Sonríe con naturalidad.

—Hola —dice.

—Hola —respondo.

Se acerca lo justo. No deja a la mujer atrás, pero tampoco la trae consigo. Quedan a una distancia rara. No saben dónde colocarse.

—Ana —dice, mirándola—. Ella es Raquel.

Raquel me sonríe. Es una sonrisa abierta, sin cálculo ni segundas intenciones.

—Encantada.

—Igualmente —digo.

No sé qué más añadir. Ignoro el lugar que ocupo en esa escena. No es incómoda de una manera clara. Es peor. Es imprecisa.

—¿Qué tal todo? —pregunta Héctor.

—Bien —digo.

Sonríe. Me mira de nuevo. Espera algo.

—Bueno —dice—, ya hablamos.

No suena a promesa. Suena a excusa fácil.

Me despido, doy un paso atrás y pago en otra caja. Cojo el carrito y salgo sin mirar atrás.

Camino unos metros antes de darme cuenta de que tengo el pulso acelerado. No mucho. Lo justo para notarlo.

Me digo que es absurdo.

Que no tengo ningún motivo para sentirme así.

No es nada mío.

Me detengo frente a un escaparate y finjo mirar algo. Respiro despacio para calmarme. Poco a poco el corazón vuelve a su ritmo.

Sigo caminando.

Durante el resto del día, la escena vuelve a aparecer sin querer. La forma en que ella se reía. Su pelo negro con flequillo. Su mano en el brazo de Héctor. La espontaneidad con la que él la presentó. La buena pareja que hacían.

No pienso mal de ninguno de los dos. Tampoco tengo nada que reprochar.

Y, aun así, algo se me queda atravesado.

Por la noche, al preparar la cena, me doy cuenta de que he comprado dos barras de pan en lugar de una. Las dejo sobre la mesa y las miro. No recuerdo haberlas cogido.

No pasa nada.

Me lo repito mientras pongo las cosas en la bandeja.

No pasa nada.

Pero el silencio de la casa me resulta distinto esta noche.

11

Paso la mañana ordenando la casa sin un plan claro. No es una limpieza a fondo. Es más bien mover cosas de sitio, abrir cajones, decidir qué tirar y qué no.

Empiezo por el dormitorio de arriba. El que no uso. Abro el armario y saco una caja que no recordaba haber visto antes. Está en el fondo, detrás de unas mantas viejas. Al cogerla, noto que es muy pesada.

La dejo sobre la cama y me tumbo a un lado. Está cerrada con cinta marrón y me cuesta despegarla. Debe llevar mucho tiempo así. Dentro hay papeles, carpetas, algunos sobres cerrados y varios cuadernos.

Los hojeo sin mucho interés. Facturas antiguas, documentos sin orden, manuales de electrodomésticos. Nada que me llame la atención.

Hasta que veo el cuaderno azul.

Es pequeño, de tapas blandas, con las esquinas desgastadas por el uso. Lo cojo y lo reconozco antes de abrirlo. La letra es mía. La forma de la inicial, la inclinación de algunas palabras. Casi había olvidado que existía. Acuden a mí imágenes de otra época, en El Sardinero, bebiendo mistelas. Aún siento el sabor en mi boca.

Me quedo mirándolo un momento.

Mamá solía decir que escribir ayudaba. Que poner las cosas en papel aligeraba la carga. Que así no se quedaban dentro dando vueltas.

Lo decía como algo práctico, no como un consejo profundo. Escribe y ya está. Luego te olvidas de todo. Yo lo escribí todo y no me sirvió de nada.

Abro el cuaderno por una página al azar.

No leo más que unas pocas líneas.

La sensación no es de sorpresa. Es de extrañeza. El tono no me resulta familiar. No es infantil, pero tampoco es el mío de ahora. Es más directo. Más urgente.

Siento un cosquilleo al leer:

El que iba a ser el momento más feliz de mi vida se ha convertido en el más amargo. Todo por culpa de ella. Nunca se lo podré perdonar. Me dijo que no estaba preparada. Que aún no era el momento. Y ahora no hay ningún momento.

Lo leo varias veces. Contengo la respiración. Paso otra página. Me duele la tripa. Me convierto en una niña que mira a los adultos desde la distancia escondida tras unas sillas.

No quiero pensar en eso ahora. No así. Con esa intensidad. Expulso el aire que llevo tiempo retenido y no experimento ningún alivio. Miro las palabras, pero ya no puedo leer lo que pone. Solo puedo evocar recuerdos vagos de lugares que ahora no ubico bien: un coche, un hospital, una sala blanca. Personas sin nombre que vienen y van. Una casa que no sé si es esta u otra.

Cierro el cuaderno.

Me quedo sentada en la cama, con el cuaderno sobre las piernas, notando el peso del tiempo. Me pesan los hombros. Creo que me he encorvado. Pienso en esa frase de mamá. En lo fácil que parecía todo entonces. Escribes. Cierras. Sigues. Ella nunca lo entendió.

Me digo que luego lo leeré otra vez con calma.

Devuelvo el cuaderno a la caja y la cierro. No la vuelvo a guardar en el armario. La dejo sobre la cómoda, a la vista.

Bajo a la cocina. Me preparo un café. El ruido de la cafetera llena la casa y agradezco esa ocupación sonora. Me siento en una silla mientras espero sin nada que hacer.

No pienso en lo que he leído. Pienso en el hecho de haberlo escrito en un momento de mi vida que ahora parece muy lejano.

Cuando subo de nuevo, la casa está en silencio. Paso por delante del dormitorio y miro la caja cerrada. Siento un vacío en el estómago.

Pienso en abrirla de nuevo, pero al final decido no hacerlo.

Sigo con lo que estaba haciendo, ordenando cosas sin un propósito claro, pero la lectura de ese diario ha tocado algo que no

quería remover ahora.

Cojo la caja y la bajo a la cocina. La pongo encima de la mesa. La vuelvo a coger y la subo. La aparto de donde pueda verla.

No sé dónde ponerla.

12

Cabárceno está más lleno de gente de lo que esperaba. Familias, parejas, grupos que caminan despacio ocupando casi todo el sendero. Me adelanto cuando puedo. No me molesta nadie en concreto. Solo el ruido constante de conversaciones que no me interesan. A pesar de ello, agradezco escuchar a gente hablar con normalidad.

Entro en una tienda pequeña, a un lado del recorrido. Dentro hay estanterías con objetos decorativos: figuras, tazas, cosas que no sabría qué hacer con ellas. Me acerco a una balda donde hay pequeños demonios de cerámica, todos distintos, con diferentes expresiones.

Cojo uno. Es frío y liso.

—Se venden mucho —dice la dependienta—. La gente los compra para casa.

—¿Para casa?

—Sí. Para ponerlos en una estantería, en la entrada, cosas así.

Vuelvo a dejar la figura.

—Dicen que dan equilibrio —añade—. Que ayudan a que el ambiente esté mejor.

Me decido por uno. El que está pintado de rojo y azul y tiene una sonrisa.

—¿Es para regalo?

—No, es para mí.

Pago y salgo de la tienda. Guardo el demonio en el bolso.

El móvil suena nada más cruzar la puerta.

—Hola —dice una voz—. Llevaba tiempo queriendo llamarte. ¿Todo bien?

—Sí.

—¿Dónde estás?

—En Cabárceno.

—Ah, mira. Has salido entonces.

—Sí.

Se oye tráfico al otro lado. Un semáforo. Un claxon lejano.

—Te llamaba para saber cómo estás —dice—. Hace tiempo que no hablamos.

—Gracias. Estoy normal.

—¿Normal bien o normal sin más?

Lo pienso. No sé qué decirle.

—Normal sin más.

Lo digo con brusquedad, pero ha sonado tan abrupto que nos reímos por el matiz. Camino mientras hablamos y paso junto a un cercado. Hay animales, pero no me detengo.

—¿Sigues en la casa? —pregunta.

—Sí, claro.

—¿Y qué tal?

—Bien. He estado organizando. Ya fui al notario. La casa es mía al cien por cien.

Hay una pausa.

—Yo creo que esa casa no te hace ningún bien, Ana. Estás ahí en mitad de la nada, completamente aislada. Y encima con todo lo que tiene esa casa.

La escucho pero no quiero discutir. Es lo mismo que me lleva diciendo semanas. Sigo caminando y ella no para de hablar. Poco a poco me voy quedando sin energía.

—¿No vas a decir nada?

Me detengo a observar los lobos. Algunos están tumbados. Las crías juegan.

—¿Ana?

—¿Qué?

—¿Que si no vas a decirme nada?

—No. No sé qué decirte, Marta.

Al final ella misma decide cambiar de tema.

—Oye, ¿has visto los bolsos nuevos que han sacado? Los de esa marca… —duda—. Los que parecen medio artesanos.

—No —digo sin ningún interés.

—Pues se han puesto de moda. Clara se ha comprado uno. Dice que combina muy bien.

—Seguro.

—Eso dice. Yo no sé si comprarme uno.

—Si te gusta… comprátelo.

—Ese es el problema. Que me gusta todo.

Se ríe. Me cuenta que ha estado mirando colores, que al final todos se parecen. Escucho lo que dice sin añadir mucho. El ruido de gente alrededor se mezcla con su voz.

—Bueno —dice al final—. Solo quería saber si estabas bien.

—Lo estoy.

—Me alegro. Ya hablamos con calma.

—Vale.

Cuelgo.

Sigo andando. Luego doy la vuelta. No miro el mapa. Las flechas indican la salida.

Cuando llego al coche, cierro la puerta y dejo el bolso en el asiento de al lado. Arranco.

Al salir del recinto, reduzco la velocidad. Un coche se incorpora justo detrás de mí. Acelero y mantengo la distancia.

Conduzco sin pensar, pero el vehículo acelera y se me pega por detrás. Miro cada dos segundos por el espejo retrovisor. Me sudan las manos.

Vuelvo a acelerar, pero no consigo mantener la distancia. Mi respiración se agita. Agarro el volante con fuerza y se me tensa el cuello.

Me tiene así hasta que en una desviación se va.

Sigo mirando por el retrovisor. Sin darme cuenta he acelerado mucho y me veo obligada a frenar bruscamente en una curva.

13

La idea de invitar a Héctor me ronda desde hace días. Aparece y desaparece. No termina de asentarse, pero tampoco se va. Cada vez que pienso en ello, encuentro un motivo para posponerlo. La casa. Un compromiso. Nada en concreto.

Al final, lo hago casi sin pensarlo.

Le escribo un mensaje corto. Nada especial. ¿Te apetece venir a cenar un día de estos?

Tarda poco en contestar. Cuando tú quieras. Elijo un martes. Me parece un día neutro. No quiero que sea viernes o sábado. Podría malinterpretarse.

Paso la tarde limpiando la casa a fondo. Quiero que todo esté en su sitio, perfecto. Muevo cosas que no hacía falta mover. Las vuelvo a dejar casi igual.

Abro el armario de la habitación. Me cambio como ocho veces de conjunto. No me decido.

He puesto la figurita del demonio en el hall de la entrada, pero en un sitio que no se vea mucho. Escondido en una balda encima de la mesita que hay nada más entrar a la derecha.

Cuando llama al timbre, estoy en la cocina ya en plena faena.

—Pasa —le digo al abrir—. Perdona el desorden.

Mira alrededor.

—¡Wow! La casa está muy bien —dice—. La has hecho acogedora.

—¿Eso crees?

—¡Sí!

No sé si lo dice de verdad. Entra sin esperar a que le indique dónde dejar la chaqueta. La cuelga en una silla que hay en el hall junto a la mesita. Me pregunto si habrá visto el demonio.

—¿Te ayudo con algo?

—No, ya está casi.

Se asoma a la cocina.

—Huele bien.

—¡Gracias! Es algo sencillo, tampoco he querido complicarme mucho la vida.

—Mejor.

Reímos.

Cenamos en la mesa de la cocina. Pongo un mantel que he comprado hace unos días y que queda muy elegante. He puesto la mesa con la nueva cubertería. Saco una vela, pero me arrepiento y la devuelvo al cajón. Sirvo el vino con cuidado de no derramarlo. Me he asegurado de que el vino sea bueno. El conjunto hace que la cocina parezca un salón-comedor de una revista de diseño.

Hablamos de cosas fáciles: del trabajo, de un vecino que se queja por todo, del tiempo que ha hecho estos días.

—¿Te estás adaptando bien? —pregunta en un momento dado.

—Sí —digo—. Poco a poco.

Levanta la copa, la gira.

—Los cambios al principio cuestan —añade—. Luego ya te adaptas.

No respondo. Sigo comiendo.

Después recogemos juntos. Él se ofrece a fregar. Le digo que no hace falta. Insiste. Le cedo el sitio sin discutir. Se mueve por la cocina con soltura, como si ya supiera dónde están las cosas.

—¿Siempre guardas aquí los vasos? —pregunta.

—Sí.

Sonríe con mucha familiaridad.

Pasamos al salón con el café. El salón y la cocina están conectados. Les separa medio tabique y una barra americana de madera. Héctor se sienta en el sofá sin preguntar, dejando espacio entre los dos. Apoya el brazo en el respaldo. Mira alrededor con calma.

—Tiene buena iluminación este salón —dice.

—Sí.

—¿Has pensado en cambiar algo? ¿Algún mueble?

—De momento no. Tal vez más adelante, tengo la intención de mudarme al piso de arriba.

—Ya. Buena idea.

Bebe un sorbo.

Hablamos más. De recuerdos sueltos, de noticias recientes de Santander, sin entrar en muchos detalles. De sitios donde ha vivido él. De lo raro que es empezar de nuevo. No profundizamos mucho, pero tampoco es que sea una charla superficial. Le cuento que he pedido una excedencia en el trabajo.

—Eso es algo que siempre he querido hacer —comenta.

Cuando se levanta para irse, recoge su chaqueta.

—Gracias por la cena —dice—. Me ha gustado verte.

Abre la puerta y se detiene.

—Si necesitas algo con la casa, ya sabes.

—Sí. Gracias.

Cierra.

Me quedo de pie, escuchando sus pasos alejarse. Luego recojo las tazas. Una de ellas no la encuentro. Descubro que está en la mesita del hall. Tal vez Héctor la ha dejado ahí, pero yo no lo recuerdo.

La dejo en el fregadero y apago la luz del salón.

La casa queda en silencio, pero ya no es exactamente igual que antes.

Pero no sabría decir por qué.

14

Salgo de casa por la mañana. Conduzco hasta el pueblo. Aparco en un lugar alejado y camino unas calles sin prisa. Entro en una floristería pequeña, con el suelo mojado y un olor intenso a brotes verdes recién cortados.

—¿Qué flores quiere? —pregunta la mujer.

Miro los cubos alineados junto a la pared. Dudo unos instantes hasta que me decanto por los crisantemos. Se lo digo y ella me pregunta el color.

—Rojos.

Escoge unos que tiene cerca y los prepara, los corta con rapidez y los envuelve en papel. No me pregunta nada más. Pago y salgo con el ramo en la mano.

Vuelvo al coche. Arranco. Salgo del pueblo y tomo una carretera estrecha que atraviesa el campo. Conduzco varios kilómetros. Bajo la ventanilla. El aire entra frío.

Encuentro el lugar y aparco.

Veo una verja metálica al lado de la carretera y un camino de grava que se abre hacia dentro. Cojo las flores y entro.

El cementerio es pequeño. No debería ser difícil encontrarla. Camino entre las filas de lápidas leyendo nombres al pasar. Algunos me resultan familiares. Otros no. No tengo ganas de preguntar, aunque en ese momento no hay un alma.

Sigo avanzando.

La veo antes de estar segura. Leo el nombre. Las fechas. Me acerco más.

Es la primera vez que estoy tan cerca. La lápida es más humilde de lo que esperaba. Me agacho con dificultad y dejo las flores con cuidado. De pronto me siento diez años más vieja. El papel cruje al apoyarlo en la piedra.

Siento un golpe seco en el pecho. No es tristeza todavía. Una impresión física, inmediata. La certeza de que ella está aquí. De que no hay distancia posible.

Me enderezo despacio.

—Nunca pensé que volveríamos a hablarnos —digo.

Mi voz suena distinta en este espacio abierto. Miro el nombre otra vez. Al verlo me parece no reconocerlo.

Noto un ligero escozor en los ojos. Muy cerca, una ardilla baja de un árbol. Avanza de forma nerviosa. Luego se para. Hace movimientos rápidos y mecánicos. Tengo un nudo en la garganta.

Me quedo ahí de pie, con los hombros caídos. Luego doy media vuelta y camino hacia la salida por el mismo camino. El sonido de la grava bajo los pies es regular y constante. En la puerta me giro y la observo una vez más.

Llego al coche. Arranco.

La carretera sigue recta. Mientras conduzco trato de no pensar en nada.

La imagen vuelve sola. Me estoy acordando de la ardilla.

15

Llaman a la puerta. No espero a nadie.

Es Héctor. Lleva una bolsa de tela en la mano, algo abultada.

—Te traigo unas patatas —dice—. Y zanahorias. Son de un amigo. Tiene huerta.

—Vaya —digo—. Gracias.

No hace ningún comentario más. Me las da y entra solo lo justo para dejarlas en la cocina.

—¿Te apetece un café? —le digo.

—Sí.

Salimos fuera con las tazas. Nos sentamos mirando al acantilado. El día está claro, con ese viento que parece empujarlo todo hacia delante.

—Aquí da el sol casi todo el día —comento—. A veces pienso que sería fabuloso montar un huerto pequeño. Algo casero.

Señalo con la cabeza hacia una parte del jardín que está más protegida. Es una zona baldía con hierba y pequeñas flores amarillas.

—Había pensado plantar algunas cosas ahí.

El lugar está junto a un muro de piedra que lo protege del viento. Héctor no responde enseguida. Mira el terreno un momento, como si lo midiera.

—¿Plantar?

—Sí.

—El otro día no dijiste eso —dice.

Le miro.

—¿El qué?

—Dijiste que te daba pereza meterte en un huerto ahora. Que bastante tenías con adaptarte.

Me quedo callada. No recuerdo haberle dicho eso.

—Puede que lo dijera —respondo al final—. Pero ahora pienso que sí.

Asiente, como si ambas cosas encajaran.

—Claro —dice.

Bebe un sorbo de café y añade, ya en otro tono:

—Aquí el terreno engaña. Parece fácil, pero luego hay que estar encima y ver de qué está hecha la tierra. Puede que tenga piedras.

No sé por qué, pero su comentario me inquieta. Es como si supiera de esta casa más que yo. O como si me estuviera advirtiendo de algo que yo desconozco.

—Sí —afirmo—. Supongo que sí.

Nos quedamos en silencio mirando el mar. El café se enfría sin que ninguno lo mencione. He puesto unas pastas. No las hemos tocado.

Cuando se levanta para irse, entra un momento a la cocina.

—Las zanahorias están buenísimas al horno —me indica—. Con un chorro de aceite, las pelas y las cortas en tiras y le pones pimienta negra y romero.

—Suena bien.

—Están deliciosas. Si al final le pones un poco de parmesano, ya es divino.

Se lo agradezco y se despide. Cuando cierro la puerta, vuelvo a salir un momento fuera y observo la zona del huerto. El viento sigue igual. Pienso en hacer las zanahorias tal y como las ha descrito.

Me quedo pensando en el huerto.

No recuerdo bien cómo lo había imaginado.

16

Subo las escaleras. Tengo pensado cambiarme a la habitación de arriba, pero ahora lo estoy arreglando y tengo intención de pintarlo. Arriba hay un dormitorio amplio, un baño y un cuarto de estar. La caja sigue sobre la cómoda donde la dejé. No la he movido desde entonces.

La abro.

El cuaderno azul está encima. Lo saco y me siento en la cama. Paso el dedo por la tapa, por una esquina doblada. Me da vértigo leer lo que pone. Llevo varios días pensando en echarle un vistazo y hoy no me he podido reprimir. Tal vez lo que me llama es la época en que lo escribí.

Empiezo por el principio.

La letra es más redonda. Más apretada. Reconozco algunos apuntes, pero otros no. Es como leer a otra persona. Hay fechas. Días seguidos. Lo hojeo sin buscar nada en particular hasta que algo me detiene.

Un nombre.

No quiero leerlo en voz alta. Si lo hago tal vez abra una herida que parece no curar nunca. Sigo bajando la vista. Hablo de él con una intensidad que me sorprende. Es sentido. Muy vital.

Leo que hoy se ha sentado a mi lado. Que me ha rozado el brazo al coger el estuche. Que no he sabido qué hacer con las manos después. Dice que me arde el pecho cuando se acerca. Que me cuesta respirar cuando me mira.

No recuerdo bien eso. Es como si se hubiera evaporado con el tiempo.

Paso página.

Leo que he soñado con él. No dice nada explícito. Solo que estaba cerca. Que me hablaba. Que al despertarme me he sentido rara todo

el día, como si algo se hubiera encendido y no pudiera apagarlo.

Me detengo.

Me fastidia no recordar esas emociones. Ni tampoco los momentos precisos. Solo recuerdo su cara y su nombre. Y las consecuencias, claro. Me reconozco en la forma de escribir, en la insistencia, pero no en la emoción exacta.

Sigo leyendo. Ahora ya reconozco lo que pasó, pero no logra despertar ninguna emoción. Dice que no puedo contárselo a nadie. Que si lo hago se romperá la magia. Que es mejor guardarlo aquí. Que así está a salvo.

Cierro el cuaderno.

Me quedo sentada con él sobre las piernas, notando su pequeña presencia. Me siento como si hubiera entrado en una habitación conocida.

Devuelvo el cuaderno a la caja y la cierro. La dejo donde estaba.

Bajo a la cocina y me preparo un sándwich. De pronto me ha entrado hambre. Saco un refresco y meto el sándwich al horno para que se tueste. Me apoyo en la pared, miro por la ventana y espero a que termine.

Pienso en él. Intento sentir algo. Nada.

Cuando el sándwich está listo, lo llevo al salón en un plato junto al refresco. Me siento un momento y me lo como con la tele puesta. Al poco aparecen las campanadas. No tengo uvas. Mi cabeza no está en el cambio de año.

Tengo la sensación de haber leído una versión mía que ahora no reconozco.

No estoy segura de si eso me agrada o no.

Se escuchan petardos de fondo. Gente gritando.

Miro a mi alrededor y noto que hoy la casa no está en silencio.

Está vacía. Sin vida.

17

Entro en el centro de acogida sin tener claro aún lo que voy a hacer. Huele a desinfectante y a animal mojado. Hay ruido, pero no caos. Ladridos contenidos, pasos, voces bajas y gente moviéndose por el lugar.

Una chica me pregunta si es la primera vez que vengo. Le digo que sí. Me entrega un formulario y señala un banco. Me siento y observo a los perros pasar, uno a uno, detrás de una valla metálica. Algunos saltan y ladran. Otros no se mueven.

Me detengo en uno que está quieto. No duerme. Tampoco ladra. Me mira sin insistencia, como si no tuviera que convencerme de nada. Es bonito, con el pelo oscuro y el cuerpo musculoso.

—Ese llegó hace poco —dice una voz.

Un hombre se ha sentado en el banco de al lado sin que me dé cuenta. Tiene el pelo algo revuelto, ropa cómoda y manos grandes. No parece trabajar aquí.

—No es muy sociable —añade—. Pero con cariño se le pasará.

Me invade un deseo de acariciarlo.

—¿Lo conoces? —pregunto.

—Poco. Lo han traído hace dos semanas. Lo encontraron abandonado, muy delgado y lleno de pulgas. Ayer lo saqué a pasear. Se llama Bony, pero le puedes cambiar el nombre si no te gusta.

Sonríe al decirlo, como si eso no fuera un problema.

—Soy Andrés.

Me dice su nombre sin extender la mano. Me gusta eso.

—Ana.

Nos quedamos mirando al perro un momento. Se ha tumbado y ha apoyado la cabeza en el suelo. Observo que tiene unas patas muy grandes.

—A veces no hace falta que te elijan —dice—. Basta con no forzar nada.

Me agrada esa frase. Nunca me ha gustado que me presionen a la hora de tomar decisiones. Miro al perro otra vez. Me parece muy mono.

Pido sacarlo a pasear. Me dan la correa y me explican lo básico. El perro camina a mi lado desde el primer paso. No tira y tampoco se para. Menos mal, porque si hubiera echado a correr no hubiera sabido qué hacer. Se pone justo a mi lado y ajusta el ritmo como si lo hubiera hecho otras veces conmigo. Es muy obediente.

Andrés camina unos metros detrás. Me deja espacio y observa. Está ahí por si algo sale mal.

—Tienes buena mano —dice—. Los perros lo notan.

No sé qué decir. No sé a qué se refiere, pero me tranquiliza. Había oído esas frases con caballos, pero nunca con perros. Estoy por decirle que nunca he tenido un perro.

Al volver, firmo los papeles sin leerlos en detalle. No siento euforia. Es una decisión fácil, que ya había tomado antes de venir aquí. En el fondo siempre quise tener un perro mío y ahora es el momento perfecto y el lugar adecuado. Ya me lo imagino corriendo por los alrededores de la casa.

Andrés se despide en la puerta.

—Si necesitas algo nos llamas —comenta.

—Gracias —digo.

Sonríe y se marcha. Ya me han informado que más adelante me visitarán para comprobar que el perro está bien.

Camino a casa ya con el perro. El tacto de la correa en la mano me resulta familiar. Al entrar, el perro recorre las habitaciones y las olisquea con curiosidad. No se altera. Se tumba en el salón tranquilo, cerca de la pared, donde el sonido suele aparecer.

Me siento en el sofá y lo observo. Respira hondo. Me sostiene la mirada.

Ahora, si vuelvo a oír algo, no estaré sola.

Pienso en decírselo a Héctor, pero al final no lo hago.

Ya se lo contaré.

18

Vamos al acantilado. No hace frío, pero el viento sopla con fuerza. No tengo claro de dónde viene, pero en la radio han dicho que podría haber viento sur. El perro corre por delante, sin la correa, olisqueando el suelo como si estuviera leyendo señales que yo no veo. Está feliz y lleno de energía.

Héctor camina a mi lado con una mochila pequeña.

Extendemos una manta. El perro se tumba a un par de metros, de cara al mar. No se acerca a Héctor. Tampoco se aleja mucho.

—No para quieto —dice Héctor.

—Tiene mucha energía —respondo.

No discutimos. Simplemente no coincidimos.

Comemos sin prisa. El pan, el queso, el vino. Cosas sencillas. El perro se levanta de vez en cuando y vuelve a tumbarse en otro sitio, siempre dentro del mismo radio, marcando un perímetro invisible.

Héctor lo observa con atención.

—No me gustan los perros tan atentos —dice—. Nunca sabes qué están pensando.

No sé qué responder. Me encojo de hombros.

—No piensa —digo—. Solo está pendiente de nosotros.

Héctor no contesta. Se sirve más vino. El perro se acerca a mí y apoya el hocico en mi pierna. No pide nada. Solo se queda ahí.

—No deberías dejar que haga eso —dice Héctor—. Luego se acostumbra.

No retiro la pierna. Tampoco lo contradigo. Me limito a beber un sorbo de vino y mirar el mar. El silencio se alarga un poco más de lo cómodo.

Recogemos antes de lo previsto. Héctor tiene ganas de volver a casa. El tiempo no acompaña. Caminamos de vuelta sin hablar. El perro se mantiene a mi lado.

En casa, Héctor cierra la puerta. El perro se detiene en el pasillo, indeciso.

—Que se vaya a su sitio —dice.

No tengo todavía un "sitio" definido para el perro. De momento se tumba en el salón, cerca del sofá. Héctor lo mira y luego aparta la vista.

Nos besamos sin mucha ceremonia. No hay discusión pendiente ni reconciliación. Es una secuencia conocida. Me dejo llevar por inercia, el cuerpo sabe qué hacer. Héctor me empuja al dormitorio. Yo me dejo llevar.

Me quita la ropa y yo a él. Hay luz suficiente. Veo su cuerpo con más detalle. Él me mira. Lo noto excitado. Lo toco. Sé lo que le gusta y no tardo en notarlo. Su respiración cambia.

Hacemos el amor sin hablar. Sin prisa al principio, pero luego perdemos el control. Él se corre, pero yo no. He estado a punto pero no. Aún no tengo la confianza de decírselo. Pero en general, todo funciona bien, y eso me parece lo más inquietante. No pienso en nada mientras tanto. Eso también funciona.

Después, nos quedamos tumbados unos minutos. Estamos abrazados. Él me acaricia los pezones. Héctor se levanta primero. Va al baño. Oigo el agua correr.

El perro se acerca a la cama y apoya las patas delanteras en el borde. No sube. Me mira. Su respiración es regular. No parece alterado. Le acaricio.

—Ahora no —murmuro—. Luego te hago más caso.

Se queda donde está.

Héctor vuelve y se viste sin mirarnos.

—Hay que educarlo —dice—. Si no, luego lo tienes todo el día encima babeando.

Asiento, aunque no sé si su comentario me ha gustado.

Cuando se va, el perro se tumba a mi lado. Su cuerpo ocupa espacio. Pesa. Es incómodo y real. Apoyo la mano en su lomo y noto el ritmo constante bajo la piel.

Pienso que el paseo ha sido agradable.

Que el picnic ha estado bien.

Que todo ha funcionado como debería.

Al recordarlo, tengo la sensación de que algo se ha transformado entre nosotros.

El perro se tumba en la alfombra y se queda dormido.

Yo me masturbo.

19

Me despierto por la noche.

No sé qué hora es. La casa está más quieta de lo habitual. No hay ruido dentro. No lo busco. El perro levanta la cabeza al mismo tiempo que yo, como si compartiéramos un reloj interno.

—Tranquilo —susurro.

No se mueve. Solo escucha.

Me dejo caer en la cama. El aire entra por la ventana abierta. Huele a sal y a tierra húmeda. El perro se acerca y se apoya contra mi pierna. El contacto es firme, caliente. Real.

No oigo el grillo.

Eso me sorprende.

Me levanto y voy hasta la ventana. Fuera, el jardín está bañado por una luz blanca, casi irreal. Tardo un momento en darme cuenta de que es la luna. Está llena, redonda, clara, como si alguien la hubiera colocado ahí para que no quedara ningún rincón oscuro.

El perro se sienta a mi lado. Mira hacia fuera, atento, pero sin tensión. Su cola no se mueve. Respira despacio.

—¿Lo oyes? —le pregunto, sin esperar respuesta.

Nada.

El silencio no molesta. No exige interpretación. Está ahí, igual que el paisaje o la noche.

Me quedo observando la luz sobre la hierba, sobre la valla, sobre las paredes de la casa. Todo parece distinto sin estarlo realmente. Pienso que así debe ser cuando algo deja de ser una amenaza y pasa a formar parte del mundo.

El perro bosteza y se tumba, apoyando el lomo contra mis pies. No estoy alerta. No estoy anticipando nada. Eso me tranquiliza más que cualquier explicación.

Cierro la ventana despacio. La luna sigue fuera, intacta. Mágica.

Vuelvo a la cama. El perro me sigue y se coloca a los pies, ocupando su sitio con naturalidad. Le he comprado una alfombra para que esté cómodo. Apago la luz.

Antes de dormirme, pienso que no necesito saber qué pasó exactamente aquellas noches. Que no hay que reconstruir nada. Hay cosas que se entienden mejor cuando dejas de prestarlas atención.

Cierro los ojos.

Fuera, la luna sigue llena.

Dentro, la casa guarda silencio. Hoy ni siquiera hay viento y es extraño porque tampoco se escucha el mar.

Y por primera vez, no siento que tenga que vigilar.

20

Salgo a pasear al perro temprano. La mañana está limpia, con una luz que no promete nada especial. El perro camina a mi lado, lo llevo con correa. Los dos nos vamos acostumbrando a estar juntos. La hierba aún conserva la humedad de la noche. Me mojo los zapatos sin querer hasta llegar al cemento del pueblo.

Al cruzar un parque, una mujer agarra la mano de su hija para que no se adelante. Lo hace de forma amable y tranquila.

Me detengo sin saber por qué.

El perro también se para. Me mira y vuelve a observar el camino, como si estuviera esperando una orden mía.

Algo hay en el ambiente que hace que recuerde una mañana parecida.

Mi madre me ajusta el abrigo con torpeza. Está nerviosa. Me arregla el pelo como hacen las madres. Hay una mujer detrás de ella, más alta, con una carpeta contra el pecho. Dice mi nombre como si no me conociera bien, con un ápice de duda.

—¡Ana!

No recuerdo qué edad tengo. Recuerdo el frío. Recuerdo que no lloro entonces. Me parece importante no hacerlo.

La escena se corta ahí. No sigue. Nunca sigue.

El perro tira de la correa. Avanza dos pasos y se detiene, mirándome otra vez. Siento que el pecho se me cierra sin aviso. Alguien ha apretado desde dentro un botón que congela mis emociones.

Me agacho. Apoyo una mano en el suelo. La otra en el cuello del perro. El llanto llega tarde y sin forma. A borbotones. Sin haberlo premeditado.

No pienso en nada que pueda ordenar esto.

Lloro porque sí.

Lloro como se llora cuando no puedes retener las lágrimas.

El perro se acerca más y me golpea con su hocico. Me lame. Mueve la cola. Gime. Su presencia me sostiene.

Cuando me levanto, me seco la cara con la manga. Respiro hondo, pero no siento alivio. Tampoco desesperación. Solo estoy cansada.

Seguimos caminando.

Más adelante, al pasar frente a una casa con las persianas bajas, pienso que es tarde para muchas cosas. No para todas, pero tal vez sí para algunas. Eso es lo único claro.

No vuelvo a pensar en el recuerdo.

Pero sé que no se ha ido. Está ahí, agazapado, y a veces sale.

Sin avisar.

21

Estamos en la cocina. Es por la tarde. La luz entra inclinada y se queda en la mesa como si no supiera adónde ir. Héctor corta pan con cuidado, siempre del mismo grosor. El sonido del cuchillo es regular, previsible.

—¿Quieres más? —pregunta.

Le digo que sí.

El perro está en el umbral, echado. No deja de mirarme, aunque de vez en cuando le echa un ojo a Héctor y vuelve a mirarme.

Héctor deja el cuchillo, se lava las manos y se seca con un paño. Lo hace despacio y me observa con atención.

—Te noto distraída —dice.

—No —respondo—. Estoy bien.

No es mentira. Tampoco es verdad.

Se acerca por detrás y apoya las manos en mi cuello. Aprieta un poco. Están ahí, firmes, masajeando los hombros. Me voy relajando. El contacto me devuelve una sensación conocida, amigable, que no esperaba.

Veo una habitación blanca. Un banco pegado a la pared. Mis pies colgando sin tocar el suelo. Alguien me dice que espere. No recuerdo la voz. Recuerdo el verbo.

Esperar.

No estoy triste en el recuerdo. Estoy quieta. Eso es lo raro. Y aún así me parece lo correcto. Es una imagen de hace mucho tiempo que me cuesta mantener en la memoria.

—No te tensas —dice Héctor—. Eso es bueno.

No sé a qué se refiere. El recuerdo se corta al contacto con su voz. Me devuelve a la cocina. Desconecta el pasado y lo aplaza. Y vuelvo a estar en sus manos.

Me giro y nos besamos. Es un beso casi instintivo que hago sin pensar. Nuestras lenguas se juntan y juegan. Me mete la mano por debajo de la camisa. El cuerpo responde sin preguntas. Me dejo llevar. Ya no soy tan torpe como las otras veces. Todo ocurre donde tiene que ocurrir y eso me pone la piel de gallina.

El perro se levanta y se va al salón.

En la cama, Héctor respira cerca de mi cuello. Lo hace de forma acompasada. Su mano recorre el mismo trayecto de otras veces. No me aparto. Me contorneo. Pienso, sin emoción, que esto funciona mejor cuando no intento sentir. Cuando fluyo sin juicios.

Cierro los ojos.

Vuelvo a ver el banco. La pared blanca. Mis pies balanceándose. Pienso que nadie me dijo cuánto iba a durar aquello. Pienso que quizá no hacía falta.

—Estás aquí —dice Héctor—. Conmigo.

Asiento, aunque no me lo ha pedido. En realidad no lo estoy del todo. Pero de nuevo su voz ha eclipsado mi memoria.

Después, permanecemos quietos. Él se duerme rápido. Yo no. El recuerdo no vuelve completo. Solo deja una sensación en el pecho, una presión leve. Una imagen más pequeña y difusa que no distingo bien.

Me levanto con cuidado y voy al salón. El perro está despierto. Me mira sin moverse. Me siento en el suelo y apoyo la espalda en el sofá. Bony se acerca y se tumba a mi lado, tocándome con el lomo.

Respiro y lo acaricio.

Desconozco por qué he pensado en aquello ahora. No lo relaciono con nada. Trato de no sacar conclusiones. Me quedo ahí un rato, dejando que la sensación pierda forma. Hay recuerdos que parecen tener vida propia.

Cuando vuelvo a la cama, Héctor duerme. Ronca. Me tumbo de lado, de espaldas a él. No me molesta. Pero tampoco me consuela. No me acostumbro a su ruido.

Antes de dormirme, pienso que hay recuerdos que aparecen cuando uno se siente a salvo.

No para explicar nada.

Solo para comprobar si sigues ahí.

22

Me despierto muy temprano.

A través de la ventana distingo una luz gris. Hay multitud de nubes que empapelan el cielo. El día parece que se ha quedado a medio hacer. Echo de menos el sol. Me cuesta situarme. Parpadeo. Escucho.

Lluvia.

Lenta y constante. Tan fina que apenas se nota o se ve. Es un desgaste permanente. El cristal de la ventana está empañado y la casa parece más pequeña. Como si el techo hubiera bajado durante la noche y las paredes se hubieran estrechado.

Qué tontería.

Me incorporo despacio. El cuerpo protesta con una pereza alquitranada, sin dolor. Miro hacia el suelo, hacia la alfombra donde Bony suele estar.

No está.

La ausencia tiene algo que me inquieta. No es alarma todavía. Es algo más sutil, más difícil de nombrar. Escucho. Tal vez el sonido del agua pueda explicarme algo.

—Bony… —digo, en voz baja.

Nada.

Me pongo una sudadera y salgo al pasillo. La madera cruje bajo los pies. El pasillo huele a humedad, a casa cerrada, a un invierno que se cuela sin pedir permiso. Bajo la escalera y me detengo en el hall de la entrada. A un lado, encima del mueble, lanzo una mirada furtiva a la figurita del demonio. Paso a la cocina. Enseguida lo veo.

Bony está allí, cerca del sofá. En el salón.

Está de lado, con las patas recogidas. Parece que duda entre tumbarse y no hacerlo. La cabeza apoyada en el suelo, los ojos

abiertos. Me mira, pero no se levanta. No mueve la cola. No cambia de postura.

Este no es mi Bony.

Me acerco rápido.

—¿Qué te pasa? —susurro.

Me agacho. Le pongo la mano en el costado. La respiración está, pero es lenta, no me parece normal. Le toco la cara, las orejas. Está más caliente de lo normal. O me lo estoy imaginando. Me mira desde muy lejos. Con cara de pena.

Y de pronto lo noto: no es una quietud tranquila. Es una calma que denota peligro, tal vez enfermedad. Su cuerpo parece congelado y dolorido.

La sangre me sube a la cabeza y a la vez se me va de las manos. Me quedo sin calor en los dedos.

—No, no, no…

No sé lo que digo. Me inclino más. Bony intenta incorporarse y se queda a medias. Hace un esfuerzo pero está débil. Le veo un pequeño temblor en la pata delantera cuando se apoya. No coordina bien. Tal vez ha olvidado el orden correcto de los movimientos.

Me entra un miedo que no es normal. Nunca me había planteado que el perro podría enfermarse. Es un miedo simple, casi tribal, de los que no dejan espacio para pensar mucho.

Lo cojo en brazos.

Pesa más de lo que esperaba. O quizá soy yo, que de repente no sé sostener nada y también estoy débil. Lo abrazo contra el pecho, sintiendo su cuerpo caliente y flojo, la respiración pegada a mi sudadera. Camino hacia la puerta. La casa se ha convertido en un sitio que no puede ayudarme.

Noto lágrimas en los ojos y unas fuertes ganas de llorar.

Busco las llaves del coche, miro de reojo al salón. La chimenea está ahí, negra, apagada, con una pila de leña preparada desde hace días. Pienso, de forma absurda, que esta mañana iba a encenderla por fin. Que me había levantado con la idea de hacer algo "hogareño", algo sencillo, como si la casa pudiera volverse amable con detalles pequeños y que lo iba a compartir con Bony.

Me parece ridículo.

La lluvia golpea el porche cuando abro. El aire me da en la cara como una bofetada húmeda. Salgo al coche con Bony apretado contra mí. Le hablo sin darme cuenta, palabras inconexas pero que sé que él entiende.

—Ya está, ya está… vamos, ya está…

Lo coloco con cuidado en el asiento de atrás, encima de una manta que encuentro en el maletero. Se queda quieto, muy obediente. Arranco con un nudo en el estómago.

Las ruedas hacen un ruido blando sobre el asfalto mojado. El limpiaparabrisas marca el ritmo del pánico. Derecha. Izquierda. Derecha. Izquierda. Avanzo. Una curva. Una recta. No miro el mar. No miro nada que no sea la carretera.

Cojo el móvil con una mano y marco a Héctor sin pensar si debo hacerlo o no. Lo marco porque está cerca. Porque siempre contesta. Porque la idea de estar sola en esto me da terror.

Suena una vez.

—¿Ana? —responde.

Su voz es normal. Y eso me descoloca. No tiene por qué ser rara. El resto del mundo no participa en mi urgencia.

—Bony… —digo, y se me rompe la palabra—. Está raro. Muy quieto. No se levanta. Creo que le pasa algo. Voy al veterinario.

Hay un instante de silencio que me asusta, pero no es un silencio cruel. Es un silencio de alguien que está calibrando la situación.

—Vale —dice—. ¿Dónde estás ahora?

—En la carretera… está lloviendo… voy hacia el pueblo.

—Sigue. No pares. Yo voy para allá, ¿de acuerdo? ¿Respira bien?

Miro a Bony de reojo. Tiene los ojos abiertos, pero parece cansado hasta para mirar.

—Sí… pero… no sé.

—Tranquila. Seguro que no es nada. No te agobies. Yo llego en diez minutos.

Su forma de decirlo no es dramática. Es firme, útil. Eso me ayuda a poder digerir la escena.

—Vale —digo.

Cuelgo.

El veterinario está en una calle que conozco de mis visitas rápidas al supermercado. Hoy la calle parece otra. La lluvia la ha vaciado y la ha vuelto brillante. El pueblo parece estar cubierto de una piel nueva. Aparco mal. Bajo del coche y cojo a Bony otra vez en brazos mojándome. Entra conmigo como entra un niño dormido.

Dentro, una mujer en recepción me mira y abre más los ojos cuando me ve con él.

—¿Qué le pasa?

—No lo sé. Está muy quieto —digo—. No se levanta.

—Déjamelo y lo llevo ya para que lo vean.

Me lo quita con una rapidez experta y desaparece por una puerta. Me quedo de pie, con las manos vacías y sin nada que hacer. El silencio del interior es diferente al de casa: aquí tiene protocolos y esperas que me acongojan.

Me siento.

En la sala de espera hay dos sillas ocupadas. Una señora con un gato dentro de un transportín. Un chico con un cachorro que no para de moverse. El cachorro parece sano y feliz y eso, en este momento, me alegra sin motivo. Me obligo a respirar despacio. Tal vez si yo respiro bien Bony mejore.

La puerta se abre y aparece Héctor.

Lleva el pelo mojado. Una chaqueta oscura. Las manos fuera de los bolsillos. Cuando me ve, no pregunta nada. Se sienta a mi lado. Me da un abrazo y un beso.

—¿Cómo está? —dice, en voz baja.

—No lo sé —respondo—. Lo acaban de meter.

Tengo las rodillas temblando. Las aprieto con las manos para que no se note. Héctor me mira las manos y pasa su brazo sobre mi hombro.

—Te has asustado mucho.

No sé qué contestar. Asiento, pero sin hacer de eso una conversación.

—Ya verás cómo todo sale bien —me dice.

Pasa el tiempo.

La recepcionista sale y nos llama por mi nombre. Entramos.

Bony está sobre una mesa metálica. Le han puesto una toalla debajo. Tiene los ojos entreabiertos. La veterinaria —una mujer joven con gafas y una coleta apretada— me pregunta cosas rápidas: si ha vomitado, si ha comido, si ha hecho caca, si ha estado fuera, si ha podido coger algo.

Respondo como puedo.

—No lo sé. No… no he visto nada raro. Ayer estaba bien.

La veterinaria le toca el abdomen, le mira las mucosas, le toma la temperatura. Todo con una calma que me parece ofensiva, aunque sé que es lo que necesito.

—Está un poco febril —dice—. Nada alarmante de momento. Puede haber comido algo que le ha sentado mal.

—¿Algo malo? —repito.

—Un resto, basura, algo en el jardín… a veces no lo vemos. ¿Tiene acceso a…?

—No —digo—. Siempre va conmigo.

Me oigo decirlo y me suena a defensa.

La veterinaria me mira sin juicio.

—Puede ser una gastroenteritis. Le pondremos un antiemético y algo para el dolor abdominal. Si mejora, se va a casa con dieta blanda y observación. Si empeora, vuelve. Si quieres, podemos hacer una analítica, pero por ahora no parece necesario.

Mi mente, que llevaba quince minutos imaginando catástrofes, no sabe encajar una frase que contiene la palabra "no es grave". Me siento casi ridícula por el pánico, y a la vez sé que volvería a hacerlo sin dudar.

—¿No es grave? —pregunto.

—Ahora mismo, no. Pero obsérvalo. ¿De acuerdo?

Respiro aliviada. Casi sonrío, aunque me gustaría llorar.

Héctor pone una mano en mi espalda, suave, como quien confirma que el suelo sigue ahí.

—Vamos —dice con una sonrisa—. Ya verás cómo se recupera.

Cuando salimos, Bony va en brazos otra vez, pero ahora tiene los ojos más abiertos. No está bien, pero está aquí. Y eso, por un momento, me afloja el pecho.

Nos vamos en el coche de Héctor. Yo voy atrás mirando a Bony, que está tumbado sobre la manta. La lluvia sigue igual. Nada ha cambiado, y sin embargo yo siento que me han cambiado algo por dentro.

—Lo importante es que está bien —afirma Héctor.

—Ya… puede haber comido algo que le sentó mal. No sé.

—¿Qué comió anoche?

Lo pregunta como quien hace inventario, sin segundas intenciones. Pero la pregunta entra en mí como una aguja. Porque de pronto lo cotidiano se vuelve examinable.

—Lo de siempre —digo—. Su lata. La misma marca. La misma.

—¿Y estaba bien? —insiste, calmado.

—Sí. Creo que sí.

Héctor no mira hacia mí. Sigue mirando la carretera.

—¿Has mirado la fecha? —pregunta.

Me quedo callada. Más de lo normal.

—No —digo al fin—. No la miré.

No es que no la mirara por negligencia. Es que nunca la miro. Porque es "lo de siempre". Porque el ritual de abrir una lata a un perro no debería llevar una comprobación. No es un medicamento.

—Podría estar caducada —dice Héctor, y lo dice con la misma sencillez con la que antes me preguntó qué comía —. Parece una posibilidad.

—No creo… —empiezo, pero la voz se me queda floja y me delata —. Era de un lote que tenía… no sé.

Héctor asiente.

—A veces no pasa nada y un día, por lo que sea, te toca la mala. ¿Tienes el envase?

La pregunta cae en el coche como una gota más pesada que las demás.

Yo veo la cocina. Veo mi mano tirando la lata vacía a la bolsa de basura. Veo el cubo cerrándose. Me veo sacando la basura.

—No —digo—. La tiré.

Héctor no sonríe. No dramatiza. Solo dice:

—Bueno… entonces no podemos saberlo.

No podemos saberlo.

Esa frase me deja un hueco en el estómago. No por lo que significa, sino por lo que abre: la idea de que hay cosas sencillas que, una vez hechas, no se pueden comprobar. Que el pasado inmediato también se vuelve borroso si no guardas pruebas.

El coche entra en el camino hacia la casa. Los árboles se mueven. Hoy no hay viento fuerte, solo lluvia. El mundo parece una fotografía húmeda.

Bony se mueve un poco, como buscando otra postura. Suelta un suspiro pequeño. Me acerco y le acaricio el lomo. Él no reacciona mucho, pero está vivo.

—Lo importante es que mejore —dice Héctor, tratando de cerrar el tema.

Asiento.

Pero dentro de mí algo no se cierra.

Llegamos. Entramos. Héctor enciende una luz. Deja las llaves en la mesita del hall. Allí sigue la figurita del demonio. Yo llevo a Bony al salón y lo coloco con cuidado en su alfombra. Él se queda allí, con la cabeza apoyada, respirando y tranquilo.

Héctor va a la cocina y vuelve con un cuenco de agua. Se lo acerca despacio, como si también él estuviera aprendiendo el ritmo de este perro. Bony bebe un poco. Muy poco. Pero bebe.

—¿Ves? —dice Héctor—. Ya está mejor.

No sé si está mejor o si solo quiero creerlo. La diferencia, últimamente, me cuesta.

Miro la chimenea.

La leña sigue apilada. El fuego sigue sin estrenar. La idea de encenderla, que por la mañana era una promesa de calor, ahora me parece algo fuera de sitio. Sé que el hogar no se construye con fuego, sino con cosas que están ahí de verdad.

Héctor se limpia las manos con un paño. Me mira.

—¿Quieres que me quede?

—Sí —digo, sin pensarlo.

Y al decirlo, siento que no lo digo solo por Bony. Lo digo por esa frase que se ha quedado flotando en el coche: no podemos saberlo.

Héctor asiente. La decisión ha sonado natural. Me abraza. Luego se mueve por la casa con calma, inspeccionando. Parece que fuera

su territorio.

Yo me siento en el suelo, al lado de Bony. Le acaricio despacio. Él cierra los ojos un instante y descansa. Mi pecho baja un poco.

Pero la duda no se va.

No es una duda grande. No es una acusación. No tiene forma todavía.

Es solo una pregunta mínima, pegada a la nuca, que no debería importar y sin embargo importa:

¿Y si hice algo mal sin darme cuenta?

Miro hacia el cubo de basura de la cocina, buscando allí la respuesta. Pero sé que no la hay. La lata ya no existe. La fecha ya no existe. La prueba ya no existe.

Solo existe la idea.

Y, como la lluvia, cae despacio. Sin hacer ruido. Sin avisar.

Sin que te enteres de nada.

23

Estoy fregando los platos. Suena el ruido del agua contra el fregadero. El grifo abierto, el detergente haciendo espuma, mis manos moviéndose mecánicamente. Un plato. Otro. El gesto repetido tiene algo de consuelo.

Bony está tumbado en el suelo. Me observa con los ojos medio cerrados. Cuando termino y cierro el grifo, levanta la cabeza y mueve la cola. Se incorpora despacio, sin mucho esfuerzo. Camina hasta mí y apoya el hocico en mi pierna.

—Hola —le digo.

Le acaricio el lomo. Está templado.

El susto de ayer, visto ahora, parece exagerado. Bony tiene ahora más energía. Vuelve a ser mi perro. Me inclino y le miro los ojos. No hay esa quietud mala de ayer. Solo sueño.

Respiro aliviada.

Seco los platos y los coloco en su sitio. Todo está ordenado. En la mesa, doblado con cuidado, hay un papel.

Es la nota de Héctor.

«Me he ido temprano. Tenía que hacer unas cosas. Llámame si necesitas algo».

La letra de Héctor es clara, redonda. Un mensaje cotidiano, sin conflicto. Sigo moviéndome por la cocina, como si la ausencia no fuera nada más que eso: alguien que ya ha salido y que ha dejado la casa vacía.

Abro el armario de Bony.

Las latas están alineadas en dos filas. Cojo una. Le doy la vuelta. Busco la fecha. Está bien. Cojo otra. También. Sigo. Una por una.

Voy avanzando con las latas. Las he sacado casi todas. Lo hago con prisa de forma metódica. Reviso todas las fechas.

Están bien.

Las vuelvo a colocar, mejor ordenadas que antes. Cierro el armario.

Bony bosteza.

Le pongo la correa y salimos.

La mañana sigue gris. Hoy no llueve, pero el suelo está mojado. Caminamos hacia el pueblo. Bony se mueve más ligero. Se detiene a oler, levanta la pata, sigue. Todo en él indica que lo de ayer ha quedado atrás.

Me digo que sí. Que fue solo un susto.

Al llegar a la plaza, me detengo un momento. Podría volver a casa. Podría sentarme. Pero decido coger el coche.

Camino hacia donde creo que lo dejé.

No tengo una imagen exacta, pero sí una certeza vaga. Una esquina. Una sensación de haber cerrado la puerta con cuidado. Miro.

No está.

No me alarmo. Pienso que quizá he avanzado demasiado. Doy media vuelta. Recorro la calle con la mirada. Miro en el otro lado por si acaso me he confundido.

Nada.

Bony se sienta a mi lado. Me mira. Espera.

—Lo dejé por aquí… —murmuro.

Recuerdo una maceta grande. Una fachada clara. Un cartel en una ventana. Recuerdo haber pensado que no debía aparcar tan cerca de la curva. Todo eso lo recuerdo.

Camino unos metros más. Giro a la derecha. Miro al fondo de la calle. Hay coches, pero ninguno es el mío.

Empiezo a notar el pulso en las sienes. No fuerte. Solo presente.

Cruzo a la siguiente calle. Vuelvo a mirar. Nada. No aparece. Ayer estaba muy nerviosa con lo de Bony. Seguramente me he equivocado de calle.

Pero no lo siento así.

Tengo la sensación de que el lugar se ha transformado mientras yo no estaba.

Bony camina conmigo sin tirar. La correa se tensa y se afloja con suavidad. Él no parece inquieto. Yo sí.

Vuelvo sobre mis pasos. Intento reconstruir la ruta: llegué, aparqué, caminé… Fui directa al veterinario. Entonces, ¿por qué recuerdo un timbre? ¿Por qué recuerdo un mostrador?

Paro.

Respiro.

No quiero convertir esto en algo raro.

Sigo caminando.

Y entonces lo veo.

Está al final de una calle lateral, junto a un muro bajo cubierto de musgo. No es un sitio extraño. Pero no es el sitio que yo tenía en la cabeza.

Me acerco despacio.

Es mi coche.

La matrícula. El color. Todo.

Me quedo con la mano en el tirador antes de abrir. Espero una explicación que no va a llegar. Abro la puerta de atrás. Bony mueve la cola y sin que yo le diga nada da un salto y se mete. Luego se acomoda. Está a gusto conmigo.

Mientras salgo de allí y pongo rumbo a casa, pienso que no encontrar el coche no es nada raro. Le pasa a todo el mundo alguna vez.

Lo inquietante es no estar segura de haberlo perdido.

24

El ayuntamiento es un edificio bajo, blanco, con un escudo de piedra sobre la puerta. Entro detrás de Héctor. Él no parece incómodo allí. Camina como si supiera adónde va.

Nos sentamos frente a un mostrador con un cristal protector. Detrás, una mujer revisa unos datos en la pantalla. Cojo un número. Esperamos. Cuando aparece nuestro turno, me levanto con la carta ya preparada.

—Buenos días —digo—. He recibido esta notificación.

Se la tiendo. La mujer la lee. Teclea. Yo miro de reojo a Héctor, buscando alguna señal, algo que me indique si esto es grave o no.

—Aquí hay una discrepancia de superficie —dice—. En catastro figuran ciento noventa y cinco metros y ahora constan doscientos diez.

No llego a reaccionar.

—Sí —interviene Héctor—. Es una casa antigua.

Asiento, aunque no estoy segura de que eso explique nada.

—En estos casos hay que presentar una declaración para actualizar los datos —continúa la mujer—. Si no, puede haber recargo.

La palabra "recargo" me suena amenazante.

—Pero eso no implica necesariamente una regularización completa, ¿verdad? —dice Héctor, tranquilo, como si ya hubiera hecho esto muchas veces.

La mujer lo mira.

—Depende de lo que se declare.

—Claro —dice él—. Por eso queremos hacerlo con cuidado.

Abro la boca.

—¿Y cuánto podría ser?

—Eso ahora mismo no se puede saber —responde la mujer, sin levantar la voz.

Siento que me quedo sin aire. Antes de que pueda formular otra pregunta, Héctor vuelve a hablar.

—Entiendo que de momento lo único es informarse y no precipitarse.

—Tiene quince días para presentar la documentación —dice la mujer—. Aquí tiene la información.

Imprime un impreso y lo desliza por debajo del cristal. Héctor lo recoge antes que yo.

—Perfecto —dice—. Gracias.

La mujer asiente y vuelve a mirar la pantalla. Ya está. No hay más. Me quedo ahí de pie, sin réplica posible, y luego sigo a Héctor.

Fuera, me detengo en los escalones.

—Me he quedado igual que estaba —digo—. No he entendido qué tengo que hacer.

Héctor sonríe, conciliador.

—Normal. Estaba empezando a meterte presión.

Lo miro.

—¿Tú crees?

—Sí —dice—. Si empiezas a preguntar demasiado, te lían. Y al final acabas pagando cosas que no tocan.

Caminamos despacio. Yo miro al suelo.

—A un amigo mío le pasó algo parecido —continúa—. Se puso nervioso, fue varias veces… y terminó regularizando media casa.

Levanto la cabeza.

—¿Y tú qué harías?

Se encoge de hombros.

—Si no te importa, te lo puedo mover yo. Conozco a alguien aquí.

Dudo. No me gusta depender, pero tampoco quiero hacerlo mal.

—No quiero molestarte…

—De verdad, no es molestia —dice—. Yo lo único que quiero es ayudarte. Además, ahora mismo no hay que hacer nada urgente.

—¿Seguro?

—Seguro —dice—. Si hiciera falta presentar algo, ya te aviso.

Estoy de acuerdo. Noto cómo algo se afloja por dentro.

—Gracias.

—Nada —responde—. No te preocupes.

Seguimos caminando. Intento pensar qué haría si él no estuviera, pero no se me ocurre nada claro.

Por suerte, pienso, no tengo que decidir ahora.

25

Voy al supermercado a media mañana. Hay poca gente. Me gusta venir a esta hora porque nadie parece tener prisa y todo funciona como debería. Cojo un carrito pequeño, aunque sé que acabaré llenándolo.

Paso por las estanterías mirando los productos. Pan, leche, fruta. Cosas que pesan lo justo como para sentir que estoy haciendo algo útil. Eso me da una sensación de propósito.

Cuando estoy eligiendo yogures, alguien dice mi nombre.

—Ana.

Me giro despacio, sorprendida.

Es una mujer que no reconozco. El pelo corto, blanco. La misma manera de inclinar la cabeza al mirarme. Sonríe con cuidado, como si no quisiera asustarme.

—Soy Carmen —dice—. Carmen Ruiz.

Asiento antes de entender del todo.

—¿No te acuerdas?

De pronto caigo.

Nos quedamos de pie junto a los frigoríficos abiertos. El frío se escapa y nos rodea las piernas. Carmen me observa con atención, como si estuviera comprobando algo que no sabe cómo preguntar.

—Estás muy cambiada —dice al final—. Ha pasado mucho tiempo.

—Sí —respondo—. Un montón.

Lo digo con naturalidad.

—Hace años que no sabía nada de ti —continúa—. Tu madre se habría alegrado de verte.

Muevo afirmativamente la cabeza. No pregunto nada. Sonrío.

Carmen baja la voz.

—Siempre fuiste muy callada —dice—. Pero lo llevabas todo dentro. Como ella.

No siento rechazo. Tampoco consuelo. La frase cae y se queda ahí, sin engancharse a nada.

—¿Vives por aquí ahora? —añade.

—Sí. En la casa blanca, cerca del acantilado.

Le digo la ubicación sin pensar. En cuanto lo hago, me doy cuenta de que no tendría por qué haberlo hecho.

—Ah —dice—. Esa casa.

No añade nada más. Sonríe otra vez, pero esta vez la sonrisa no llega del todo a los ojos.

—Bueno —continúa—. Me alegro de verte. De verdad.

No le he preguntado por su vida. No siento que falte nada por decir.

—Cuídate, Ana.

—Tú también.

Se aleja empujando su carrito. La observo mientras se pierde entre los pasillos. Luego vuelvo a mirar los yogures. Cojo los mismos que había elegido antes.

En la caja, mientras espero, pienso que podría haberle pedido el teléfono. Podría haberle preguntado más cosas o haber dicho algo distinto.

Pero no lo hice.

Al salir, el sol me da en la cara. Parpadeo un momento. Camino hacia casa con las bolsas balanceándose a ambos lados. El peso se me hace molesto.

Pienso que hay personas que pertenecen a una parte de la vida que ya no está disponible. No porque haya pasado algo grave. Simplemente porque el cuerpo no las llama.

Aprieto el paso. Quiero llegar antes de que se haga de noche.

26

El masaje lo he reservado por la mañana. Es un centro pequeño en un pueblo cercano, de esos que nunca te has fijado pero que tienes al lado. Descontracturante, pone en la web. Me parece una palabra suficiente para lo que necesito.

El trayecto es corto. Aparco sin problema y entro unos minutos antes. El lugar huele a incienso y suena una música de reiki relajante. La mujer que me atiende habla bajo, como si el tono discreto formara parte del servicio. Me pregunta dónde tengo más carga. Señalo los hombros, el cuello, la espalda alta. No explico nada más.

Me tumbo boca abajo. La camilla está fría.

Al principio el contacto me incomoda un poco. No por dolor, sino por la conciencia de que te toquen el cuerpo. De estar ahí, en contacto contigo, casi de forma íntima. Poco a poco dejo de pensar en cómo estoy colocada. El aceite se extiende. Las manos presionan con firmeza, sin brusquedad.

—Estás muy cargada —dice—. ¿Mucho estrés?

—Puede —respondo.

No digo nada más y me relajo. Sus manos se mueven ahora con intensidad. Los dedos se clavan. Utiliza el codo en algún momento. Todo eso me produce un éxtasis liberador.

Cuando termina, me incorporo despacio. Me noto más ligera, pero también extraña, muy relajada y en paz con todo. Me visto con calma. Al salir, la luz del exterior me parece demasiado clara.

Camino para despejarme. No tengo prisa por volver. Me fijo en una tienda de chinos al otro lado de la calle. Está abierta y hay alguien dentro. Me acerco para curiosear.

Es entonces cuando lo veo.

Héctor está de espaldas, hablando con el dependiente. Tiene en la mano una pieza metálica pequeña. La gira mientras escucha, concentrado.

Odio admitirlo, pero está increíblemente guapo.

Me detengo a unos pasos, dudando si seguir o dar la vuelta.

Se gira.

—Ana.

Dice mi nombre como si fuera lo más normal del mundo.

—Hola.

—¿Qué haces por aquí?

—Nada especial. He venido… —me encojo de hombros—. A dar una vuelta.

Sonríe, como si no necesitara más explicación.

—Yo estaba comprando unas cosas —dice—. Para la casa.

No sé a qué casa se refiere. No pregunto.

Avanzamos calle abajo casi al mismo tiempo. El sol da de frente y tengo que entrecerrar los ojos.

—¿Te apetece un sobao? —dice de pronto—. Hay una pastelería aquí al lado. Son buenos.

No lo plantea como una cita. Lo dice como quien propone una pausa lógica.

—Vale —respondo.

Y caminamos juntos hacia la esquina, sin comentar nada más.

Nos sentamos en una mesa junto a la ventana. Solo entra claridad en forma de rayos de sol.

Héctor deja la taza en la mesa y se reclina en la silla. Yo me quedo más rígida, con las manos juntas.

—¿Te pasa algo? —pregunta.

Su tono no es de alarma. Lo dice como quien abre una puerta que ya estaba entreabierta.

Tardo en responder.

—No sé —digo—. Es una tontería.

—No suele serlo.

Me quedo mirando al frente, al punto exacto de la pared donde no hay nada.

—La casa —empiezo—. Y yo, supongo. Estoy cansada sin haber hecho gran cosa. Y por la noche… el silencio.

No digo que me moleste, ni que me dé miedo.

Héctor asiente despacio, como si ya hubiera pasado por ahí.

—Eso es ansiedad —dice.

Lo dice sin dramatismo. Como si fuera una simple palabra inocente.

—¿Ansiedad?

—Sí. Muy leve, pero se nota. Has cambiado de vida de golpe. De sitio. De rutina. El cuerpo tarda más que la cabeza en adaptarse.

Me lo quedo mirando. No me siento cuestionada. Al contrario. Me siento recogida en esa explicación.

—Puede ser —digo.

—Es bastante normal —añade—. A veces uno está convencido de que todo está bien, pero no lo está.

Pienso en el diario.

—Además —continúa—, las casas nuevas amplifican todo. El silencio, los ruidos, incluso el cansancio. No estás acostumbrada todavía a esta nueva vida.

Asiento sin darme cuenta.

—Eso explicaría… —empiezo, y no termino la frase.

—Claro —dice—. No es que te pase nada raro. Es un proceso.

Proceso.

La palabra se queda flotando.

—A mí me pasó algo parecido cuando me mudé la última vez —añade—. Dormía fatal. Me levantaba agotado. Y no tenía ningún motivo.

—¿Y qué hiciste?

Se encoge de hombros.

—Esperar. No darle demasiada importancia. El cuerpo se coloca solo.

Me gusta oírlo. Me tranquiliza. Es como si algo se hubiera ordenado por dentro sin que yo hubiera tenido que hacer nada.

—Pensaba que igual estaba exagerando —digo.

—No —responde—. Lo estás notando. Pero no significa lo que crees.

No pregunto qué creo. No hace falta.

Nos quedamos en silencio. Esta vez no me cuesta. Me parece lógico, incluso necesario.

Cuando se levanta para irse, me toca el brazo.

—Ya verás cómo se te pasa —dice—. Solo necesitas tiempo.

Nos despedimos en la puerta. Yo me dirijo hacia mi coche. Una vez dentro, me siento y repaso la conversación sin prisa.

Ansiedad.

Cambio de vida.

Adaptación.

No me suenan mal esas palabras. Me ayudan a encajar lo que sentía, aunque ahora ya no sabría decir qué era.

Me quedo dándole vueltas.

Tengo la sensación de que alguien ha puesto nombre a algo que yo no sabía cómo llamar.

27

El grillo vuelve a sonar cuando ya estoy en la cama. Débil. Esporádico. Siempre ha estado ahí, supongo.

Me incorporo, sin encender la luz. Bony está a mis pies, en la mantita que le pongo. Escucho. Suena otra vez. Bony se levanta y pone sus orejas en posición. Parece olisquear el aire y mira con fijeza hacia la planta de arriba. Antes se escuchaba por la cocina. Espero, inmóvil, que haga algo más, que se delate.

Se corta.

Así, sin más.

Me quedo escuchando. Nada. Solo la casa. El ruido lejano del mar y del viento hace que la noche no sea silenciosa como otras veces. Bony mueve la cola. Vuelvo a tumbarme. Siento una punzada absurda. Tengo la sensación de haber perdido algo. Acaricio a Bony y se sube a la cama. Se hace un ovillo muy cerca de mí. Poco a poco nos vence el sueño.

Por la mañana entra luz por la ventana. Ha salido el sol. Voy al baño. Bony se mete conmigo. Miro la lámpara. Espero.

Enciendo y apago. Funciona bien.

Me lavo la cara. El espejo me devuelve una imagen normal. Tengo algo de ojeras que borraré con maquillaje.

Bony me sigue.

En la cocina, me preparo café y le pongo la comida al perro. Lo hago como siempre. Me tranquiliza pensar que hay cosas que siguen igual y el café es una de ellas, pero ahora hay cosas nuevas con la llegada de Bony.

Con el café me voy al salón y allí me encuentro con la trampa. Está en otro sitio. Me quedo de pie observando. Me digo que debe ser un error. Que llevo poco tiempo en la casa. Simplemente le di un puntapié y se movió.

Me sorprende darme cuenta de que estoy razonando, preparando una explicación.

Por la tarde limpio el salón. Abro la ventana que da al exterior y la cierro después, empujándola hasta el final. Limpio los cristales. De pronto el exterior se ve más nítido. Bony curiosea las cosas que hago.

Más tarde, salimos a dar un paseo y cuando regreso, pongo la trampa en su sitio, aunque ya estoy convencida de que no sirve para nada.

Por la noche, cuando el grillo vuelve a sonar, estoy en el sofá con un libro. Lo oigo. Bony levanta las orejas. Es el mismo sonido. Más nítido. Y claramente viene del piso de arriba.

El grillo se ha desplazado definitivamente.

No voy a subir.

Sigo leyendo.

28

Han pasado unos días. No los cuento. Vienen Clara y Marta a pasar el fin de semana.

Las recojo en la estación. Nos abrazamos con ese entusiasmo que se reserva para los reencuentros breves. Me dicen que la casa es más bonita de lo que imaginaban, que el pueblo parece sacado de una película, que el aire aquí se respira distinto. Yo asiento. Me resulta fácil escucharlas.

Noto que la casa ha cambiado de ritmo. Hay ruido otra vez, maletas abiertas, risas que retumban por los pasillos. Bony va de una habitación a otra siguiendo a las visitas con su olfato de perro. Debe estar comprobando que los huéspedes son dignos de confianza.

Las he colocado en la habitación de arriba. El dormitorio es casi igual, les he hecho la cama y lo he decorado con unas flores. Empieza a coger forma y ya casi parece un hogar. Las llevo a ver el cuarto de al lado, que está ahora lleno de cajas.

—Aquí aún no sé qué voy a hacer —digo.

—Tía es súper grande —responde Marta.

Se adelanta y echa un vistazo a las ventanas. Las vistas son impresionantes. Se puede ver la playa con su caseta, las gaviotas volar y gran parte de la costa con sus acantilados. Parece un lugar idílico lleno de verde.

Marta se pasea por la habitación mientras charlamos de posibles usos. Clara dice que podría dividirlo en dos habitaciones, un dormitorio más y un salón para ver la tele o leer.

Mientras charlamos veo que Marta se ha puesto a hurgar en una de las cajas y ha sacado el cuaderno azul.

–¡Pero bueno! ¡Un diario de la adolescencia! —exclama.

Lo abre y empieza a leer un párrafo.

Me sube un calor insoportable hasta la cara. Sin pensarlo, me lanzo hasta ella. Lo agarro y se lo quito de las manos. He dado un grito que ha estado fuera de lugar. Bony se ha puesto a ladrar y Marta se ha quedado de piedra.

—Perdona tía —me dice.

No quiero darle importancia, pero me ha molestado mucho lo que ha hecho. Hemos empezado mal el fin de semana. Le digo que lo dejemos pasar y finjo una sonrisa.

Me bajo a mi habitación y las dejo solas.

Por la noche quedamos para cenar en Pedreña, en un lugar especial: El Tronki. Un merendero que aún recuerdo de cuando era niña y no era tan famoso. Mesas de madera, luz blanca, un sitio donde no hay reservas.

Héctor llega más tarde.

Las saluda con naturalidad. Da dos besos, sonríe, hace una broma leve sobre el viaje, pregunta por el trayecto. Marta levanta la copa de sangría y brindamos. Yo observo la escena desde fuera, con una sensación rara de ajuste. Héctor parece conocerlas de toda la vida.

Todavía tengo el regusto amargo de su torpeza.

Traen las navajas y las sardinas.

La conversación avanza sola. Hablan del trabajo, de los viajes pendientes, de lo que ha pasado en Santander. Clara está fascinada con mi casa.

—Yo, fíjate, dejaría el dormitorio abajo y haría un salón muy grande arriba —dice.

Les digo que ya casi lo tengo decidido: siempre me han gustado más los dormitorios en el piso de arriba.

Lo digo sin énfasis.

—Pero ganarías muchísimo espacio —dice Clara—. Además, en el dormitorio no estamos apenas y cuando estás duermes.

Les digo que el dormitorio es el lugar más íntimo de la casa.

—¿Estás segura? —pregunta Marta—. Porque para mí es la cocina.

Ríen. No ha sido un comentario hiriente, pero algo en el tono me hace dudar. No de lo que dije. De mí.

Miro a Héctor.

Está escuchando. Sonríe. Da un sorbo al vino, pero no interviene.

—La verdad es que tiene razón —dice tras pensarlo—. La cocina es un lugar especial en la casa.

Nada más.

La conversación sigue. Clara cambia de asunto y empieza a hablar de la comida. Marta comenta lo buena que está la sangría. Nadie insiste. Nadie discute. Todo fluye.

Pero yo me quedo atrás.

No porque me hayan corregido. Ni siquiera porque tenga razón o no. Sino por la sensación de haber dicho algo que no ha quedado bien sostenido. Lo mismo que una frase que se cae porque nadie la toma en serio.

Héctor me sirve más de sangría y me pasa el plato de las rabas. Me roza la mano al hacerlo.

A partir de ahí, escucho más de lo que hablo. Sigo la conversación y sonrío. Me sorprendo revisando mentalmente lo que he dicho, buscando dónde pudo estar el error exacto, como si fuera importante localizarlo.

No lo es.

Y, sin embargo, me quedo inhibida.

Al volver a casa, después de despedirnos de Héctor, Clara dice que es encantador. Marta añade que se le ve buen tío, muy centrado. Yo sonrío y les doy la razón.

—Tu novio es muy guapo —suelta Marta que está achispada.

Nos reímos. Clara me mira con una sonrisa maliciosa.

—Te ha salido bien la jugada.

Más risas.

En el salón, mientras ellas se acomodan, yo voy a la cocina a buscar agua. Bony me sigue y luego vuelve conmigo. Se tumba a mis pies. Miro la cocina y ahora dudo.

Tal vez tengan razón y este es el lugar más íntimo de la casa.

Ponemos una película. El televisor es viejo y se ve regular.

Pienso que no ha pasado nada. Que nadie me ha llevado la contraria de verdad. Que Héctor no me ha desautorizado.

Y aun así, algo se ha movido en mi interior. No es una idea objetiva. Es más como una posición. Algo que me disgusta.

Sin darme cuenta, he aprendido a esperar un tiempo antes de decir las cosas.

Por si acaso.

29

Por la mañana la casa vuelve a llenarse de ruido. No es que sea molesto, pero tampoco es el silencio al que ya me había acostumbrado. Clara se levanta primero y abre las ventanas del salón. Marta aparece poco después, descalza, con el pelo revuelto, preguntando si queda café.

Bony va de una a otra, atento, llevando la cuenta de quién está despierta y quién no. Mueve el rabo. Está contento. La casa se ha llenado de vida y Bony ya está completamente recuperado. Eso me llena de felicidad.

He puesto el desayuno en la mesita exterior. El día está soleado y el jardín nos ofrece una armonía perfecta. Desayunamos sin prisa. Marta comenta la suerte que tengo con esta casa. Luego hablamos de dormir mal fuera, de las camas, de los ruidos nocturnos. Clara dice que ha oído algo durante la noche, como un golpe seco, pero que no sabe si ha sido un sueño. Marta dice que ella ha dormido del tirón. Que siempre ha dormido profundamente. Por suerte no tenemos ningún gallo cerca, pero a veces se oyen rebuznos en la lejanía.

Dejamos el desayuno sin recoger y las llevo a dar un breve paseo por el acantilado. Bony va suelto, corriendo y feliz. Bajamos a la playa pequeña y alucinan del sitio tan hermoso.

—¡Tienes tu propia playa particular! —exclama Marta.

Yo sonrío. Nunca lo había visto de esa forma. Pero tiene razón, es un privilegio que debería valorar más.

Luego miro la caseta e inconscientemente me alejo de ella. No quiero pensar en eso ahora. Le tiro un palo a Bony y finjo estar contenta. Nos alejamos.

Volvemos a la casa. Ellas entran antes que yo. Me quedo con Bony un rato por el jardín. De pronto le veo olisquear algo con

insistencia cerca de la verja. Me acerco y descubro un trozo de carne. Está hecho una bola. Lo recojo con una de las bolsitas de caca. Debe llevar varios días ahí. Camino hasta la verja y miro hacia afuera.

Vuelvo a la casa.

Entro. Puedo escuchar a las chicas en el piso de arriba. Me dirijo hacia el cubo de la basura. Miro a Bony. Me quedo pensando sin saber qué hacer.

Lo tiro y me lavo las manos.

Después de recoger, proponemos salir. No tenemos un plan decidido. Clara menciona Santillana del Mar, dice que hace años que no va, que le apetece pasear sin más. Nos ponemos de acuerdo sin problema.

Vamos en mi coche.

El día está cubierto, sin amenaza de lluvia. Conduzco despacio. En un tramo noto que el coche da un tirón, el mismo que ya había notado días atrás. Un golpeteo leve, irregular, en algún lugar del motor, aunque no estoy segura de si es algo malo.

—¿Habéis notado eso? —pregunto.

Marta mira por la ventanilla.

—Será algo de los gases —dice—. No suena a nada serio. Mientras el motor funcione bien.

Clara asiente. Yo sigo conduciendo. No le damos importancia.

En Santillana paseamos sin rumbo. Entramos en una tienda, luego en otra. Nos detenemos a mirar postales, cerámicas, cosas que nadie necesita. Clara hace fotos. Marta dice que todo parece demasiado perfecto, como un decorado. Yo camino detrás, escuchando.

No puedo evitar acordarme de lo que hizo ayer con mi diario. Por más que intento justificarla, no me cabe en la cabeza que fuera tan poco respetuosa. La miro y me dan ganas de echárselo en cara, pero me inhibo.

Tomamos algo rápido en un bar. No alargamos mucho. Es domingo y se nota en el ambiente que hay muchos turistas pese a no ser temporada. Ya tengo ganas de volver a casa.

De vuelta, el ruido vuelve. Esta vez más claro. Bajo la velocidad. Trato de ubicar el lugar exacto, pero esta vez prefiero no comentar nada. No quiero convertirlo en tema.

Llegamos al pueblo sin problema. Paro delante de la casa. Clara y Marta sacan las mochilas del maletero. Se cambian los zapatos, se retocan en el espejo del recibidor. Bony me estaba esperando. Mueve la cola y salta sobre mí.

—Ese perro te quiere mucho —afirma Marta.

Asiento.

—Ha sido un finde muy bonito —dice Clara—. Tienes un sitio especial aquí.

Marta sonríe. Noto que está tratando de ser amable ahora que sabe que ha metido la pata.

—Y cuida lo que tienes —añade—. A la casa me refiero… y a Héctor.

Yo sonrío.

Se duchan y se arreglan. Parece que van a una fiesta, pero realmente van a coger un tren. Las llevo a la estación. El tren sale en pocos minutos. Abrazo a Clara. Prometemos vernos pronto, sin concretar.

Cuando llega el momento de despedirme de Marta, nos abrazamos fuerte. Nos quedamos así un buen rato. Ella me mira y veo que tiene lágrimas en los ojos. La vuelvo a abrazar y Clara se nos une.

—Ana, no sabes lo que nos alegramos de que estés bien —dice Marta.

Me vuelve a abrazar. Esta vez solas. Ella y yo.

Las veo subir al vagón y buscar sitio junto a la ventana. Me hacen un gesto con la mano cuando el tren arranca. Camino con el tren hasta que desaparece en el horizonte.

Vuelvo al coche. Siento de pronto un vacío. Tendría que haberme traído a Bony.

Arranco y, unos metros después, el motor responde mal. No se apaga del todo. Pierde fuerza. Avanzo despacio, con miedo a que en cualquier momento se detenga. Consigo parar en el arcén antes de una curva.

El coche se queda en silencio. Giro la llave. El motor no arranca. Giro otra vez y hay un leve zumbido previo al motor de arranque. Vuelvo a girar y el motor está muerto. Me bajo del coche y levanto el capó del motor. Miro dentro con la esperanza de que me ilumine de pronto y sepa repararlo, pero al poco me pregunto qué demonios estoy haciendo mirando un motor cuando no entiendo nada.

Lo cierro y vuelvo a mi asiento.

Me quedo sentada, con las manos apoyadas en el volante. Miro el cuadro. Respiro. Marco su número.

—¿Ana?

—El coche… —digo—. No va bien. Estoy cerca del pueblo, pero no llega.

—No te preocupes —responde—. Voy ahora. ¿Dónde estás?

Le explico más o menos dónde me encuentro y le mando mi ubicación.

Llega en pocos minutos. Aparca detrás de mí. Baja tranquilo. Me da un beso. Abre el capó, mira, toca algo con la mano. Frunce el ceño, pero no parece alarmado.

—Es una tontería —dice—. Este coche ya te ha avisado más de una vez que debería pasar una revisión más a fondo. ¿Cuándo cambiaste la correa de distribución?

—No lo sé —contesto.

Hace un ajuste mínimo. Cierra el capó. Arranca. El motor suena estable.

—No deberías seguir sola con él así —añade—. Al menos no de noche.

Conduzco detrás de él hasta casa. Al llegar, aparco y apago el motor. Me quedo un momento sentada, como si necesitara relajarme de todo lo que ha pasado.

—Quédate a cenar —digo—. Tengo cosas para hacer algo rápido.

Héctor me sonríe y acepta la invitación.

Dentro, Bony lo recibe sin recelo. Se tumba cerca, atento. Preparo algo sencillo. Unos filetes con algo de verdura. Él pone la mesa. No hablamos del coche. No hace falta.

Mientras cenamos, pienso que el fin de semana ha terminado. Que la casa vuelve poco a poco a su ritmo habitual. Que ahora todo

está más tranquilo.

Pero esa tranquilidad me irrita.

30

Bajamos juntos al coche por la mañana. No hay prisa. El aire está limpio y el cielo está despejado, de ese azul que parece recién pintado. Héctor dice que tiene que pasar por la oficina, que le viene de paso acompañarme.

Abre la puerta del copiloto antes de que yo llegue. Se sienta, ajusta el asiento con dos movimientos rápidos y naturales, como si el coche fuera suyo desde siempre. Yo entro por el lado del conductor. Coloco el bolso atrás. Me abrocho el cinturón.

—¿Dormiste bien? —me pregunta.

Le digo que sí. En realidad no del todo, pero no quiero entrar en eso ahora.

Arranco. El motor responde a la primera. Me sorprende lo silencioso que está. Durante un tiempo no hablamos. La radio suena baja. Una canción que no reconozco.

Avanzamos despacio por la calle. Todo parece normal.

Miro alrededor, sin saber muy bien por qué. Entonces lo noto.

El asiento está echado más atrás de lo habitual.

No es que esté segura cien por cien. Es una sensación. Como cuando entras en una habitación y sabes que alguien ha estado allí porque han cambiado algo, aunque no veas nada fuera de sitio.

Apoyo la espalda. Estiro las piernas. Me siento rara, pero no incómoda. Miro el espejo lateral. Está girado hacia abajo. No como lo dejo yo.

—¿Te apetece café luego? —dice Héctor—. Hay uno muy bueno cerca de la oficina.

—Vale —respondo.

Paso la mano por el salpicadero y me fijo en la radio. No es la emisora que suelo poner. Yo siempre dejo la misma, una que me gusta y sé lo que puedo esperar. Me tranquiliza no cambiarla.

—Qué raro —digo al final, sin darle importancia—. Juraría que ayer el asiento estaba más adelante.

Héctor no reacciona de inmediato. Sigue ahí sin decir nada. Está mirando el móvil.

—Puede ser —dice—. Ayer lo moví cuando miré lo del motor.

Parece como si se lo confirmara a sí mismo. Sonríe.

—Tenías razón con el ruido —añade—. Era una tontería, pero mejor comprobarlo.

Esto lo dice con naturalidad, como quien recuerda algo sin darle importancia.

—Ah —digo.

Miro por la ventana. Las casas pasan despacio. Me digo que sí, que es verdad, que ayer estuvo mirando el coche. Me acuerdo vagamente de él inclinado sobre el capó, hablando de no sé qué del borne de la batería. Me digo que es normal que haya tocado el asiento. Que el espejo lo habrá movido sin darse cuenta.

Me relajo.

En un semáforo, se inclina hacia mí y me acomoda el cinturón. No hacía falta, pero no me molesta. Su gesto es cuidadoso, casi tierno. Me besa en la sien.

—Estás muy callada —dice.

—Estoy bien.

Y es verdad. No estoy mal. No como otras veces.

Arrancamos de nuevo. El coche avanza suave. Héctor tararea la canción de la radio. No afina, pero me hace gracia. Me mira y sonríe.

—El sábado fue intenso —dice—. Ver a tus amigas, y todo eso.

—Remueve cosas.

No es una pregunta. Es una constatación. Me siento comprendida. Me digo que es normal que esté despistada. Que el sábado bebí más de la cuenta y ya no soy tan joven. Que anoche nos acostamos tarde con lo del coche. Que llevo días durmiendo mal.

—Es bueno ver a los amigos de vez en cuando —añade.

Paramos a comprar café. Se baja él. Tarda poco. Vuelve con dos vasos de cartón. Me da uno.

—Con leche y azúcar —dice—. Como te gusta.

Le doy un sorbo. Está caliente. Me quema la lengua. Me hace sentir despierta.

—Gracias.

Seguimos el trayecto. Pasamos por la carretera que bordea el pinar. El mar se ve a lo lejos, entre los árboles. Me siento tranquila. Pienso que quizá exagero. Que llevo semanas interpretando señales donde no las hay. Que la casa, las amigas, todo, me tienen alterada.

—Por cierto —dice Héctor, sin mirarme—. ¿Seguro que ayer no condujiste tú?

La pregunta cae despacio, como una hoja.

—¿Cómo? —digo.

—Nada —responde—. Por saber. A veces cambias el asiento cuando conduces tú.

No insiste mucho. Sigue atento a la carretera.

Abro la boca para decir algo, pero no sé qué. Repaso mentalmente el día anterior. Recuerdo llegar a casa. Recuerdo dejar el coche. ¿O fue él quien lo aparcó? La imagen no está clara. Es como un recuerdo borroso, mal enfocado.

—Sí… creo que sí, que conduje yo —digo al final.

—Vale —responde.

Sonríe. Me pone la mano en la rodilla.

—Da igual —dice—. Solo era curiosidad.

Llegamos a su oficina. Aparca con precisión. Apaga el motor. El silencio se instala dentro del coche.

—Te llamo luego —dice—. ¿Te parece?

—Vale.

—Gracias por acompañarme.

—Para eso estoy.

Sale. Cierra la puerta. Se aleja caminando tranquilo, sin mirar atrás. Me siento estúpida por haber contestado así cuando sé que fui yo quien conduje. ¿O condujo él? Ya lo empiezo a dudar.

Me quedo sentada con el café aún caliente entre las manos. Doy un sorbo. Miro el asiento. Miro el espejo. Intento recordar cómo lo dejé ayer.

No lo consigo.

Respiro hondo. Me digo que no pasa nada. Que son detalles. Que estoy cansada.

Arranco el coche.

Todo funciona perfectamente.

31

Entro en casa y dejo las llaves en el cuenco de la entrada. Hacen un ruido seco, demasiado fuerte para el silencio que hay dentro. Me quedo de pie, sin quitarme el abrigo. Necesito comprobar que todo sigue donde lo dejé. Observo el pequeño demonio que está en la balda. Lo toco. Pienso que tal vez me dé suerte.

Bony aparece por el pasillo. Camina despacio, sin saltar. Me huele las manos, luego la cara. Se queda ahí, mirándome.

—Ya está —le digo—. Ya hemos vuelto.

Mueve la cola. Permanece junto a mí, contento.

Me quito los zapatos y los dejo alineados junto a la pared.

Voy a la cocina. Abro el grifo para lavarme las manos. El agua sale muy fría. La dejo correr más de lo necesario. Me miro en el reflejo del cristal de la ventana. Mi cara está normal. Un poco pálida, quizá. Nada más.

Cierro el grifo.

Bony entra detrás de mí. Se sienta en la puerta, vigilando el pasillo. Me incomoda. Marca un límite que yo no veo. Parece un perro guardián.

Abro la nevera. La luz me deslumbra. Miro sin buscar. Un yogur, un trozo de queso, un táper con algo que no identifico. Cierro.

Me apoyo en la mesa. Recuerdo la pregunta de Héctor en el coche.

¿Seguro que ayer no condujiste tú?

La repito en voz alta. Me suena rara.

Pero no. Es una pregunta normal. A veces uno no recuerda esas cosas. El cansancio hace estragos y ayer fue un día largo. Las amigas. La excursión. El tren. Las despedidas. Odio las despedidas.

No estoy acostumbrada a estar con gente y luego me cuesta soltarla.

Voy al salón. Abro la ventana. Entra aire del mar. Me llega el ruido lejano de las olas, amortiguado. También oigo el graznido fuerte de las gaviotas. Pienso en la playa, en la caseta.

Me siento en el sofá. Bony se coloca a mi lado, se acurruca junto a mí. Apoya la cabeza en mi muslo. Pesa. Me ancla.

Paso la mano por su lomo.

—Todo está bien, Bony —le digo.

No sé si se lo digo a él o a mí.

Cierro los ojos un momento. Veo el interior del coche. El asiento más atrás. El espejo girado. La radio en otra emisora. Detalles minúsculos. Cosas que cualquiera podría explicar.

Abro los ojos.

En la mesa del salón hay un sobre. Me inclino hacia delante. Lo cojo. Es publicidad. Lo dejo otra vez donde estaba. Me molesta haber dudado.

Me levanto. Camino por el pasillo. Entro en el dormitorio. La cama está hecha. Las sábanas sin arrugas. Intento recordar si la hice yo por la mañana. Me viene una imagen borrosa: mis manos estirando la sábana. O quizá no.

Vuelvo al salón.

Bony sigue en el mismo sitio. Me observa, serio, como si estuviera esperando algo de mí.

—¿Cómo estás? —le pregunto.

No responde, claro. Pero tampoco aparta la mirada. Mueve la cola.

Miro la hora.

Pienso en Héctor. En su sonrisa al irse. En cómo cerró la puerta del coche con cuidado. En su mano sobre mi rodilla.

Da igual, había dicho.

Repito la frase mentalmente.

Da igual.

Apago el móvil y lo dejo boca abajo.

La casa cruje levemente. Un sonido de madera. Lejano. Familiar. Me sobresalto.

—Es la casa —murmuro.

Bony levanta la cabeza al instante.

Escucho. Nada más.

Me levanto y voy a la cocina. Cojo un refresco. Busco un abridor. Al abrir el cajón noto que se ha trabado. Lo intento varias veces hasta que lo desmonto y lo saco. Hay algo que se ha caído por detrás.

Es una foto.

La cojo. Es mamá cuando era más joven. Tiene una sonrisa que no recordaba. Parece feliz. No la reconozco. La miro un momento. Recuerdo su voz por las mañanas.

Cierro el cajón.

Me quedo de pie, quieta, con la sensación de haber olvidado algo importante. No sé qué. Es solo una presión leve, como cuando sales de casa y dudas si has cerrado el gas o te has olvidado alguna cosa.

Respiro hondo.

—Estoy cansada —digo.

Bony se acerca y se sienta a mis pies, tocándome con el costado. No se tumba. Permanece alerta.

Me digo que mañana estaré mejor. Que hoy ha sido un día raro y nada más. Que todo encaja si lo miras con calma. Guardo la foto en el bolsillo.

Vuelvo al sofá. Me recuesto. Cierro los ojos.

La imagen del coche vuelve, insistente.

El asiento.

El espejo.

La pregunta.

¿Seguro que ayer no condujiste tú?

Abro los ojos de golpe.

La casa está en silencio.

Bony no se ha movido.

La foto está en el bolsillo.

32

Me despierto sin saber cuánto tiempo he dormido. La luz del salón ha cambiado. Ya no entra de frente; ahora cae de lado, más amarilla. Tengo el cuerpo frío, como si hubiera dormido a la intemperie.

Bony sigue aquí junto a mí.

No en el mismo sitio exacto, pero cerca. Se ha levantado cuando me he movido. Ha debido de hacer la ronda por la casa. Me observa con atención. Mi despertar para él es un evento importante.

—Ya estoy de vuelta —le digo—. Tranquilo.

Mueve el rabo y parece que me sonríe.

Voy a la cocina.

Cojo un paquete de galletas. Me siento a la mesa y me como una sin ganas. Eso me tranquiliza.

Bony se tumba cerca. Sus ojos se mueven conmigo, siguiéndome incluso cuando solo cambio de postura en la silla.

—Pareces mi sombra —le digo.

No responde. Apoya la cabeza en el suelo, pero mantiene las orejas erguidas. Hace un ruido como un pequeño aullido. No sé lo que significa. Lo mismo le pasará a él cuando le hablo.

Cojo el móvil. Hay un mensaje de Héctor.

¿Todo bien?

Lo leo dos veces. Me quedo mirando la pantalla ensimismada.

Sí, escribo.

Un poco cansada.

La respuesta llega enseguida.

Normal. El finde fue intenso.

Descansa.

Mando un corazoncito.

Apoyo el móvil boca abajo sobre la mesa. Me quedo observándolo como si pudiera vibrar solo.

—Concéntrate —murmuro.

Salgo al pasillo. El reloj de la pared marca una hora que no esperaba. He debido de dormir más de la cuenta.

Bony se levanta cuando me ve dudar frente al reloj.

—Nada —le digo—. El tiempo que vuela.

Me siento otra vez en el sofá. Enciendo la televisión sin mirar qué ponen. El sonido llena la casa, pero no me acompaña. Bajo el volumen. Lo dejo como un sonido de fondo.

Empiezo a cabecear. Lucho contra el sueño y luego dejo de luchar. Debo de estar realmente agotada. El cuerpo sabrá lo que hace. Tal vez lo necesite más de lo que creo.

Antes de cerrar los ojos, pienso fugazmente en el coche. En el gesto de Héctor al ajustar el asiento. En lo natural que parecía. Me digo que es absurdo darle vueltas. Me odio.

Me duermo.

Un ruido me despierta. Parece el sonido de una ventana.

No es fuerte. Es algo más discreto, como un arrastre breve. Abro los ojos de inmediato. El corazón me da un salto corto, contenido.

La televisión sigue encendida. Bony está de pie. Quito el volumen y escucho con atención.

Bony no ladra. Pero mira fijamente hacia el pasillo, tenso.

—¿Qué pasa, Bony? —digo.

Me levanto. Camino despacio. El suelo cruje bajo mis pies. Abro la puerta del dormitorio. Todo está igual. Entro en el baño. Nada. La ventana del fondo del pasillo está bien cerrada.

Lo compruebo.

Vuelvo al salón.

—¿Ves? —le digo a Bony—. Nada.

Él no se mueve. Sigue con las orejas erguidas.

Me siento otra vez. El cuerpo me pide descanso, pero la cabeza ya no se apaga igual. Pienso en llamar a alguien, pero no sé a quién ni para decir qué. No puedo llamar para decir que he oído un ruido.

Miro el móvil. Ningún mensaje nuevo.

Pienso en Héctor. En lo fácil que sería que estuviera aquí. En lo tranquilo que todo parece cuando él está.

La idea me calma y me repele a la vez.

Apago la televisión. Ahora es el momento de hacerlo.

Me pongo en pie. Busco una cazadora y salgo. Bony viene conmigo. Caminamos por el jardín hasta abrir el portón trasero que da al camino a la playa. El día es nublado y hay viento, pero de vez en cuando se abren las nubes y sale el sol.

El mar está precioso, pero está de una forma que no parece mar. Tiene un color esmeralda como si hubieran tirado tinta. Nunca lo había visto así.

Bony gruñe. Sube y baja por el camino. Tiene mucha energía. Al poco estoy delante de la caseta. No sé cómo he llegado hasta aquí. Debería hacerlo. Es fácil. Solo es una pequeña decisión, pero no.

No me siento con fuerzas de entrar. Me gustaría poder franquear la puerta, pero solo con imaginarlo me entristezco. No debería. No tengo por qué hacerlo.

Solo tendría que meter la llave en el candado.

Estoy paralizada. Contengo la respiración.

No fue culpa mía. Da igual cuántas veces me lo repita. No, no y no. Estoy llorando. Mi mano se ha apretado agarrándose fuerte a un palo. Siento rabia.

Bony está ladrando. Cree que le voy a tirar el palo y me lo pide.

Expulso con fuerza el aire de los pulmones y me alejo de la caseta. Hoy no puedo hacerlo. No tengo por qué hacerlo.

Corro hacia la orilla y Bony viene detrás de mí. Luego lanzo el palo con todas mis fuerzas hacia el fondo de la playa. Bony corre y al poco me lo trae.

Me pongo de rodillas y, entre lágrimas, le doy un abrazo.

33

El edificio del ayuntamiento está más lleno de lo que esperaba. Gente sentada, gente de pie, murmullos que se mezclan con el sonido estridente del dispensador de números. Cojo uno y me siento. El papel dice AL 34. En la pantalla aparece el MCH.

Saco el móvil y llamo a Héctor.

Suena. Una vez. Dos. Tres.

Cuelgo antes de que salte el buzón de voz.

Vuelvo a mirar los papeles. Los saco de la carpeta y los ordeno sobre mis rodillas. Escritura, catastro, una copia del DNI. Los repaso como si fuera un examen. Me digo que está todo claro, que ya lo hemos hablado, que solo es entregar y firmar.

El número avanza despacio, o eso creo. Hay momentos en que parece que retrocede. Un señor me dice que los ponen así.

Vuelvo a llamar a Héctor. Esta vez dejo que suene más.

Nada.

Una mujer mayor se sienta a mi lado. Me mira los papeles de reojo.

—¿Es por una herencia? —pregunta.

—Sí.

—Paciencia —dice—. Aquí siempre falta algo.

Sonríe como si fuera una broma compartida. Yo también sonrío, pero noto una tensión extraña en la mandíbula.

La pantalla marca mi número.

Me levanto. Camino hasta el mostrador. Detrás del cristal hay una mujer joven, con el pelo recogido y una expresión cansada pero correcta.

—Buenos días.

—Buenos días —respondo—. Vengo por esto.

Le paso los papeles. Los revisa con rapidez, teclea algo en el ordenador.

—Aquí falta la declaración de superficie actualizada —dice.

—La… —empiezo—. Sí, está incluida.

Señalo una hoja. Ella la coge, la mira con atención.

—Esta es la antigua —dice—. Necesito la nueva, con la firma.

La miro. Luego miro el resto de documentos. Siento una presión breve en el pecho. El aire se me hace más espeso.

—Juraría que… —digo, y me detengo.

La mujer espera.

—Bueno —añado—. Igual la dejé en casa.

Asiente, sin juicio.

—También falta marcar esta casilla —continúa—. Aquí.

Señala un apartado que yo había pasado por alto. Me acerco más al cristal. Leo. Me cuesta entender lo que pone.

—Ah —digo—. Sí, claro.

Cojo el bolígrafo. Marco la casilla. Firmo. Mi firma sale torcida.

—¿Está todo correcto ahora? —pregunto.

Ella revisa otra vez.

—Casi —dice—. La referencia catastral está incompleta.

Parpadeo. Miro el número. Es largo. Me parece que está bien. Lo leo en silencio. Algo debe estar mal, pero no sé decir qué.

—Siempre es la misma —digo—. Esa referencia, ¿no?

La mujer levanta la vista hacia mí. Su expresión cambia lo justo para que yo lo note.

—¿Está segura? —pregunta—. Aquí falta un dígito.

Me inclino aún más. Leo despacio. Uno. Dos. Tres. Cuatro.

Tiene razón.

—Perdón —digo—. Se me ha pasado.

—Pasa mucho —responde, con amabilidad—. Son muchos números.

Escribe algo en el ordenador. Luego habla con su compañera. Yo espero, con las manos juntas sobre el mostrador.

—¿Viene sola? —pregunta, sin levantar la vista.

—Sí.

—Vale. Si quiere, puede volver otro día con todo completo. O llamar a la persona que le esté ayudando con la gestión.

Pienso en Héctor. En cómo suele llevar estos trámites. En lo fácil que parece cuando él habla.

—Creo que… —empiezo—. Espere un momento, por favor.

Me aparto y vuelvo a llamar a Héctor. Esta vez, cuando ya estoy a punto de colgar, descuelga.

—¿Ana? —dice—. Perdona, estaba en una reunión. ¿Qué tal?

—Estoy en el ayuntamiento —respondo—. Me faltan cosas. No sé si estoy haciéndolo bien.

—Tranquila —dice—. ¿En qué mostrador estás?

Se lo digo. Cuelgo.

Vuelvo a la ventanilla. La mujer me mira con una mezcla de paciencia y curiosidad.

—Ahora viene —le explico.

—De acuerdo.

Espero de pie. Me noto observada, aunque nadie me esté mirando directamente. La mujer mayor de antes pasa a mi lado y me sonríe otra vez.

—Ya verás —dice—. Al final siempre sale.

Asiento.

Héctor aparece al cabo de unos minutos, cuando ya han pasado varios números. Aquello parece una oposición que nadie consigue aprobar. La gente está nerviosa. Héctor llega con paso seguro. Conoce el sitio. Me da un beso rápido en la mejilla.

—Hola —dice—. ¿Todo bien?

—Bueno —respondo—. Me he liado.

No suena como quiero. Parece que soy tonta.

Héctor se gira hacia la funcionaria.

—Buenos días —dice—. Soy Héctor. A ver, ¿qué falta?

Ella le explica. Héctor asiente, coge los papeles, los revisa con rapidez. Señala un par de cosas.

—Aquí está —dice—. Lo que pasa es que esta hoja va detrás y esta referencia es la completa.

Habla con naturalidad, sin prisa. Corrige lo que yo he hecho.

—Perfecto —dice la mujer—. Así sí.

Teclea. Imprime algo. Me pasa un papel para firmar.

Héctor se inclina hacia mí.

—Firma aquí —dice en voz baja—. Y pon la fecha completa.

Obedezco. Esta vez la firma sale mejor.

La mujer recoge los documentos.

—Ya está —dice—. En unos días recibirá la confirmación. Una vez que la tenga rellena el formulario y nos lo trae.

—Gracias —digo.

Salimos.

En la calle, el aire me golpea la cara. Respiro mejor.

—Perdona —digo—. Pensaba que lo tenía claro.

Héctor me mira con una sonrisa suave, sin reproche.

—Estás muy cargada —dice—. Es normal. Llevas muchas cosas encima.

Camina a mi lado. Me pone la mano en la espalda como guiándome.

—Estas gestiones son un lío —añade—. Para eso estoy yo.

Sonrío. Me siento aliviada. También un poco pequeña.

—Gracias por venir —digo.

—Claro —responde—. ¿Ves? Ya está hecho.

Caminamos unos metros en silencio.

—Oye —dice de pronto—. ¿Te encuentras bien últimamente?

La pregunta suena rara. Me pilla por sorpresa.

—Sí —respondo—. Solo cansada.

—Eso pensaba —dice—. A veces el cansancio nos la juega. A mí me ha pasado.

Sonríe. Yo también, aunque lo hago sin ganas.

Mientras andamos, me doy cuenta de que he dejado de mirar los papeles. Los lleva él. Me parece lógico. Me alivia.

Me pregunto, muy brevemente, si desde fuera yo también me vería así: alguien que necesita que le ordenen las cosas.

La idea me acompaña, silenciosa, mientras seguimos caminando.

34

Volvemos a casa caminando despacio. El ayuntamiento queda atrás como un edificio que ya ha cumplido su función. Héctor lleva la carpeta bajo el brazo. Yo no le pido los papeles. Me parece lógico que los lleve él.

Al entrar, la casa nos recibe con su silencio habitual. Bony se acerca primero a mí y luego a Héctor. Nos huele a los dos. Se queda unos segundos más cerca de mí, pero no se interpone.

—Ha ido bien —dice Héctor, dejando la carpeta sobre la mesa.

—Sí.

Me quito el abrigo. Lo cuelgo. Me doy cuenta de que él espera a que lo haga antes de avanzar. Ese detalle me tranquiliza.

—Te he notado tensa —añade—. Desde hace días.

—Supongo —respondo.

Me acerco a la cocina. Él viene detrás. Me rodea la cintura sin apretar. Apoya la frente en mi cuello un momento. Respiro su olor. Me aflojo.

—No pasa nada —dice—. A veces pasa.

Me giro. Le miro. Está cerca. Me besa despacio, sin prisa. No hay intención de llegar a nada. Todo es presente. Eso me desarma.

Cierro los ojos.

Me dejo llevar al sofá. No sé si me empuja o si soy yo la que avanza. Nos sentamos primero. Luego me tumbo. Él se coloca a mi lado, de perfil, apoyado en un codo. Me aparta un mechón de pelo de la cara.

—Relájate —dice—. Estoy aquí.

Me besa otra vez. Su mano recorre mi brazo, mi hombro, mi costado. No hay urgencia. Mi cuerpo reacciona. Siento alivio físico. He bajado el volumen de algo que llevaba días sonando.

Me acerco más. Le abrazo. Apoyo la cara en su pecho. Escucho su respiración. Es regular. Me contagia.

—A veces te exiges demasiado —dice, en voz baja—. Te empeñas en llevarlo todo sola.

No discuto. No quiero.

Me besa el cuello. Me estremezco. El contacto es suficiente. No necesito más. Me dejo estar. Me dejo hacer.

Mis pensamientos se diluyen. El coche, el ayuntamiento, los papeles… todo se vuelve lejano, como escenas de otra persona.

—Así —murmura—. Déjate.

Me abandono a ese tono. A esa cadencia. A la sensación de que alguien sabe lo que hace conmigo. Mi cuerpo se acomoda al suyo. Me siento sostenida, contenida, guiada.

El tiempo se estira. No sabría decir cuánto pasa.

Después, me quedo apoyada en él, con la cabeza en su pecho. Me acaricia el pelo, lentamente, sin detenerse.

—¿Estás mejor? —pregunta.

—Sí.

La respuesta sale sola. Me sorprende lo fácil que resulta.

—Me alegro.

Bony aparece al borde del sofá. Se sienta. Nos observa. Héctor le echa una mirada breve y vuelve a mí.

—Te vendrá bien descansar —dice—. Mañana vemos lo que haga falta.

Asiento. No quiero pensar en mañanas ni en gestiones. Solo en este momento en el que todo parece encajar.

Cierro los ojos.

Siento su mano aún en mi espalda, marcando un ritmo constante.

Y de pronto, dejo de preguntarme si algo va mal conmigo.

35

Salimos por el camino que baja hacia la playa. Bony tira al principio, con esa energía que tiene cuando lleva rato dentro de casa. Le dejo correa larga. El aire huele a sal y a tierra húmeda. Respiro mejor en cuanto dejamos atrás la casa y nos adentramos por el camino del pinar.

Caminar me ordena.

Eso pienso mientras avanzo. Paso tras paso. El cuerpo entra en un ritmo que no exige explicaciones. Bony se adelanta, vuelve, se detiene a oler algo invisible y sigue. Me gusta observarlo. Tiene una lógica propia, sencilla.

—Vamos —le digo—. Tranquilo.

Obedece sin mirarme. Confía.

El sendero se estrecha. A un lado, los pinos. Al otro, una caída suave hacia la hierba alta. El mar queda oculto, pero se oye. Ese ruido constante me acompaña desde que llegué a Solanzos. A veces pienso que me sostiene.

Camino unos minutos más. Siento el cuerpo más despierto. La cabeza menos densa.

Estoy repasando mentalmente la mañana en el ayuntamiento. No con angustia, sino con distancia. Veo la escena desde fuera: yo con los papeles, Héctor llegando, resolviendo.

No me molesta.

Me digo que es normal apoyarse en alguien. Que eso también es una forma de cuidado.

Bony se detiene de golpe. Levanta la cabeza. Las orejas se tensan. Mira hacia el bosque.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Espero.

Nada aparece. Ningún ruido claro. Él permanece quieto unos segundos más y luego sigue caminando. Tal vez era un conejo. El otro día vi unos por aquí mismo.

Yo continúo detrás, aunque una parte de mí se ha quedado enganchada a ese gesto.

Llegamos a un claro pequeño. Hay un banco de madera algo torcido. Me siento. Bony se tumba a mis pies, cruzado, tocándome con el costado. Apoyo las manos sobre las rodillas. Respiro.

Saco el móvil. Tengo un mensaje de mi amiga Marta.

¿Cómo estás últimamente? Hace días que te noto rara.

Lo leo dos veces. No porque no lo entienda, sino porque no esperaba esa palabra: *rara*.

Empiezo a escribir una respuesta. Borro. Escribo otra.

Bien. Mucho lío con la casa.

Envío.

Apago la pantalla.

Me quedo mirando al frente. El viento mueve las copas de los árboles. Todo sigue su curso sin pedirme opinión.

Bony se incorpora y apoya el hocico en mi rodilla. Lo acaricio. El contacto me devuelve al presente.

—Estamos bien —le digo—. ¿Verdad?

Me extraña que formule la frase así, en plural.

Seguimos caminando. El paseo se alarga sin que me dé cuenta. Me gusta esa sensación de tiempo suspendido. De estar haciendo algo útil sin producir nada.

Al volver, me noto cansada, pero es un cansancio limpio. De esos que justifican una ducha caliente.

Entramos en casa. Bony bebe agua. Yo me quito la chaqueta y la dejo sobre la silla. Me fijo en que no la cuelgo. Me da igual.

Voy al baño. Me miro en el espejo. Me veo mejor que esta mañana. Más presente. Me recojo el pelo con una goma que encuentro en el lavabo.

Me encojo de hombros.

Salgo al salón. Me tumbo un momento en el sofá. Bony sube conmigo y se coloca a mi lado, esta vez relajado, con el cuerpo flojo. Cierro los ojos.

Pienso que quizá exagero. Que todo esto son ajustes normales. Cambios. Que heredar una casa, empezar una relación, cambiar de ritmo… todo suma.

Desde fuera, me digo, cualquiera diría que estoy bien.

La idea me consuela.

Me quedo así unos minutos más, respirando al ritmo del perro, dejándome convencer por la calma que he ido a buscar.

Y casi lo consigo.

36

El bar está muy lleno. Gritos, risas, platos chocando, la máquina tragaperras, el sonido continuo de la cafetera. Héctor parece cómodo desde el primer momento. Saluda a alguien nada más entrar, levanta la mano, sonríe. Yo me quedo un paso detrás, adaptándome al ruido.

—Aquí —dice, señalando un hueco junto a la barra.

Nos abrimos paso. Héctor avanza con soltura, colocando la mano en mi espalda para guiarme. Me dejo llevar. Llegamos a la barra y pedimos. Él habla con el camarero como si se conocieran de toda la vida.

—Lo de siempre —dice.

El camarero asiente y sonríe. Luego me mira a mí.

—¿Tú qué tomas?

Abro la boca.

—Un… —empiezo.

—Un blanco —dice Héctor, suave—. Fresco.

Asiento, aliviada. El camarero se gira sin darle importancia.

—Gracias —le digo a Héctor.

—Nada —responde—. Te he visto dudar.

Me sonríe con complicidad.

A nuestro lado, una pareja habla en voz alta. Detrás, alguien me roza el brazo sin querer. El contacto me sobresalta más de lo normal. Héctor lo nota. Se acerca más.

—Está a tope hoy —dice—. Si te agobia, nos vamos a otro sitio.

—No, no —respondo yo.

Su voz me calma.

Nos traen las bebidas. Doy un sorbo. Está frío, justo como me gusta. Apoyo el vaso en la barra y observo a la gente. Me cuesta seguir las conversaciones. Todo llega fragmentado.

—¿Te acuerdas de Rocío? —dice Héctor de pronto—. La del gimnasio.

Miro hacia donde señala. Una mujer nos saluda desde una mesa alta.

—Claro —digo, aunque tardo un instante en situarla.

Nos acercamos. Rocío me da dos besos.

—Cuánto tiempo —dice—. Estás más delgada.

—Gracias —respondo, sin saber si es bueno o malo.

Nos sentamos un momento. Hablan de cosas que no me interesan: horarios, gente que ya no va, un local nuevo que ha abierto cerca. Yo escucho. A veces sonrío cuando toca. A veces me pierdo.

—¿Te acuerdas cuando vinimos aquí después de…? —empieza Rocío, mirándome.

Se detiene.

—Bueno, da igual —añade—. Fue hace mucho. Éramos unos chavales.

Hago como que sigo la conversación, aunque no tengo claro a qué se refiere. Héctor interviene con naturalidad.

—Fue hace tres veranos —dice—. El día que llovió de repente.

—Eso —dice ella—. Exacto.

Me relajo. Nadie parece haber notado nada.

—¿Estás bien? —me pregunta Rocío, inclinándose hacia mí—. Te noto callada.

La pregunta es directa, pero su tono es amable.

—Sí —respondo—. Estaba distraída.

Trato de sonar convincente. Me molesta ser el centro de atención.

—Normal —dice—. Con todo lo de la casa, ¿no?

Héctor asiente por mí.

—Ha sido intenso —dice—. Demasiadas gestiones juntas y además la casa es enorme.

Lo dice como si me protegiera de tener que explicar nada más. Se lo agradezco.

Rocío me toca el antebrazo.

—Cuídate —dice—. A veces la vida nos pone en situación.

Sonríe. Cambia de tema. No sé lo que ha querido decir. Al fondo, un grupo de chicos comienza a cantar. Piden otra ronda. No me preguntan.

Me termino el segundo vino sin protestar. Héctor me pregunta si quiero otro. Digo que no. Me basta con dos. Él tampoco insiste.

El ruido empieza a cansarme. Me cuesta mucho mantener la atención y además ha entrado un nuevo grupo de gente. El local está a rebosar. Ponen música. Las frases me llegan a medias. Me esfuerzo por estar presente.

—Vamos a pedir algo de comer —dice Héctor—. Así no bebes con el estómago vacío.

Me parece sensato. Todo lo que propone hoy me parece buena idea. Se adelanta a mis deseos.

Mientras él pide, observo de nuevo el bar. Gente apoyada en las paredes, mesas llenas, cuerpos que se cruzan. Me siento fuera de lugar, como si estuviera viendo la escena desde un punto ligeramente desplazado. Noto un ligero mareo.

—Ana.

Me giro. Héctor me mira con atención.

—¿Te apetece salir un momento a tomar el aire?

La pregunta llega justo a tiempo. Lo estoy deseando.

—Sí.

Salimos a la calle. El ruido se queda dentro. Fuera hay gente fumando. Respiro hondo. El aire fresco me despeja, aunque es aire mezclado con humo.

—¿Mejor? —pregunta.

—Sí.

Me abraza por los hombros. Apoyo la cabeza en su pecho.

—A veces te saturas —dice—. Hay días así.

Me estoy apoyando en él más de lo habitual. Lo siento como un refugio. Si no estuviera me sentiría mucho más agobiada.

—Si quieres, volvemos luego —añade—. O nos vamos.

—Nos quedamos un poco más —digo—. Y luego nos vamos.

Sonríe.

—Perfecto.

Antes de entrar, me mira con una mezcla de cuidado y algo más que no sé identificar.

—Oye —dice—. Si últimamente repites cosas o te despistas, no te preocupes. Nos pasa a todos cuando llevamos demasiadas cosas en la cabeza.

La frase se me queda pegada mientras volvemos al bar. Un chico pasa junto a mí y me empuja.

—Perdona —dice.

Héctor le clava la mirada. Le saca una cabeza. El chaval le pide perdón a él por segunda vez. Héctor ni le contesta.

Avanzamos entre la gente. Héctor abre paso y, al verle, se apartan.

Dentro, el ruido me envuelve otra vez. Esta vez me dejo llevar sin intentar controlarlo todo. Héctor va delante. Yo lo sigo.

Desde fuera, pienso fugazmente, parecemos una pareja normal en un bar lleno.

Y esa idea, por un momento, me gusta.

37

La tienda está en un polígono a las afueras. No la habría encontrado sola. Héctor me habló de ella como quien comparte un secreto útil.

—Tienen gangas de verdad —dijo—. Muebles buenos, sin postureo.

Entramos y huele a madera nueva y a barniz. Hay mesas por todas partes, alineadas como si esperaran turno. Grandes, pequeñas, redondas, rectangulares. Me abruma tanta opción.

Un vendedor se nos acerca. Camisa clara, sonrisa profesional.

—¿Buscáis algo en concreto?

—Una mesa de comedor —dice Héctor—. Para una casa grande.

El hombre asiente y nos conduce hacia una zona concreta. Nos muestra una mesa robusta, de madera clara, con un acabado impecable. Empieza a explicar detalles: el grosor, el tipo de pata, el tratamiento.

—¿De qué tamaño es el salón? —me pregunta de pronto, mirándome.

Abro la boca.

—Pues… —digo—. No lo sé bien.

No es que no lo sepa. Es que no tengo la cifra en la cabeza. Metros, proporciones. Me quedo en blanco.

—Son unos veinticinco metros cuadrados —interviene Héctor sin dudar—. Más o menos rectangular. La pared larga da a la ventana.

El vendedor asiente con interés renovado.

—Perfecto —dice—. Entonces esta mesa encaja muy bien. No abruma el espacio y permite circulación cómoda.

A partir de ese momento, no vuelve a mirarme. Todo lo comenta con Héctor. Le explica opciones, extensiones, acabados alternativos.

Yo escucho, prestando mucha atención, como si estuviera aprendiendo algo que debería saber.

Héctor pregunta, compara, evalúa. Yo observo las vetas de la madera, el brillo bajo las luces.

—¿Qué te parece, amor? —me dice de pronto, girándose hacia mí.

La palabra me llega con un pequeño retraso.

Amor.

No me lo esperaba. Me sorprende. Me gusta. Me resulta extraña, como un zapato nuevo que todavía no sabes si te hará daño. Pero sonrío.

—Está bien —digo—. Aunque… he visto otra.

Señalo una mesa al fondo. Más sencilla. Me ha llamado la atención desde que hemos entrado. Tiene algo.

Vamos hacia ella. El vendedor nos sigue, pero su entusiasmo baja un punto.

—Esta es bonita, sí —dice—, pero tiene menos presencia. Y el sistema de patas… bueno, a la larga puede dar problemas.

—¿Qué problemas? —pregunto.

—Nada grave —responde—, pero ya sabe. Con el tiempo, los cambios de temperatura, la madera trabaja…

Sonríe.

—Además —añade—, la otra es extensible. Mucho más práctica si viene gente.

Mira a Héctor.

—Es verdad —dice él—. Esta no se abre.

—Pero no creo que necesite que se abra —digo yo—. No suelo tener mucha gente.

El vendedor hace un gesto leve con la mano.

—Nunca se sabe —dice—. Y el precio de la otra es incluso mejor ahora mismo.

Nos quedamos un momento en silencio. Siento que la decisión está suspendida en el aire, como en una cuerda floja.

—A mí esta me gusta más —insisto—. Me parece más ligera.

El vendedor sonríe con paciencia.

—Claro, es cuestión de gustos.

Miro a Héctor.

—¿Tú qué opinas?

Héctor no responde al instante. Inclina la cabeza.

—Hombre… —dice—. Entiendo lo que dices, pero creo que él tiene razón. La extensible da más juego.

Lo dice como quien llega a una conclusión razonable.

Yo noto un pequeño sobresalto. No es enfado. Es algo más sutil.

—Prefiero la otra —digo, más firme de lo que esperaba—. Esa.

Señalo de nuevo la mesa que me gusta.

Héctor me mira. El vendedor también.

—Claro —dice el vendedor—. Por supuesto. Es vuestra casa.

Sonríe, pero ya está recogiendo mentalmente la discusión.

Nos quedamos un momento más allí, entre mesas, hablando de plazos, de transporte, de detalles prácticos. Yo escucho y respondo cuando me preguntan.

En ningún momento se cierra del todo la decisión.

Salimos de la tienda. Camino unos pasos en silencio.

No sé qué mesa hemos comprado.

O si hemos comprado alguna.

Y esa incertidumbre, absurda y pequeña, me desconcierta.

38

Salgo con Bony pronto, cuando el cielo todavía no ha decidido si va a abrirse o seguir con esa luz blanca que aplasta los colores. He elegido Santoña casi sin pensar. Me he puesto unas zapatillas, una sudadera, el chubasquero por si acaso. Nada heroico. Un paseo. Eso.

Bony baja las escaleras. Cuando le digo "vamos", mueve la cola con una seriedad cómica, igual que un perro al que acaban de encomendar una misión importante. En el coche se asoma a la ventanilla y olfatea el aire con el morro levantado, aspirando el aire que entra.

Me gusta conducir hacia allí. Hay algo en esa carretera que me limpia por dentro: los prados húmedos, los márgenes llenos de verdín, las casas dispersas, las vacas, el olor a sal que aparece de golpe antes de ver el mar. Con un paisaje así, la cabeza deja de hacer tanto ruido.

Aparco en una zona que reconozco vagamente, cerca del barrio del Dueso. No sé si es donde aparqué otra vez o si lo estoy inventando. Últimamente confundo lugares que antes tenía muy claros. Bajo del coche.

Bony pisa el suelo y se tensa. Se queda quieto. Levanta el hocico. Mira hacia delante, hacia el monte. Debe de haber algo que le interesa.

—¿Qué pasa? —le digo.

Tira de la correa con energía contenida. Es su forma de decir: *vamos*. Yo también quiero moverme. No he venido a pensar.

El camino por donde empezamos está bien definido, como una pista ancha. Veo un cartel de ruta, flechas, nombres. No me paro a leerlo todo. Me basta con la dirección: hacia el monte, hacia el aire, lejos del sofá.

Más adelante, al girar, aparece el muro.

Es un muro alto, largo, de un gris que no es de piedra ni de cemento, sino de algo más viejo, más duro. Encima hay alambres y esa sensación rara de que, aunque estés al aire libre, hay un lugar donde el aire es otro. Una parte de mí se encoge sin querer.

La cárcel del Dueso.

Me sorprende verla tan cerca. La he visto en fotos, en noticias, en comentarios de gente, pero en persona impone de una manera distinta. No es la típica impresión turística de "qué sitio curioso". Es más físico. Es el recordatorio de que hay lugares diseñados para quitarte el tiempo.

Bony se acerca al borde del camino, olisquea, marca una piedra, mira al muro con indiferencia. Para él es un edificio. Para mí es otra cosa.

Sigo andando. El viento viene con olor a mar y a hierba. En el monte, las ramas se mueven sin hacer ruido. Parece que aquí el mundo funciona más lento. Más arriba sale el sendero que baja al faro del Caballo. Solo de pensarlo me da pereza: son cientos de escalones. Hoy no tengo ganas de tanto.

Sin querer, me acuerdo de una noticia.

No sé de dónde sale. De repente la tengo en la cabeza como una frase que alguien me dijo en una sobremesa: "uno de los del hotel había estado preso en El Dueso". No sé si era uno o varios. No sé siquiera si fue verdad o una de esas exageraciones que se vuelven ciertas porque se repiten en la prensa.

Pero mi cabeza lo engancha.

Hotel. Crimen. Investigación. El tipo de historias que aparecen en la tele con música de fondo y presentadores serios.

Yo no miro desde el sofá. Yo he heredado una casa de una mujer que no conocía. Yo he aterrizado en un pueblo donde todo el mundo se conoce. Y he empezado a sentir cosas raras sin poder explicarlas. Y ahora estoy caminando junto a una cárcel.

Me digo: *no mezcles*. *No te montes novelas en la cabeza*.

Sigo andando. El camino sube suave y se abre hacia un tramo desde donde se ve el mar, no entero, pero sí lo suficiente para que la mirada respire. Bony va delante, zigzagueando, feliz. Entra en un trozo de hierba alta y sale con una hoja enganchada en el pelo. Me

hace gracia. Se la quito y él se queda quieto, obediente, con una paciencia infinita conmigo.

Durante un tiempo, consigo lo que venía a buscar: un silencio interior.

No hay mensajes. No hay llamadas. No hay puertas que suenan por la noche. No hay objetos fuera de sitio.

Solo el sonido de mis pasos y el de las uñas de Bony en la grava.

A veces miro hacia atrás y el muro sigue ahí, como un borde del mundo. Desde más arriba veo los presos pasear. Se ve todo. Y, aunque sea absurdo, me dan ganas de apresurar el paso y dejar atrás ese lugar lo antes posible.

—Venga —le digo a Bony—. Vamos por aquí.

Hay un punto donde el camino se bifurca. A la derecha, más monte. A la izquierda, una bajada hacia una zona más abierta, con vistas hacia la playa de Berria, o eso creo. No estoy segura. El paisaje cambia y hay una luz más clara en el horizonte.

Tiro hacia el lado abierto.

Bony se entusiasma. Se adelanta, la correa se tensa. Lo dejo libre, que disfrute. Es lo bueno de venir con él: que el paseo no se convierte en un examen, sino en algo simple, hecho para disfrutar.

En un momento dado, veo a dos personas a lo lejos. Van despacio. Hablan. Una de ellas lleva un perro también, pero mucho más pequeño. Nos cruzamos con distancia. Bony los observa.

Me relajo.

Pienso que he hecho bien en salir. Que necesitaba esto.

Y entonces pasa.

No sé cómo.

Es solo un segundo de distracción. Miro el móvil para ver la hora. Me giro porque creo haber oído algo. Bony, en ese instante, ve un pájaro o un olor o un conejo invisible y hace un movimiento que no espero.

Sale corriendo. A toda velocidad. Algo le ha llamado la atención.

—¡Bony!

El nombre sale seco. Mi mano se queda en el aire, vacía.

Veo su cuerpo marrón alejarse entre matorrales. Parece una flecha alegre. Corre feliz, dueño del mundo.

Al principio no me asusto. Pienso: *ahora vuelve*. Siempre vuelve.

—¡Bony! —repito, más alto.

Pero no vuelve.

Lo busco en la maleza, con la certeza de que si me muevo en la dirección equivocada lo perderé más. Es ridículo. El mundo no funciona así.

Pero mi cuerpo, sí.

Empiezo a caminar rápido. A mirar al suelo, a buscar huellas, a escuchar. El viento me trae sonidos que no sé interpretar: ramas, un golpe de algo, un ladrido lejos o quizás solo mi imaginación.

—¡Bony! ¡Ven aquí!

No hay respuesta.

Mi respiración se agita. Me sube una cosa caliente a la garganta. De repente la cárcel deja de ser un muro y se convierte en un símbolo siniestro: *Encierro*. *Pérdida*. *No poder salir*.

No. No. No.

Me meto por un lateral del camino, intentando no resbalar, apartando ramas con las manos. Me araño sin querer. Siento el dolor, pero no me importa.

—¡Bony!

Mi voz suena rara, como si alguien más estuviera gritando por mí.

Pienso en Ana siendo Ana. Pienso en mí misma desde fuera. Me imagino a alguien que me graba con una cámara: una mujer buscando a un perro en un monte con una cárcel al lado. La escena es casi grotesca y, aun así, no tiene gracia.

Mi cabeza empieza a hablar sola.

¿Y si baja hacia la carretera?

¿Y si se mete en la zona de la cárcel?

¿Y si lo atropellan?

¿Y si se pierde y no lo encuentro?

¿Y si…?

Me obligo a parar esa cadena, pero no puedo. Pienso que es absurdo que se meta en la cárcel. Eso es imposible.

Sigo andando. Me tiemblan las piernas. Noto el pulso en las manos.

—¡Bony!

Nada.

Me quedo en medio del camino, de pie, sin saber qué hacer, como si el manual de "cómo encontrar a tu perro" se hubiera borrado de mi memoria. Estoy a punto de llorar. Me da rabia. No quiero llorar por esto. No quiero estar así de frágil por una decisión mía. Tiene que aparecer. Los perros no desaparecen en un paseo.

Pero eso no me tranquiliza.

Es el miedo de perder lo único que, últimamente, me hace sentir acompañada sin preguntas.

Me viene un pensamiento feo, rápido: *si Bony desaparece, me quedo sola*.

No lo digo en voz alta. Me da vergüenza incluso pensarlo.

—¡Bony! —vuelvo a gritar, y esta vez mi voz se quiebra.

Camino hacia un pequeño claro y me detengo. Escucho.

Por fin, oigo algo.

Un crujido. Un jadeo. Un sonido de patas en tierra.

Y aparece.

Sale de detrás de unos arbustos, con la lengua fuera y la mirada alegre. Parece que ha vuelto de comprar el pan. Incluso sonríe. Me mira, orgulloso. Luego viene hacia mí trotando como un perro feliz.

Me agacho de golpe y lo agarro del collar con fuerza.

—¿Pero qué haces? —le digo, y la frase me sale como si fuera de otra persona.

Lo abrazo. Lo aprieto contra mí. Él se deja. Huele a hierba y a tierra. Lo vuelvo a abrazar.

Noto que tengo las mejillas mojadas. No sé en qué momento he llorado. Me seco rápido con el dorso de la mano.

Bony me lame la barbilla, contento, sin entender nada.

—No hagas eso —murmuro—. No me hagas eso.

Lo ato bien. Doy dos vueltas a la correa en la muñeca.

Me quedo un momento respirando. Intento recuperar el control del cuerpo. Siento el corazón todavía a mil.

Al volver, el muro de la cárcel sigue ahí, como si no se hubiera movido ni un milímetro. Me dan ganas de irme ya. El paseo inocente se ha roto.

—Vamos al coche —le digo.

Bony, contento, no protesta. Mueve la cola.

Mientras volvemos, noto que todo me molesta más: el viento, la grava, el sonido de mis propias pisadas. Me siento tonta por haberme puesto así. Me digo que no es para tanto, que cualquiera se asustaría, que tengo que espabilar.

Pero la frase "tengo que espabilar" me deja un sabor amargo.

¿Desde cuándo me digo eso tanto?

Llego al coche y meto a Bony en la parte de atrás. Me siento al volante sin arrancar. Respiro. Miro el móvil.

Dos notificaciones. Una de un grupo. Otra de Héctor.

No me ha llamado durante el paseo. Me ha escrito antes. No lo había visto.

En el mismo momento en que estoy mirando la pantalla, suena el teléfono. La vida tiene un sentido del humor irónico.

Héctor.

Me quedo mirándolo.

Contesto.

—Hola.

—¿Dónde estás? —pregunta. Su voz suena normal, tranquila. Su mundo está siempre estable. Gira alrededor de un sol con precisión matemática. No como el mío, que parece un asteroide sin órbita fija.

—En Santoña… he salido a pasear con Bony.

—¿Todo bien?

La pregunta me toca justo en un sitio blando.

—Sí —digo. Y me sorprende lo fácil que sale. Luego añado—: se me ha escapado Bony un momento, pero ya está.

—¿Se te ha escapado? —repite él, sin dramatizar, pero marcando la frase.

Me tenso. Siento que me han pillado haciendo algo mal. Soy una niña en el patio de un colegio.

—Nada, una tontería.

—Bueno, pero te has llevado un susto grande.

No sé si lo dice como consuelo o como constatación. Lo peor es que da igual, porque lo siento como si me hubiera leído la cabeza.

—Sí —admito.

—Vale. Oye, te llamaba por otra cosa. —cambia de tono, me saca de un charco—. Este fin de semana Rafa nos ha dicho que saca el barco en Laredo. Que si nos apetece ir con él. Nada serio. Un paseo.

"Un paseo."

La palabra me hace gracia por dentro, pero no me río.

—¿En barco? —digo.

—Sí. A ver, si hace malo no. Pero dice que pinta bien.

Me quedo callada. Miro por el parabrisas. Veo el borde del monte. Veo una franja de mar al fondo.

La idea suena… bien. Normal. Social. De esas cosas que una debería hacer para sentirse viva.

Pero me da pereza. O miedo. No sé diferenciarlo.

—No sé —digo—. ¿Y Bony?

Héctor tarda un segundo en responder.

—Eso te iba a decir. En los barcos no suele ser habitual llevar perros.

La frase me cae como una piedrecita en el estómago. No es un no. No es una prohibición. Es una norma social abstracta. Y, aun así, me incomoda.

—Ya —digo.

—Pero se lo pregunto, ¿vale? Depende de cómo sea Rafa con eso. Igual dice que sí. Igual no. Pero lo pregunto.

Escucho su voz. Un metrónomo que pone orden. Solo por hablar con él, me he calmado.

—Vale —digo.

—¿Te apetece?

La pregunta está bien formulada. No empuja, ni obliga.

Y ahí está el problema: que no puedo acusar a nadie.

Me quedo en silencio, con el móvil en la oreja, mirando a Bony por el retrovisor. Me mira con los ojos tranquilos. Para él no ha pasado nada. Me da una ternura absurda.

—No lo sé —repito—. Me lo pienso.

—Perfecto. Me dices mañana. —Su tono es ligero—. Y, oye, si hoy te has agobiado… descansa. No le des más vueltas.

No le des más vueltas.

Cuelgo y me quedo un momento inmóvil.

Tengo la sensación de que el día ha sido un paseo y no lo ha sido. Que he salido a despejarme y he vuelto con algo más enredado dentro.

Arranco el coche.

Mientras vuelvo, pienso en el barco, en Laredo, en Rafa, en lo normal que suena. Pienso en lo difícil que se ha vuelto para mí decidir cosas normales. Pienso en la frase de Héctor sobre los perros, dicha con suavidad, como quien comenta el tiempo.

Y, sin querer, me sorprendo negociando mentalmente:

Si no va Bony, ¿lo dejo solo?

¿Le pido a alguien que se quede con él?

¿O digo que no y ya está?

¿Y si digo que no y parezco rara?

Estoy haciendo exactamente lo que intento no hacer: justificarme antes de que nadie me pida explicaciones.

Bony bosteza desde el asiento de atrás.

Siento una duda que no es sobre el barco.

Es sobre mí.

39

Le digo a Héctor que venga a cenar. Sale de mí como una frase práctica, sin importancia.

—Claro —responde—. ¿Te apetece que hagamos algo sencillo?

Asiento. Me doy cuenta, demasiado tarde, de que no he pensado qué iba a hacer. Tampoco importa. Héctor siempre arregla los problemas.

Llega antes con dos bolsas del supermercado. Las deja sobre la mesa. Empieza a sacar cosas: una lubina envuelta en papel, patatas, limones, una ramita de tomillo, una botella de vino blanco.

—He pensado hacer esto —dice—. Es fácil y no falla.

No me pregunta si me parece bien. Tampoco me molesta. Me siento extrañamente aliviada de no tener que decidir ni hacer nada.

—Yo iba a cocinar algo —digo, más por cumplir que por otra cosa.

—Otro día —contesta—. Hoy me encargo yo.

Me sonríe y ya está lavándose las manos, mirando cajones, abriendo armarios, controlando dónde está todo. Me sorprende lo rápido que se mueve por la cocina. Yo me quedo apoyada en la puerta, observándolo.

Abre el horno, comprueba la temperatura, coloca la bandeja. Corta las patatas con seguridad, en rodajas iguales.

—¿Te ayudo? —pregunto.

—Si quieres, abre el vino.

Eso sí sé hacerlo.

Sirvo dos copas. El sonido del líquido cayendo me resulta agradable. Brindamos sin decir nada concreto. Doy un sorbo. Está frío. Me relaja.

—Oye —digo, señalando hacia el salón—. Estaba pensando en encender la chimenea esta noche.

Héctor levanta la vista. No frunce el ceño, pero algo se recoloca en su cara. Estamos a finales de marzo y refresca bastante por la noche. Me he imaginado que con el fuego, esto se convertiría en un auténtico hogar.

—¿La chimenea?

—Sí. Hace frío y no sé. Me apetece.

Se limpia las manos con un trapo. Habla con cuidado.

—Yo no lo haría todavía.

—¿Por?

—En casas que no se usan mucho, el tiro suele estar mal. Se llena todo de humo, huele fatal, puede ser hasta peligroso. Lo mejor es que la mire alguien antes.

No lo entiendo del todo, pero suena razonable.

—Ah —respondo—. No sabía eso.

—Es normal. A mí me pasó en una casa antigua donde viví. Pensé que no era nada y acabamos con todo el salón ahumado.

Me imagino la escena y se me quitan las ganas.

—Además —añade—, conozco a un tipo que mira estas cosas. Si quieres, le digo que venga un día y lo revise bien.

Bebo más vino. No había pensado en llamar a nadie, pero ahora parece lo lógico.

—Vale.

Vuelve a lo suyo. Coloca la lubina sobre las patatas, añade el limón, el tomillo, un chorro de aceite. Parece un ritual.

—¿Tú qué haces de postre? —me pregunta.

—Había pensado… —empiezo—. Tengo yogur y…

—Espera —me interrumpe, sin brusquedad—. Hoy déjame hacerlo a mí también.

Me da un beso y yo me quedo callada.

—Otro día cocinas tú todo —añade—. Prometido. Pero hoy tenía ganas de hacer un postre que hacía mi abuela.

Eso me despierta curiosidad.

—¿Cuál?

Sonríe. Algo se guarda.

—Sorpresa. Tiene raíces cántabras.

—Ah —digo—. Vale.

Me sorprendo a mí misma aceptando sin más. Es solo una cena.

La casa empieza a oler a horno. A limón caliente. A comida hecha despacio. Me resulta acogedor.

Héctor se dispone a preparar el postre. Yo me quedo sentada, con la copa entre las manos, observándolo moverse por mi cocina con la naturalidad de quien ya se siente en casa.

—¿Te importa si subo un momento? —le digo—. Quiero coger algo.

—Claro.

Subo las escaleras con Bony detrás. Entra conmigo en la habitación. Se tumba cerca de la cama, atento. Me mira.

Abro el cajón de la cómoda. El diario está ahí. Lo saco. Me siento en la cama. Paso el dedo por la tapa.

Lo abro por una página.

Leo.

Habla de un incendio.

Me veo más joven. Adolescente. La letra es distinta, pero la escena no. Eso sí lo recuerdo. Recuerdo a la gente fuera, las luces de los coches, el humo saliendo por las ventanas. Recuerdo la casa ennegrecida, las paredes manchadas, los muebles cubiertos de ceniza.

Pero no recuerdo el olor.

Eso me sorprende. Debería recordarlo. Todo el mundo dice que el olor a humo no se olvida.

Pero yo no.

Recuerdo el silencio después. Mi madre sentada, mirando al suelo. Recuerdo pensar que la casa ya no era la misma.

Bony se acerca y apoya la cabeza en mi pierna. Le acaricio sin dejar de leer. Siento que está conmigo, de mi lado, guardándome un secreto.

Abajo oigo a Héctor moverse, abrir cajones, silbar muy bajo. La casa está en calma.

Cierro el diario.

Me quedo un momento sentada, con la mano sobre la tapa, escuchando los ruidos de abajo y la respiración de Bony.

Miro a mi alrededor y compruebo que todos esos recuerdos ya no existen.

Suspiro y cierro los ojos.

Escucho la voz de Héctor llamarme.

40

Bajo las escaleras con Bony, que se lanza como un loco.

La mesa está puesta en el salón. Es la nueva que compré hace poco, todavía con ese aire de mueble que no ha terminado de encontrar su sitio. Héctor ha colocado los platos con cuidado, las copas bien alineadas, las servilletas dobladas. Hay velas encendidas. No muchas. Las justas. La luz es cálida y hace que las paredes parezcan más suaves de lo que son.

Por un segundo me quedo en el último escalón, observando la escena.

—¿Te gusta? —pregunta él.

—Sí —digo—. Mucho.

Y es verdad.

La cena es espectacular. La lubina está en su punto, las patatas doradas por fuera y blandas por dentro. Todo sabe mejor de lo que esperaba. Bebemos vino. Nos besamos antes de sentarnos, un beso lento, tranquilo, sin prisa. No hay torpeza. No hay ruido. Solo esa sensación de que el tiempo se ha colocado bien.

Le preparo la cena a Bony. Abro una lata y la vuelco en su cuenco. El sonido metálico hace que levante la cabeza al instante. Come con ganas, sin levantar el hocico. Me hace gracia mirarlo. Me da paz.

Comemos despacio. Hablamos poco. No hace falta llenar los silencios. En algún momento pienso que, si alguien viera la escena desde fuera, diría que es una de esas noches que se recuerdan.

No lo pienso con palabras. Lo siento en el cuerpo.

Héctor recoge los platos y vuelve con el postre. Apoya una fuente en el centro de la mesa.

—A ver —dice.

Antes de servir, enciende la televisión. Busca música. Aparece algo instrumental, pero el sonido es malo. Suena distorsionado.

—Espera.

Toca un par de botones más. Empeora. Nos miramos y nos reímos.

—Da igual —dice al final—. Mejor sin música.

Apaga la televisión. El silencio vuelve a ocupar el salón. Un silencio bueno.

Sirve el postre con cuidado.

—Natillas con tupinamba —dice—. Está buenísimo. Me lo hacía mi abuela cuando era pequeño.

De pronto, Héctor se me hace más familiar. Nunca había nombrado a su familia y yo nunca le he preguntado.

Las pruebo.

Están deliciosas. Suaves, con un sabor distinto, profundo, algo que no sé identificar pero que me resulta familiar. Me sorprendo sonriendo.

—Están increíbles —digo—. ¿Me das la receta?

—Claro —responde—. Te la paso.

La frase queda flotando, anticipando algo que ocurrirá más adelante, en otro momento.

Seguimos comiendo. Las velas se han ido consumiendo. La luz es más baja. Me siento cómoda.

—Voy al baño —digo de pronto.

Me levanto y voy al baño de abajo. Bony me sigue y se mete conmigo. Se sienta frente a la puerta, atento, vigilante.

Hago pis. El sonido rompe la armonía del momento. Es algo tan básico, tan corporal, que me descoloca. Miro los azulejos, la luz blanca, el reflejo duro del espejo. Todo aquí es más real. Más frío.

No sé qué sentir.

Me lavo las manos despacio. Respiro.

Cuando salgo, vuelvo al salón.

La mesa sigue ahí, perfecta. Las velas. Los restos del postre. Héctor sentado, esperándome. Ahora la música se oye bien, suave, casi imperceptible. No sé cuándo la ha puesto.

Me siento de nuevo.

Y entonces lo siento.

Algo parecido a la felicidad.

No es euforia. No es alegría desbordada. Es una calma profunda. Me sorprende que ocurra así, sin avisar, en una escena tan doméstica.

Y eso me inquieta.

Porque esa sensación aparece justo después del baño, después de ese paréntesis incómodo, justo cuando he estado ausente unos minutos.

Miro a Héctor. Miro a Bony, que se tumba a mis pies.

Todo parece perfecto.

41

Quedamos por la mañana en el puerto.

Cogemos mi coche y conduce Héctor. No quiero dejar solo a Bony, así que lo he traído. Al dueño de la embarcación no le importa, pero Héctor ha puesto pegas.

—No es normal llevar a un perro en un velero —dice.

No tengo ganas de discutir.

El coche avanza despacio. Delante, un utilitario gris ocupa el carril. No tiene prisa. Héctor levanta el pie del acelerador, luego vuelve a apoyarlo. El motor responde con un zumbido más grave.

—Siempre hay alguien que conduce como una tortuga —dice en voz baja.

Bony va detrás, sentado, con el hocico apoyado en el borde del asiento. Levanta la cabeza y la apoya en mi asiento. Le he comprado un arnés que se engancha a la clavija del cinturón de seguridad.

Héctor pita y repiquetea los dedos contra el volante. Un toque largo, innecesario. El coche de delante sigue igual de lento. El paisaje es el mismo de siempre: la carretera estrecha, los árboles, el cielo bajo, todo verde. Reconozco ese tramo. Hay una rotonda más adelante.

—¡Qué lentitud! —digo, casi sin voz.

Héctor no contesta. Se inclina hacia delante. Vuelve a pitar. Esta vez más tiempo.

Bony ladra.

Es un ladrido intenso que dentro del coche se amplifica. Se incorpora, las patas resbalan sobre la tapicería. Vuelve a ladrar. Yo estiro la mano hacia atrás para calmarlo.

—Tranquilo, Bony, tranquilo.

Salimos de la rotonda y Héctor acelera.

Todo ocurre muy rápido. El coche invade el carril contrario antes de que yo tenga tiempo de verlo bien. Siento el tirón, el cambio de sonido del motor, la sensación de aceleración repentina. Hay una curva muy cerca que nos quita visibilidad. Me pongo tensa.

Aprieto la mandíbula. Freno con el pie.

Durante un instante, solo existe la línea discontinua bajo las ruedas y el carril vacío que deja de estarlo. Un coche aparece al fondo. Todavía lejos, pero viene rápido. No puedo quitar los ojos de la carretera.

Héctor acelera más.

Bony vuelve a ladrar, ahora más fuerte. Me pone nerviosa. Yo le apoyo la mano en el cuello, noto cómo tiembla. Creo que estoy temblando, pero no puedo despegar los ojos de la carretera.

Adelantamos y volvemos al carril justo antes de la curva. El coche de delante queda atrás. El otro pasa a nuestro lado con un destello de luces y un pitido que se distorsiona al pasar. Al instante, vuelve la calma y el silencio se instala de golpe.

Héctor afloja el acelerador y recupera la normalidad. Se ríe.

—¿Ves? —dice—. A tomar por el culo el coche.

No me mira.

Sigo con la vista fija al frente y trato de esbozar una sonrisa, pero noto que mi corazón late desbocado.

Bony se queda de pie un momento más, luego se sienta. Apoya el cuerpo contra el respaldo, sin tumbarse del todo. Le acaricio.

Seguimos conduciendo.

Noto que mi pie, de forma inconsciente, sigue pisando el freno imaginario.

42

Llegamos al puerto de Laredo. Hace mucho que no venía por aquí. Algunos recuerdos aparecen en mi memoria. Veo sitios nuevos que no conocía. Terrazas amplias con música en vivo, ambiente relajado. Caminamos hasta el pantalán que nos han indicado. Al poco divisamos la embarcación.

El cielo está despejado y el mar parece tranquilo, casi inmóvil. Hay un brillo engañoso en el agua que no promete nada bueno. La gente habla alto, se saluda, comenta lo bueno que nos ha quedado el día. Nadie menciona que no hay una gota de viento.

Héctor sube al barco con agilidad. Se mueve con seguridad, pisa firme. Sabe dónde poner los pies. Yo voy detrás con Bony. Puedo notar algunas miradas incómodas. El balanceo es leve, muy poco perceptible, pero lo noto en las piernas. Me siento en uno de los laterales y dejo el bolso a mis pies. Bony parece adaptarse sin problemas. Sin embargo, yo estoy tensa.

—Relájate —dice Héctor—. Hoy hace un día perfecto para navegar.

Muestro una leve sonrisa, aunque permanezco callada. Tengo la boca seca y el estómago encogido.

Zarpamos. Al principio es agradable. El motor mantiene un ritmo constante y su ronroneo, junto a las vistas, me relajan. El velero avanza suave surcando el mar que está como un plato. El aire es fresco. Miro el horizonte, intentando fijar la vista en algún punto de la tierra como me han dicho. Durante un tiempo funciona.

Luego el movimiento cambia. Ha empezado a soplar más viento. Hay pequeñas olas. No es brusco, pero se empieza a animar. Suben las velas y apagan el motor. El barco ya no se desliza: sube y baja avanzando con fuerza. El estómago empieza a responder. Me entra un calor raro, interno.

—No me encuentro muy bien —digo.

—¿Tomaste la Biodramina? —me pregunta Héctor.

—No.

Héctor se gira enseguida. Se acerca, me indica que me cambie de sitio, que apoye bien los pies. Obedezco sin pensarlo. Acaricio a Bony.

—Es normal —dice—. Hay gente que se marea y gente que no. Tenías que haber tomado la Biodramina.

Me ofrecen una, y me la tomo. Aunque dicen que ya no tiene el mismo efecto.

El cielo empieza a cerrarse poco a poco. Aparecen nubes negras, más bajas. El mar cambia de color. El azul se vuelve gris oscuro y empiezan a aparecer rachas de viento intensas. El barco golpea el agua con un sonido seco. Da pantocazos.

—Parece que entra algo de mar —dice uno de los amigos.

—Nada importante —responde Héctor—. Estamos muy cerca.

Pero el viento arrecia y el ambiente se oscurece. Me da miedo. El patrón va muy concentrado. Han tomado rizos en la mayor. Una ola entra por un lateral y moja parte de la cubierta. Nos salpica a todos. Bony va sentado con el rabo entre las piernas. El velero se inclina más de la cuenta. Me agarro al asiento. Agarro con fuerza a Bony. Me da terror que salga despedido.

Me dicen que es normal. Que vamos en ceñida.

El miedo me paraliza. Nadie habla. Todo el mundo va expectante de cómo toma cada ola el patrón. El pecho se me aprieta. Respiro más rápido. Siento que pierdo el control del cuerpo.

—Tranquila —dice Héctor, colocándose delante de mí—. Mírame.

Lo hago.

—No pasa nada —continúa—. El mar impone, pero está todo bajo control. Alfonso es un buen marinero. Ha cruzado el Atlántico varias veces.

Quiero creerle. Me concentro en su voz. En su seguridad. En pensar que estamos en buenas manos. Pero el mar es el mar. No se ve ningún barco y eso me inquieta.

—La meteo decía que iba a subir el viento, pero no tanto —dice el patrón.

Alfonso decide volver. El trayecto se hace largo. El viento sopla de frente y la embarcación avanza despacio. Las olas golpean con más violencia. El casco cruje. Cada impacto me recorre entera. Han bajado las velas y navegamos a motor.

Me agarro con más intensidad a Bony. Cierro los ojos. Los vuelvo a abrir enseguida. Me da miedo perderme algo, no saber qué está pasando.

—No cierres los ojos —dice Héctor—. Eso te desorienta más.

Obedezco.

Otra ola entra por el costado y llega hasta la bañera. El barco se inclina mucho y cabecea. El corazón se me dispara. Héctor me agarra del brazo con la fuerza suficiente para que me sienta sujeta, y yo agarro a Bony.

—¿Ves? —dice—. Estás a salvo.

No sé si lo dice para mí o para convencerse a él mismo. En ese momento me da igual.

—Tienes tendencia a ponerte en lo peor —añade—. Ya te lo he notado otras veces.

La frase se queda flotando entre el ruido del viento y el motor. No sé si me ha molestado. A los demás no les dice nada. Cada uno va concentrado en su miedo.

Cuando por fin aparece el puerto de Laredo, el cuerpo se me afloja de golpe. Suspiro aliviada. El mar se calma al entrar. El velero deja de saltar. Todo vuelve a un ritmo reconocible.

Amarran. El motor se apaga.

La gente comenta el susto, exagera, se ríe. Yo bajo con cuidado. El suelo firme tarda unos segundos en colocarse bajo mis pies. Bony salta con agilidad. Es un perro listo. Héctor me acompaña, sin soltarme del todo.

—Ya está —dice—. Te acabas de estrenar. No era para tanto.

Asiento, aunque no estoy segura de eso.

—El problema es que te dejas llevar por las sensaciones —continúa—. Y el cuerpo engaña mucho cuando estás en la mar, al fin y al cabo es un medio muy hostil.

No respondo. Estoy muy cansada para pensar.

En el coche, de vuelta, conduzco yo al principio, pero nota que voy tensa y me pide que le deje hacerlo. Me detengo y accedo sin discutir. El motor suena estable. No hay tráfico y volvemos tranquilos.

—Ha sido un día intenso —dice—. Normal que acabes así. El mar impone.

Miro por la ventanilla. La aventura queda atrás. No ha pasado nada.

Cuando llegamos a casa, le digo que esta noche me apetece dormir sola.

—Claro, sin problema.

Nos damos un beso y se marcha andando como si nada.

43

Cuando entro en casa, el mareo vuelve de golpe. No es como en el barco: el suelo no se mueve, pero algo dentro de mí sigue girando. Cierro la puerta con cuidado. Apoyo la mano en la mesita de la entrada. El demonio que compré me mira.

Camino despacio hacia el salón. El estómago se me encoge. Me entra una arcada y un malestar súbito. Me sujeto al respaldo del sofá. Respiro hondo.

—Mierda.

Bony me sigue. Camina pegado a mi pierna, atento, sin adelantarme. Se sienta cuando me detengo. Sabe que no me conviene moverme en exceso.

El dolor en el estómago me invade por oleadas. Me llevo la mano a la boca y voy al baño. Llego justo. Me arrodillo delante del váter y vomito. Algo ha salido, pero doy dos arcadas más y no sale comida. Tengo el estómago vacío. Me tiemblan los brazos y me entran escalofríos.

Me quedo un momento así, con la frente apoyada en el borde, respirando despacio. Cuando me incorporo, me lavo la cara con agua caliente. Estoy destemplada. Me pongo una rebeca. Observo mi imagen en el espejo. Tengo los ojos brillantes y la piel pálida. No soy la de siempre.

Salgo del baño y recorro la casa sin rumbo fijo. Enciendo la calefacción. Hoy ha bajado mucho la temperatura a pesar de ser primavera. Me siento en una silla de la cocina. Trato de que pase la mala sensación.

Bony vuelve a seguirme. Se tumba a mis pies. Cuando me muevo, se levanta. No se separa.

Pongo agua a hervir. Busco una manzanilla en el cajón. La encuentro al fondo, en una caja vieja. Preparo la infusión y la

sostengo entre las manos un momento antes de beber. El vapor me empaña la cara. Doy un sorbo pequeño. Luego otro. El sabor es suave. Alivia.

Me pregunto si debería ir a la farmacia. Comprar algo para el dolor de estómago, algo para cortar las náuseas. Pienso en salir otra vez a la calle, en caminar recto, en hablar con alguien. Me da miedo necesitar ir al baño en mitad de la calle.

Por un instante pienso en llamar a Héctor.

Tengo el móvil cerca. Lo miro. Me imagino su voz, calmada, diciendo que es normal, que no es nada, que ya se pasará. Me imagino obedeciendo sin darme cuenta. Dejo el móvil donde está.

Bony se me pega. Intenta lamerme la cara. Le acaricio despacio, siguiendo el ritmo de su respiración. Qué bueno es.

El estómago sigue revuelto, pero ya no me dan arcadas. Me siento cansada. El cuerpo ha gastado todas sus fuerzas en mantenerse en equilibrio. Apago la luz de la cocina y voy al dormitorio.

Me tumbo en la cama sin quitarme la ropa. He cogido una mantita. Me coloco de lado, con cuidado. Bony salta y se acomoda a mis pies. Su presencia me calma.

Cierro los ojos. Intento dormir. Tardo en rendirme. Escucho la casa: los ruidos pequeños, el silencio entre ellos.

Durante un momento me parece oír el grillo. No sé si es real o lo imagino. No me levanto a comprobarlo. Me da igual.

Al final, el cansancio puede más que el malestar. El pensamiento se va diluyendo hasta que me quedo dormida.

44

Vuelvo al ayuntamiento. Esta vez no hay tanta gente. El vestíbulo está más despejado y el sonido del dispensador de números resuena con eco. Cojo uno: 20 ZAJ. En la pantalla aparece el 62 XML. Luego el 1590 X. Nadie parece sorprendido.

—¿Este es el orden normal? —le pregunto a una señora.

—Sí.

Me siento.

No saco los papeles de inmediato. Espero un momento. Respiro. Me digo que esta vez está todo revisado, que Héctor lo dejó claro ayer por la noche. Que solo tengo que entregar y firmar. Nada más.

Abro la carpeta.

Los documentos están ordenados de una forma que no recuerdo haber decidido. Escritura arriba. Catastro debajo. Las copias bien alineadas. El formulario. Las ordeno otra vez por si acaso. Hay un post-it amarillo en la esquina de una hoja.

Firmar aquí.

Reconozco la letra. Es de Héctor.

Los números avanzan muy rápido. De pronto aparece un número en miles seguido de una sola letra. Me levanto antes de que me llamen, para no estar desprevenida.

De un despacho sale una mujer joven. La veo de espaldas. Lleva un traje azul marino entallado y una blusa de seda con escote en V. Se da la vuelta y reconozco ese flequillo. Es la chica que me presentó Héctor en el supermercado. Raquel. Cruzamos la mirada durante un instante. Esta vez no sonríe.

Suena el tono molesto del dispensador de números. Aparece mi número. Avanzo deprisa. No quiero perder mi turno.

La funcionaria que me atendió la otra vez ya no está. De hecho no reconozco a ninguno de los tres funcionarios que hay ahora.

Parece que han reemplazado la plantilla. Me toca un hombre de mediana edad, gafas rectangulares y cara neutra.

—Buenos días.

—Buenos días —respondo—. Vengo a entregar esto.

Le paso la carpeta abierta, tal y como Héctor me dijo, con el formulario relleno. Él la coge sin mirarme, revisa los papeles con calma. Pasa páginas. Teclea.

—Bien —dice—. Veo que ya estuvo aquí hace poco.

—Sí —digo—. Vine con mi pareja.

Mueve la cabeza. Parece suficiente.

—Aquí está todo correcto —continúa—. Solo necesito que firme aquí y aquí.

Señala dos puntos con el bolígrafo. Firmo sin dudar. La mano no me tiembla. Me sorprende lo fácil que resulta cuando no tengo que decidir nada.

—Perfecto —dice—. En unos días le llegará la notificación.

Otra notificación.

—Gracias.

Recojo la carpeta con un gran alivio, con la sensación de haber superado un examen difícil. He tardado menos de cinco minutos. Siento el sosiego, pero también cierta decepción, aunque no sabría explicar por qué. Ha sido demasiado fácil.

Al salir, saco el móvil y le escribo a Héctor.

Ya está. Todo bien.

La respuesta llega casi de inmediato.

¿Ves? Te dije que no era nada.

Sonrío sin darme cuenta.

Camino unos metros y me detengo. Miro la fachada del edificio. Pienso en la vez anterior, en cómo me quedé bloqueada, en cómo él apareció y ordenó todo con naturalidad. Hoy no ha hecho falta.

Bajo la vista a la carpeta. Vuelvo a abrirla. Los papeles siguen en el mismo orden, con el post-it amarillo pegado.

No lo quito.

Mientras camino hacia el coche, pienso que quizá no se me dan bien estas cosas. Que hay gente que sabe manejar trámites, números, casillas. Burocracia.

Y que, cuando alguien se ofrece a hacerlo por ti, lo lógico es dejarle.

Arranco y conduzco despacio.

El ayuntamiento queda atrás.

No siento inquietud. Siento calma.

Y, a la vez, me siento a salvo.

Pero hay una imagen que no me quito de la cabeza.

Raquel.

45

Pasan unos días. Noto que la casa vuelve a su ritmo habitual. El silencio ya no me resulta extraño. Me muevo por las habitaciones con más cuidado. He hecho limpieza en toda la casa a excepción del altillo. Pero no es una habitación propiamente dicha. Es solo un espacio hueco que aísla la casa por arriba.

Decido comprar un televisor.

El que hay en el salón es viejo. La imagen se corta a veces y el sonido se oye mal. Lo pienso una mañana, como una solución práctica. No lo comento con nadie. Me digo que puedo hacerlo yo sola.

Voy en coche hasta una tienda grande con pasillos amplios y luz blanca. Al entrar me envuelve un zumbido constante: pantallas encendidas, voces, música de fondo. Camino despacio, mirando sin tocar.

Me detengo frente a una pared llena de televisores. Todos emiten lo mismo. Un paisaje exageradamente verde. Me cuesta distinguir cuál se ve mejor. Me acerco más. Leo precios, pulgadas, siglas que no termino de entender.

Un vendedor se aproxima.

—¿Buscas algo en concreto?

—Un televisor —digo—. Para el salón.

Asiente. Empieza a hablar de resoluciones, de contrastes, de modelos. Le sigo a medias. Mientras habla, pienso en Héctor. En lo que diría. En cómo suele fijarse en los detalles técnicos. Me descubro intentando recordar frases suyas, opiniones que no sé si son reales o inventadas.

—Este está muy bien —dice el vendedor—. Es equilibrado. Se está vendiendo muy bien.

Equilibrado. La palabra me gusta.

Le pregunto si es fácil de usar. Dice que sí. Que es intuitivo.

—No quiero algo complicado —añado—. Algo sencillo.

—Entonces este encaja —responde.

Me quedo mirándolo. Imagino el televisor en el salón, encendido por la noche. La imagen limpia. Todo funcionando como debe. Tal vez viendo una película o una serie.

—Me lo llevo —digo.

Mientras hace el trámite, miro alrededor. Veo una mesa con portátiles. No tenía pensado comprar uno. Me acerco sin intención clara.

El mío va lento desde hace tiempo. A veces se queda colgado. Me he acostumbrado a esperar. A no abrir demasiadas cosas a la vez.

Un segundo vendedor me pregunta si necesito ayuda. Le digo que solo estoy mirando. Me enseña un modelo.

—Este va rápido —dice—. Para uso normal es más que suficiente. ¿Para qué lo va a usar?

No tengo clara la respuesta. Tampoco le voy a decir que me gusta hacer el solitario. Le digo que escribo, que uso internet, mando correos y a veces PowerPoint o Canva, poco más. Asiente. Me explica lo justo.

Pienso otra vez en Héctor. En cómo suele decir que conviene tener las cosas al día. Que luego todo son problemas. Que no hay que esperar a que algo falle del todo. Las actualizaciones de software y todo ese rollo me abruma.

—Es buena compra —añade el vendedor—. Y ahora está de oferta. El procesador es bueno.

Miro el precio. No es barato, pero tampoco exagerado. Me digo que es una inversión. Que lo necesito.

—Vale —digo—. Me lo llevo.

Cuando salgo de la tienda llevo dos recibos en el bolso. Me siento extrañamente ligera. Ha sido una buena decisión. Algo adulto.

En el coche, antes de arrancar, saco el móvil. Le escribo a Héctor.

He comprado un televisor nuevo. Y un portátil.

No espero respuesta inmediata, pero llega pronto.

Bien hecho. Ya tocaba cambiarlo.

Sonrío.

Arranco. Durante el trayecto pienso que he decidido sola. Que nadie me ha dicho qué comprar. Que he sido capaz.

Pero también pienso que he acertado porque he seguido un criterio que ya no es solo mío. Tengo que reconocer los consejos de Héctor.

No me inquieta.

Al contrario: me da la sensación de que, poco a poco, estoy aprendiendo muchas cosas nuevas.

46

El televisor llega por la mañana. Dos hombres lo meten en casa, lo dejan apoyado contra la pared del salón y se van rápido. Bony se ha puesto a ladrar. Me quedo un momento mirándolo. La pantalla negra refleja la habitación de forma deformada.

Lo coloco donde estaba el otro. Enchufo los cables con cuidado. Pulso el botón.

La pantalla se enciende. Aparece un menú azul, limpio, lleno de opciones. Idioma. Región. Tipo de instalación. Leo despacio. Parece importante. Toco algo y empieza un pitido irritante.

Bony se pone a ladrar a la pantalla. Toco todos los botones del mando, pero no sucede nada. El pitido continúa. Opto por desenchufar el televisor. Se calla.

Lo vuelvo a encender. Voy buscando hasta que encuentro los canales. Creo que ya me apaño.

Empiezo la sintonización automática.

Me siento en el sofá a esperar. Una barra avanza lentamente. Porcentaje. Veinte. Treinta. Cincuenta. Cuando termina, aparecen varios canales. Paso de uno a otro con el mando.

No reconozco casi ninguno.

Noticias extranjeras. Teletiendas. Canales sin sonido. Vuelvo al menú. Reviso la configuración. Cambio algo sin saber muy bien qué. Vuelvo a intentar la búsqueda.

Nada mejora.

El mando tiene muchísimos botones y creo que algunos no funcionan. Me noto torpe. Me acerco a la pantalla, intentando entenderla mejor. Leo siglas que no sé interpretar. DVB. HDMI. Fuente.

Pienso que no debería ser tan complicado.

Vuelvo a sentarme. Intento otra vez. El resultado es el mismo. Canales duplicados. Pantallas en negro. Un mensaje que dice "*sin señal".*

Apago el televisor. Lo vuelvo a encender.

Respiro hondo. Me empiezo a agobiar.

Cojo el móvil. Escribo a Héctor.

He intentado sintonizar la tele, pero no lo consigo.

No tardo en arrepentirme. Podría seguir probando. Mirar un tutorial en YouTube. Llamar a atención al cliente. Pero el mensaje ya está enviado.

La respuesta llega enseguida.

¿Has sintonizado la TDT bien?

Me quedo parada, mirando la televisión y el mando. Me suena, pero no sé muy bien lo que es la TDT y me avergüenza preguntar. ¿Es algo que debería saber?

No lo sé. Contesto.

Inmediatamente, observo que escribe algo.

No pasa nada. Eso es un lío. Luego lo hago yo.

Me quedo mirando la pantalla apagada. Me digo que es verdad, que siempre ha sido complicado. Que hay cosas que no se me dan bien. Que no tiene importancia.

Por la tarde, cuando Héctor llega, no me pregunta qué he hecho. Se sienta frente al televisor, coge el mando y entra en los menús con seguridad. Sus dedos se mueven rápido. Cambia opciones sin dudar.

—Estos vienen desconfigurados —dice—. No eres tú.

Asiento, aunque no hacía falta tranquilizarme.

En pocos minutos, los canales aparecen ordenados. Uno detrás de otro. Perfectos. El sonido se ajusta solo.

—Ya está —dice—. Ahora sí.

Se levanta y me deja el mando en la mano.

—Gracias —digo.

—Para eso estamos —responde.

Me siento en el sofá. Paso de canal. Todo funciona. La imagen es nítida. Me invade una calma suave.

Pienso que lo he intentado y que no ha salido.

Apoyo la espalda en el respaldo y dejo el mando a un lado.

El televisor sigue encendido.
No necesito tocar nada más.

47

Héctor hace la maleta por la mañana. No es una maleta grande. Más bien una bolsa de viaje, de las que se llevan para no tener que facturar. Dobla la ropa con cuidado, pero sin obsesión. Todo parece calculado para no llamar la atención.

—Son dos días —dice—. Gijón y vuelta.

—¿Trabajo?

—Sí. Un pesquero. Tengo que valorar un motor.

Cierra la cremallera y deja la bolsa junto a la puerta. Me mira mientras repasa algo en su cabeza.

—¿Te importa hacerme un favor?

—Claro.

—Tengo unas plantas en casa —continúa—. Si no las riego se secan. Y la caldera… prefiero dejarla desconectada cuando no estoy.

Asiento. Me parece razonable.

—Te dejo las llaves —dice—. Así aprovechas y revisas que todo esté bien.

La frase *todo esté bien* se me hace extraña.

—Vale.

Me explica las cosas una por una, despacio, con ese tono suyo que parece tranquilizarlo todo: el enchufe de la caldera, el interruptor general, las plantas del balcón, la regleta del salón.

—No es que pase nada —aclara—. Son manías.

Sonríe.

—Está bien —repito.

Antes de irse, me da un beso largo. Me dice que me llamará cuando llegue. Se va.

Me quedo con las llaves en la mano.

La casa de Héctor está a diez minutos andando. Un piso bajo, sin pretensiones. Fachada gris, portal antiguo, escalones gastados. Abro

con cuidado. Siento que estoy asaltando una vivienda.

Dentro huele a limpieza reciente. A jabón de lejía. Me sorprende. Todo está ordenado, pero no de forma rígida. Más bien funcional. Un sofá sencillo, una mesa pequeña, una estantería con pocos libros. Ninguna foto a la vista. Parece que se acaba de mudar.

Dejo el bolso en la silla.

Empiezo por las plantas. El balcón es estrecho. Tres macetas, nada más. Las riego con cuidado, sin saber si lo hago bien. Me fijo en que las hojas están sanas. Las miro, esperando que puedan decir algo.

Vuelvo dentro.

Voy a la caldera. El enchufe está donde dijo. Lo desconecto. Me quedo estudiando el cable, asegurándome de que está fuera. Me siento responsable. No vaya a ser que cometa un error.

Reviso la regleta del salón. Todo desenchufado salvo la nevera. Bien.

Sigo dando vueltas.

No estoy en modo investigadora, pero mis ojos recorren la estancia. Entro en el dormitorio. La cama está hecha. No hay mesillas cargadas. Observo un libro boca abajo. Una lámpara. Un armario cerrado.

Lo abro.

Ropa ordenada por colores. Poca ropa. Camisas básicas, pantalones oscuros. Todo limpio. No hay excesos. Me llama la atención lo poco que hay.

Cierro.

Voy al baño. Un cepillo de dientes, una maquinilla, un bote de colonia casi vacío. Un botiquín con lo justo. No hay medicamentos raros. Eso me tranquiliza más de lo que esperaba.

Me miro en el espejo del baño. Mi cara aparece en una casa que no es mía. Me resulta extraño.

Vuelvo al salón.

En la estantería hay carpetas. Papeles. No las abro. Me acerco lo justo para leer los lomos. Facturas. Manuales. Nada personal.

Me siento en el sofá.

Pienso que esperaba encontrar algo distinto. Algo que explicara más. Una foto vieja, una carta, una señal de otra vida. Pero la casa no cuenta historias. Es casi neutra.

Me levanto y doy una última vuelta. Compruebo la puerta del balcón. La cierro bien. Vuelvo a mirar la regleta. Todo correcto.

Antes de irme, me detengo en mitad del salón. Observo. La casa parece formar parte de un atrezzo.

Parece un piso franco.

Cojo el bolso. Apago la luz. Cierro con cuidado. Echo la cerradura.

Al salir al portal, respiro hondo.

Mientras bajo los escalones, pienso que ahora sé más de Héctor. O eso me digo. Que vivir así dice algo de alguien. Ordenado. Práctico. Sin ruido.

Guardo las llaves en el bolsillo.

Camino de vuelta a casa con una sensación ambigua: alivio por no haber encontrado nada inquietante y, al mismo tiempo, una leve decepción difícil de nombrar.

Podría ser la casa de cualquiera.

48

Estoy sola y la casa se me hace mucho más grande. Miro el piso de arriba y observo que podría prescindir de toda esa planta. La casa de Héctor sigue rondándome en la memoria. Me sorprende que nunca me haya invitado a su casa y que justo cuando la conozco voy sola.

Andrés había dicho que quizá pasaría a primera hora de la tarde, si podía.

Bony se mueve por el salón como si estuviera patrullando. Va y vuelve, olisquea una esquina, luego la otra, y se detiene frente a la puerta de entrada, con las orejas en alerta. Escucha cosas que yo no oigo.

—¿Qué? —le digo, sin esperar respuesta.

Me contesta con una mirada rápida. Luego vuelve a lo suyo. Se relame y mueve la cola.

En la cocina hay mucha luz entrando por la ventana. Justo ahora el sol tiene tal ángulo que entra un buen chorro de sol naranja. Abro un armario y me quedo mirándolo un tiempo, sin saber qué buscaba. Cierro. Abro otro. Encuentro un paquete de galletas y cojo un taco. Me lo como.

Me siento rara desde anoche. No es dolor. Es una especie de arrastre. Mi cuerpo ha pasado una noche mala aunque yo no lo recuerde. Me miro las manos. Están normales. La casa está normal. Bony, en cambio, muy atento.

Suena el timbre.

Bony se pone tenso al instante. Ladra una vez, grave. Parece un aviso. Mueve la cola. Lloriquea. Se planta delante de mí, entre la cocina y el pasillo.

—Ya voy —digo.

Camino hacia la puerta. Me noto el corazón más rápido. No por miedo, me digo. Por la sorpresa.

Miro por la mirilla. Es Andrés.

Abro con cuidado.

Viene tranquilo, con las manos visibles, sin invadir. Bony no se mueve. Está atento con las orejas en punta.

Andrés mira al perro primero, luego a mí. Le invito a pasar. Bony se acerca lentamente y Andrés le acaricia.

—Hola —dice—. ¿Qué tal?

—¡Bien! —respondo—. Gracias por venir.

—Vi tu coche ayer por el pueblo —dice—. Y… no sé. Te vi… como apagada. Igual fue imaginación mía. Pero me quedé con la cosa.

La frase "me quedé con la cosa" se me clava. No sé a qué se refiere.

—Estoy bien —digo.

Andrés hace un movimiento leve con la cabeza, aceptando mi respuesta sin creérsela.

—Vale —dice—. Solo quería asegurarme del tema de las latas para que no te vuelva a pasar.

Le podría decir que ya lo he mirado yo o mejor que lo ha mirado Héctor y ya está. Podría irse ahí. Sería lo normal. Y yo me quedaría con Bony, con la certeza de que puedo contar con ayuda si es necesario.

Pero Bony no se mueve. Sigue plantado. No gruñe ni ladra. Solo vigila. Aunque mueve la cola de vez en cuando. No estoy segura de lo que me quiere decir.

Andrés lo observa.

—¿Cómo está? —pregunta—. ¿Se ha adaptado bien?

—Creo que sí.

—¿Y te está saliendo guardián?

—No sé —digo—. Es bueno. Pero últimamente está raro.

Me escucho decir "últimamente" y me avergüenzo. He metido una palabra peligrosa en la conversación. Me arrepiento.

Andrés vuelve a mirarme.

—¿Últimamente cómo? ¿Te ha hecho algo?

—No. Al revés. Está muy pendiente de mí.

Se hace un silencio breve. Andrés no lo llena. No dice "te lo dije" ni "esto pasa mucho". Me deja espacio.

Yo lo lleno.

—Ya te conté lo que pasó… —empiezo, y me detengo.

No quiero decirlo. Porque hacerlo me hace revivirlo y duele. Y porque no sé cómo suena desde fuera.

Andrés espera. No insiste.

Bony apoya la nariz en mi pierna, como empujándome. No me mira. Solo empuja.

—Ya te dije, le sentó mal algo —digo al final—. Una lata. Una tontería.

Andrés frunce el ceño.

—¿Una lata?

La pregunta es tan simple que me desarma.

—Sí —digo—. De esas… del super, que siempre están ahí. No sé. De perros. No lo recuerdo bien.

Andrés se queda quieto. No hace el gesto de "claro, las latas". Hace otro: el de alguien que recalcula.

—¿Latas del super para perros?

—Sí.

—¿Y le sentaron mal de golpe?

—Eso creo.

No añado nada más. No quiero que se convierta esto en un drama perruno. Andrés se rasca la nuca. Mira hacia el interior de la casa.

—¿Quién vive contigo ahora? —pregunta.

Me tenso.

—Estoy sola.

No digo "con Bony". Me parece estúpido. Ni con Héctor porque no es del todo verdad.

Andrés asiente despacio.

—Vale. Mira, no quiero sonar paranoico. Pero las latas no suelen dar problemas. Nunca lo he visto.

No es la frase de alguien que viene a salvarme. Es la frase de alguien que ha visto conservas toda su vida y que además entiende de perros.

—A veces sí —digo, defensiva—. Si están mal. ¿No?

Andrés niega con la cabeza, pero sin discutir.

—Para que una lata esté mal… tendría que estar muy mal. Pero mucho. Y una lata muy mal suele oler fatal o está hinchada o tiene líquidos, a no ser que…

Me quedo mirándolo. Él no me mira con lástima. Me observa con normalidad. Echa un vistazo al armario.

—Igual estaba caducada —digo.

Andrés exhala una risa mínima, de incredulidad práctica.

—Caducada de ayer no —dice—. Caducada de verdad. Tendría que llevar más de cinco años para que yo me preocupara.

Se me seca la boca.

Cinco años.

Miro hacia el pasillo sin querer. No hay nada ahí. Solo el pasillo.

—No sé cuándo la compré —digo.

—¿Tú sueles comprar latas y guardarlas cinco años?

No contesto. Porque la respuesta es no. Porque yo no guardo nada cinco años. Ni siquiera llevo cinco años en la casa. La conversación me empieza a parecer absurda. Y, aún así, aquí estamos.

Bony suelta un pequeño gemido, casi imperceptible. Luego vuelve a su postura de guardia.

Andrés mira al perro otra vez. Lo acaricia.

—¿Ha pasado algo más? —pregunta, con una voz neutra.

Yo podría decir que no. Podría cerrar la puerta. Podría volver a la cocina y abrir armarios hasta que se me pase.

Pero ya he empezado.

—Es que he tenido despistes —digo—. Cosas pequeñas. No sé.

Andrés asiente lentamente, como si fuera una conversación que ya ha tenido con gente mayor, con gente cansada, con gente que trabaja en exceso. Me vuelvo a arrepentir de haberme abierto y vuelto vulnerable.

—Vale —dice—. Eso puede ser mil cosas.

Esa frase me tranquiliza y me hunde a la vez.

Mil cosas.

Andrés da un paso atrás, dejando claro que no se va a quedar mucho tiempo.

—¿Quieres que mire la despensa? —pregunta—. Solo por descartar. Mirar fechas. Nada más. Si eso te tranquiliza.

El ofrecimiento es sensato. Muy razonable. Y por eso me asusta.

Porque si miramos y está todo normal entonces soy yo. Y si miramos y hay algo raro entonces tampoco sé qué significa.

Me noto la garganta cerrándose.

—No hace falta —digo rápido—. Las cambié todas.

Andrés levanta las manos, sin ofenderse.

—Vale. Como quieras.

Se queda ahí, sin moverse todavía. Se resiste a irse y dejarme sola con mi propia casa.

—¿Tienes a alguien aquí cerca? —pregunta.

Me sale una sonrisa que no siento.

—Tengo gente. Sí.

Andrés no insiste. No me pide nombres. Solo asiente.

—Mira —dice—. Si te vuelve a pasar algo raro, me llamas. Solo para comprobar. A veces es mejor que otra persona mire las cosas bien.

La frase "otra persona" me deja un eco desagradable. Acaba de admitir, sin querer, que yo ya no soy una persona completa.

Bony da un paso hacia la puerta. Andrés baja la vista hacia él.

—Te cae bien el perro, ¿eh? —dice con una sonrisa.

Bony mueve la cola alegre. Piensa que va a salir a la calle.

—Sí, mucho, pero no le cae bien a nadie —digo.

Andrés sonríe.

—Entonces igual es que el perro tiene criterio.

Se gira para irse. Camina dos pasos y se detiene.

—Ah —dice, volviéndose—. Y otra cosa.

Me preparo sin saber para qué.

—Si le vuelve a sentar mal algo guárdalo. El envase. La lata. Lo que sea. No lo tires.

Pienso en la bola de carne que encontré en el jardín.

—Vale.

—Es una tontería —añade, como suavizando—. Pero así, si es algo concreto, se sabe.

Se despide y se marcha.

Cierro la puerta despacio. Echo el pestillo.

Bony se queda mirando la madera, inmóvil, escuchando sus pasos alejándose. Triste porque no hemos salido a la calle.

Vuelvo a la cocina.

El armario donde están las latas me espera con su silencio.

Lo abro.

Hay filas y filas de metal brillante. Algunas bien apiladas, otras tiradas ahí sin más. Me quedo mirando las fechas impresas.

Cojo una al azar. La giro.

La fecha está ahí, pequeña y definitiva.

La leo en voz alta. Está bien. Cojo otras. Igual.

Bony entra en la cocina y se sienta a mi lado, pegado a mi pierna. Le observo con una lata en la mano.

Fuera, el mar sigue haciendo su ruido de siempre. Un murmullo grave y poderoso que me acompaña a todas horas. Lo mismo ocurre con las gaviotas que curiosamente hoy no escucho.

Y, sin embargo, la casa parece contener la respiración.

Seguro que estoy exagerando.

Tengo que sacar al perro.

Al final no se lo he dicho.

49

Héctor vuelve por la tarde. Dice que la avería se complicó y que tuvo que quedarse un día más. Lo cuenta mientras deja la bolsa junto a la puerta.

—Estaba peor de lo que parecía —dice—. Estas cosas nunca vienen solas.

Me besa al llegar. Un beso breve. Huele a gasoil y a ropa sucia de trabajo. Se quita la chaqueta y la cuelga. Luego deja las botas junto al mueble y camina hacia el baño.

—Voy a darme una ducha —dice, ya de espaldas.

Abre el grifo antes de que yo diga nada. El sonido del agua llena el pasillo. Me quedo en la cocina, lavando unos platos, escuchándolo moverse al otro lado de la puerta. Es un ruido conocido. Familiar. Parece que siempre hubiera estado ahí.

Cuando sale, el vapor lo acompaña hasta el salón. Se seca el pelo con la toalla, pasa cerca de mí. Me toca la cintura al pasar. Me giro y le abrazo. Nos besamos.

El beso sube de intensidad y Héctor me quita la camisa y el sujetador.

Nos vamos a la habitación mientras nos besamos y tocamos. Ya desnuda, cierro las cortinas y me meto en la cama. Las sábanas están húmedas y frías. Tardamos en entrar en calor. Me acaricia con una precisión que me desconcierta. Después, el tiempo se queda suspendido, mientras gozamos, hasta que ya no podemos más. Cuando terminamos los dos, me quedo mirando el techo. Él respira a mi lado. Todo fluye con armonía.

Más tarde, dice:

—¿Vamos a comprar algo? No hay nada para cenar.

El cambio es inmediato. Nos vestimos. Salimos.

Vamos al supermercado de las afueras de Solanzos. El parking es amplio, casi vacío. El cielo está bajo, gris claro. Empujamos el carro hacia la entrada. Me habla del viaje a Gijón, de un motor que hubo que desmontar entero, de un patrón que no quería oír hablar de cambiar piezas. De gente que siempre está justa de dinero.

—Al final, lo de siempre —dice—. Aguantar.

A mitad del parking se detiene.

—Espera un momento.

Me quedo junto al carro. Pienso que se ha dejado algo en el coche.

Mete la mano en el bolsillo de la chaqueta y saca una cajita negra. La abre.

Dentro hay un anillo sencillo, sin brillo excesivo. Discreto.

—He estado pensando estos días —dice—. En Gijón. En nosotros.

La escena queda suspendida en un sitio que no parece hecho para esto. Coches, líneas blancas en el suelo, un carrito abandonado unas plazas más allá. Gente con bolsas.

—Creo que deberíamos casarnos.

Me mira. Espera.

Siento un vacío breve. Algo en mí se transforma. Pienso en el frío que sube del suelo. En el carro. En que la gente entra y sale del supermercado sin mirarnos.

—Vale —digo.

Héctor sonríe. Cierra la caja y me la da.

—Ya lo hablaremos con calma.

Seguimos caminando hacia la entrada. Nadie parece haberse dado cuenta de nada.

Dentro compramos lo habitual. Pan, verduras, algo de carne, yogures. Comentamos precios. Si mañana lloverá. En la caja pago yo.

De vuelta en casa, coloca las bolsas en su sitio. Me ayuda a ordenar la compra y meterla en la nevera.

—Mañana tengo que irme muy temprano. Hay un velero francés con una avería en Santander. Dormiré en mi casa.

—Claro.

Después de una cena fría, se despide y se marcha.

Me voy a la habitación. Me pongo el pijama y me meto en la cama. El anillo me aprieta. Me lo quito y lo dejo en la mesilla. Lo miro un momento.

Apago la luz.

Mañana será un día normal.

50

La finca está a las afueras, rodeada de árboles bajos y caminos de grava clara. Un cartel discreto anuncia bodas y eventos. Nada ostentoso. Todo muy cuidado para parecer natural.

Aparcamos cerca de la entrada. El edificio principal es una casa grande, restaurada, con ventanales amplios. Dentro huele a flores.

Nos recibe una chica joven, sonriente, con una tablet en la mano.

—Vosotros debéis de ser Ana y Héctor —dice—. Soy Olga.

Nos estrecha la mano a los dos. Sonríe.

—¿Queréis que demos una vuelta primero o preferís sentaros y ver opciones?

—Vemos primero —dice Héctor.

Caminamos por el jardín. Olga va señalando espacios: la zona de la ceremonia, el porche para el cóctel, el salón cerrado por si llueve.

—Aquí solemos hacer el photocall —explica—. Algo sencillo. O nada, si preferís algo más discreto.

—Mejor discreto —dice Héctor.

Asiento sin pensarlo.

Entramos al salón principal. Mesas redondas, manteles claros, sillas de madera. Todo está pensado para adaptarse a cualquier tipo de celebración.

—En cuanto al menú —dice Olga—, tenemos varias opciones. Carne, pescado, algo más informal, tipo cóctel largo…

Nos sentamos. Olga desliza la tablet hacia nosotros.

Héctor mira las opciones con atención.

—¿Tú qué prefieres? —me pregunta.

Miro la pantalla. Platos con nombres largos. No me apetece ninguno en particular.

—Lo que veas tú —digo—. Algo rico.

—Entonces este está bien —dice—. Es el que suele gustar a todo el mundo.

Olga sonríe.

—Es un acierto seguro.

Seguimos avanzando. Bebidas. Barra libre. Horarios. Decidimos con rapidez.

—¿Grupo o DJ? —pregunta Olga.

—DJ —dice Héctor—. Más práctico.

—Sí —digo yo, un momento después.

—Genial —dice ella—. Es lo que más se lleva ahora.

Hablan del photocall otra vez. De las luces. De si queremos algún detalle personalizado.

—No hace falta —dice Héctor—. Algo normal.

—Perfecto.

Llega el tema de los invitados.

—Más o menos, ¿cuántos seríais? —pregunta.

Héctor me mira.

—¿A quién invitarías tú?

Pienso un momento.

—A dos amigas —digo—. Y ya.

Olga levanta la vista un momento, sin sorpresa. Solo toma nota.

—¿Y tú? —le pregunta a Héctor.

—Gente del pueblo —dice—. Amigos. Compañeros del gimnasio y de trabajo. Algún cliente. Nada especial.

Olga asiente otra vez.

—¿Familia?

—Más bien poca —dice Héctor con una sonrisa.

Hace una pausa breve.

—También Andrés —añade—. El chico del perro. Es buena gente.

Siento algo raro al oír su nombre ahí, dicho con naturalidad.

—Claro —dice Olga—. Sin problema.

La lista sigue creciendo sin nombres. "Unos cuantos más". "Ya lo veremos". "Tenemos que confirmar".

—No hace falta cerrarlo hoy —dice Olga—. Se puede ajustar más adelante.

Héctor sonríe.

—Mejor así.

Salimos de la finca con un dossier bajo el brazo. Presupuestos. Fechas posibles. Invitados. Menús.

En el coche, Héctor dice:

—Está bien, ¿no? Me gusta.

—Sí —digo.

Miro por la ventanilla. Los árboles oscilan lentamente con el viento.

—Lo importante es que no se complique mucho —añade—. Que luego es un estrés.

—Ya.

No pienso en la boda. Pienso en lo rápido que se ha gestionado.

Como si solo hubiera que unir unos puntos.

51

Paso la tarde sola en casa. Me pongo a leer un libro que ya he empezado varias veces. Ordeno, muevo cosas sin un objetivo claro. Bony me sigue de una habitación a otra y acaba tumbándose en el salón, cerca del sofá. Le gusta mucho ese sitio.

Cojo el móvil y llamo a Marta.

—¿Qué tal? —dice—. Hace días que no sé nada de ti.

—Bien —respondo—. Normal.

Hablamos de cosas sueltas. Del trabajo. Del tiempo. De una serie que ella está viendo. La conversación avanza ligera.

Hay un silencio breve. Respiro.

—Oye —digo—. Te llamaba porque me voy a casar.

Marta tarda en reaccionar.

—¿Cómo? —dice—. ¿En serio?

—Sí.

—Pero… ¿cuándo? ¿Con Héctor?

—Sí, claro. Todavía no hay fecha cerrada.

Marta se ríe, sorprendida.

—Madre mía. Qué rápido, ¿no?

—Supongo.

—¿Estás bien? —pregunta—. Quiero decir… ¿estás contenta?

Miro a Bony, que levanta la cabeza un momento y vuelve a apoyar el hocico en el suelo.

—Sí —digo—. Muy contenta.

Marta no insiste. Me cuenta que le hace ilusión, que ya hablaremos con calma, que cuando quiera se acerca a verme. Me dice que le avise para la boda, que claro que irá.

Colgamos.

Dejo el móvil sobre la mesa y me quedo sentada, sin pensar en nada concreto. Ceno sola. Algo rápido. No tengo mucha hambre.

Bony come después y bebe agua. Lo oigo desde la cocina.

Más tarde pongo una película en la televisión nueva. La imagen es limpia, muy nítida. Me cuesta entrar en la historia. Cambio de postura varias veces. Bony sube al sofá y se coloca a mi lado, apoyando el cuerpo contra mi pierna.

La película avanza sin que yo la siga del todo. A veces me distraigo y miro el móvil.

Cuando termina, apago la tele y dejo el salón a oscuras. Voy al dormitorio. Me tumbo en la cama. Bony se coloca a mis pies, atravesado, ocupando justo el espacio necesario para tocarme.

Cierro los ojos.

El sueño no llega.

Escucho la casa. Espero algún ruido, pero no se oye nada. Ni crujidos, ni golpes, ni pasos. Solo el sonido lejano del mar, constante. Las gaviotas están en silencio. Seguramente están dormidas.

Abro los ojos. Miro el techo.

Bony levanta la cabeza de vez en cuando. Sus orejas se tensan. Luego se relaja sin moverse.

Me incorporo. Escucho otra vez. Nada.

La casa está en silencio.

Me tumbo de nuevo. Dejo una mano caer hacia el borde de la cama. Bony se estira.

Me voy a casar. No debería tener miedo.

Pero tampoco consigo dormir.

Me quedo así, despierta, mientras la noche avanza sin hacer ruido.

52

Por la mañana, Héctor me llama y me dice que el velero francés se ha complicado. Lo cuenta mientras yo me tomo el primer café del día.

—Tendré que volver a ir —dice—. Así me lo quito de una vez.

Habíamos quedado en ir juntos a mirar unas cosas para la boda. Nada importante. Detalles. Regalos. Tonterías.

—Si quieres ve tú —añade—. Mira lo que te apetezca.

—Vale.

Cuelgo. Termino el café, limpio la casa.

Cojo el coche y voy al bazar grande, el que está a la salida del pueblo. Un edificio bajo, enorme, sin ventanas. Dentro siempre hace la misma temperatura, da igual la hora o la estación.

Entro. El ruido me envuelve de golpe. Carros, cajas, música estilo reguetón, voces en varios idiomas. Empiezo a recorrer los pasillos sin una lista clara. Cojo cosas pequeñas: bolsas de regalo, cintas, velas, algún detalle que podría servir para la boda o para regalar a alguien que venga de lejos.

No pienso. Cojo. Dejo. Vuelvo a coger. Hay tantas cosas que me siento abrumada.

En uno de los pasillos hay juguetes y artículos mecánicos. Muñecos que caminan solos, luces que parpadean, objetos que hacen ruido al tocarlos.

Me detengo. Voy curioseando.

En una balda baja hay una caja pequeña, de cartón fino. La abro.

Dentro hay un aparato simple. Redondo. Metálico. Parece una memoria. Tiene un pequeño interruptor y una rueda de plástico visible por un lado.

Leo la etiqueta.

Dispositivo sonoro. Sonido de grillo.

Lo cojo. Pesa poco. Lo giro. Imagino el ruido seco, repetitivo, mecánico.

Pienso en la noche. En el silencio. En Bony atento. En el sonido que no estaba y, aun así, parecía estar. Lo enciendo.

Suena un grillo.

El sonido no sale del aparato. Sale de mi memoria. De una habitación en la noche. Es la misma cadencia. Se mezcla con las olas, con el mar rugiente. Suena claro y estridente. Se mete en mi cabeza. Parece golpearme.

Lo apago.

No pasa nada más. Leo el folleto. Tiene un mecanismo para que suene al azar.

Vuelvo a dejar el dispositivo en su sitio. Cierro la caja. La coloco como estaba, torcida, entre otros objetos parecidos.

Sigo caminando.

Pago en la caja con las cosas que he elegido. Bolsas. Velas. Cintas. El dependiente no me mira. Me da el cambio. Salgo.

En el coche, antes de arrancar, observo las bolsas en el asiento de al lado. Abultan bastante. Me he gastado más de cincuenta euros. Agarro la llave y me quedo quieta. La saco y salgo del coche. Vuelvo a paso rápido al Gran Bazar. Busco el pasillo, pero me parecen todos iguales. No quiero preguntar. Me parecería estúpido. Creo que lo he encontrado, pero es uno muy parecido que también tiene artículos de fiestas.

Por fin lo encuentro. Para mi sorpresa se han vendido todos y solo queda uno. Justo el que yo abrí antes. Lo cojo rápido y voy a caja. Saco dinero en efectivo y el mismo señor me cobra, pero esta vez me parece que me está mirando con sospecha. Desvío la mirada. Se ha debido de dar cuenta de que ya he pasado por caja antes. No sé qué pensará.

Pago y me da el ticket. Luego voy corriendo hasta el coche y me meto dentro.

Conduzco de vuelta a casa con la radio puesta. Mientras voy tomando curvas calculo cuántas veces sonó. En qué habitaciones. De qué forma.

Bony me recibe en la puerta. Mueve la cola. Dejo las bolsas en la mesa y lo saco un momento. Damos un paseo por el acantilado. Me da miedo que el perro se acerque mucho al borde, así que le llamo y trato de enseñarle. No hay nadie y el día es claro con algo de viento. Las gaviotas vuelan sobre mi cabeza y graznan. Nunca hay nadie en este lugar. Tal vez por el camino que es muy estrecho y tiene desniveles y piedras.

Vuelvo a casa y abro las bolsas.

Dejo cada cosa en su sitio. Las velas las guardo en un cajón. He comprado también una baraja de cartas para enseñarle a Héctor. Pongo el dispositivo dentro de una caja metálica de té. Es pequeña. A veces dejo dinero ahí. Me la llevo a mi cuarto y la meto en el cajón donde tengo la lencería. Lo cierro.

Me siento en la cama. Sin darme cuenta se ha hecho de noche.

La casa está en silencio.

Bony se tumba a mi lado y creo escuchar un breve gemido.

Pero mi atención está ahora en esa caja de té.

53

Héctor vuelve a media noche. Dice que al final pudo avanzar algo con el velero, aunque no quedó cerrado del todo. Deja las llaves en el cuenco de la entrada y se quita la chaqueta. La deja en una silla de la cocina.

—Mañana tendré que volver —dice—. Este barco me está dando problemas.

—Lo siento.

—Gajes del oficio.

Entro en la cocina detrás de él. Abre la nevera, mira dentro, la cierra. Al final la vuelve a abrir y coge jamón de york y se hace un bocadillo con mantequilla.

—¿Has ido al bazar? —pregunta.

—Sí.

—¿Bien?

—Sí. He comprado algunas cosas.

Me da un beso. Luego se sirve un vaso de agua. Se lo bebe de un trago. Le voy a enseñar la baraja de cartas que he comprado, pero me interrumpe.

—Luego lo vemos —dice—. Sin prisa.

Bony está tumbado cerca de la puerta, vigilando sin moverse.

Héctor se acerca a la mesa y toca una de las bolsas que aún no he recogido.

—¿Qué es esto?

—Velas. Para regalar. O para la boda. También he comprado una baraja.

—Ah —dice—. Está bien.

La saca, la mira y luego la vuelve a dejar en su sitio.

—Hoy no he oído nada raro por la noche —dice de pronto, como quien comenta el tiempo—. La casa estaba tranquila.

Levanto la vista. No sé por qué comenta eso ahora si sabe que me fastidia.

—¿Nada?

—Nada —repite—. Supongo que ya se ha normalizado todo.

Dice *normalizado* con naturalidad, como si fuera una palabra habitual. Aunque tiene un matiz que no me agrada.

—Sí —digo.

Nos quedamos un momento en silencio. El reloj de la cocina marca los segundos con un tic tac casi imperceptible. Yo no sé qué decir. De pronto nos hemos quedado sin conversación y eso me aterra. Marta dice que eso le pasa a las mejores parejas. Que es parte de la relación. Que de vez en cuando hay que aburrirse.

—¿Qué tal has pasado la mañana? —pregunta.

—Bien. He dado una vuelta con Bony. He comprado. Poco más.

—Mejor así —dice—. Te veo más centrada.

No sé qué responder. Él no espera respuesta. Sonríe, satisfecho.

Se sienta en una de las sillas y se quita los zapatos. Estira los pies.

—Esta noche podríamos pedir algo rico —dice—. O hacer algo rápido. Lo que te apetezca y vemos una peli.

—Lo que quieras.

Sonríe.

—Así da gusto.

Se levanta, va al baño. Hace pis sin cerrar la puerta. Oigo correr el agua. Luego el sonido del grifo al cerrarse. Vuelve al salón. No sé si me acostumbro a esos ruidos o mejor no sé si quiero acostumbrarme.

—¿Te importa si luego me ducho otra vez? —dice—. Huelo a gasoil y no me lo quito de encima.

—No.

Sonríe y sigue hablando de otra cosa. De un cliente que siempre retrasa los pagos. De un repuesto que es caro y que lo tiene que pedir a Alemania. Son unas piezas muy raras que no fabrican aquí.

Yo escucho. Afirmo con la cabeza, pero el tema no me interesa nada. No dejo de pensar en el aparato del chino. Cada vez que hablo con él me viene a la cabeza. Debería decirle algo.

Bony se incorpora cuando Héctor pasa cerca. Lo huele. Luego vuelve a tumbarse, pero no se relaja del todo.

—Está muy pendiente últimamente —dice Héctor—. Se ve que te ha cogido cariño.

—Sí.

—Eso es buena señal.

Me mira. Parece reírse. Luego se gira hacia el pasillo. Estoy a punto de decirle algo, pero me interrumpe. Se quita la camisa.

—Voy a ducharme.

Se gira para marcharse, pero lo agarro del brazo. Me mira sorprendido.

—Oye quería que habláramos.

Se detiene y se apoya en el marco de la puerta. En esa posición se le marcan los bíceps.

—Dime.

No sé qué decir. Ahora mismo me parece muy precipitado decirle nada del aparato. Balbuceo, sonrío para disimular. Él sonríe.

—¡Vamos! No me tengas en ascuas.

Yo sonrío. Le quito gravedad.

—Solo quería decirte que hoy estás muy atractivo.

Se acerca y me abraza. Nos besamos. Me da una palmadita. Noto que se ha excitado.

—Luego terminamos esto.

Lo veo desaparecer. Bony le mira con las orejas arriba y luego me mira a mí. Gruñe. El sonido del agua vuelve a llenar la casa. Miro la mesa. Las bolsas del bazar siguen ahí, cerradas.

Me quedo quieta, escuchando.

Solo se oye el agua y las gaviotas que hoy están frenéticas.

Supongo que esto es la normalidad.

54

La iglesia huele a flores y a incienso. Hay gente por todas partes. Voces que se cruzan. Pasos. Bancos que crujen. Me cuesta encontrar un sitio donde apoyar el cuerpo sin sentir que estorbo.

Clara entra y sale de la sacristía con una carpeta en la mano. Me sonríe cada vez que me ve.

—Todo va perfecto —dice—. De verdad.

Asiento. No le pregunto qué significa *perfecto*.

Marta se acerca y me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja. Me retoca el maquillaje con los dedos.

—Estás guapísima —dice—. ¿Nerviosa?

—Algo —digo yo.

—Es normal. Yo estaría subiéndome por las paredes.

No dejo de notar el vestido. El roce en los brazos. El calor. El peso. Es agobiante. Respiro como puedo. Me lo han apretado mucho. Miro la puerta de la iglesia, contando mentalmente cuánto falta para que empiece todo y, al mismo tiempo, deseando que ya haya terminado.

No me puedo quejar. No me atrevo. Me desconcierta que un día que muchas veces he soñado con él, ahora, sin embargo, quiera que pase lo más rápido posible.

Cuando empieza la ceremonia, el sonido de la música me atraviesa el pecho. Héctor no me lo había dicho. Suena "A thousand years" de Christina Perri. Él sabe que es mi debilidad. La carne se me pone de gallina.

Camino despacio por el pasillo central. Veo caras que no conozco. Sonríen. Me miran. Voy del brazo de Marta. Me fijo en cómo van vestidos los invitados para poder distraerme de mi ansiedad. Sin embargo, la música es tan intensa y me llega tanto que no puedo

evitar emocionarme. Me agarro a Marta como para tener dónde apoyar mi corazón en ese momento.

Héctor está delante, recto, tranquilo. Me mira cuando llego a su lado. Me toma la mano. La suya está seca. Firme. Él no se emociona tanto. No me hubiera importado que hubiera soltado una lágrima. Bajan la música. Yo me seco las lágrimas con un pañuelo y me recompongo.

El cura habla. No sigo las palabras. Estoy muy sensible. Soy consciente de que soy una romántica, pero siempre me he reprimido. Escucho fragmentos sueltos. Compromiso. Unión. Futuro. Las frases pasan como si no fueran conmigo, pero sé que me van a cambiar la vida. Me digo que tengo que concentrarme y entender lo que dice. Que tengo que estar más presente.

Respondo cuando toca. Mi voz sale más clara de lo que esperaba. Eso me sorprende. Por un momento pensé que no iba a ser capaz de hablar.

Cuando termina, la gente aplaude. Nos damos la vuelta. Todo el mundo sonríe. Yo también. Héctor me agarra con delicadeza y nos besamos.

Fuera, el sol es fuerte. Nos lanzan arroz. Alguien grita algo que no entiendo. Me hacen fotos. Muchas. No sé dónde mirar. Sonrío. Me dejo mover. La gente corea "Vivan los novios" una y otra vez. Noto manos que me acarician. Nunca me he sentido tan querida. Es un momento de alegría bestial.

—Estás guapísima —me dice alguien.

Pienso en Bony.

En que no está. En que no puede estar. En que nadie lo echa de menos salvo yo. Me lo imagino tumbado en la puerta esperando.

Ese pensamiento me acompaña como una punzada pequeña pero constante. Hay un momento en que casi lloro.

En la finca, el cóctel empieza enseguida. Copas. Bandejas. Música. Todo funciona. La gente dice que está precioso, que la comida es increíble, que el sitio es perfecto.

Yo asiento. Doy las gracias. Sonrío. Miro a Héctor.

Andrés está cerca de la barra. Me ve y levanta la mano en un saludo breve. Se acerca.

—Enhorabuena —dice—. Todo muy bonito.

—Gracias.

Le cuento cómo voy con el perro. Le digo que estoy encantada, que ha sido todo un acierto y que le voy a echar de menos en el viaje.

—Tú tranquila —dice—. Te mandaré fotos.

Se lo agradezco y brindamos. Es la mejor persona con quien podía dejar a Bony estos días.

Marta aparece y me abraza fuerte.

—Luego hablamos —dice—. Con calma. Estás esplendorosa.

Clara pasa cerca, pendiente de todo. Me guiña un ojo. Yo le devuelvo la sonrisa, automática.

La comida es abundante. Los platos llegan uno detrás de otro. No tengo hambre, pero pruebo de todo. Me estoy hinchando. Todo está bueno. En su punto. Me sirven vino.

Héctor habla con unos amigos del pueblo. Con gente del gimnasio. Se mueve con facilidad. Parece cómodo. Es el centro de atención. Yo me he quedado sola en mi mesa. Ha habido un momento en que nadie se ha acercado a mí. Me he servido vino y me he levantado. Me he puesto a hablar con gente que no conozco. Alguien me ha traído una copa.

De pronto, han puesto "Fix you" de Coldplay. Aparece Héctor. La gente le abre camino hasta mí. Me coge del brazo y nos vamos al centro de la pista. Un foco nos ilumina.

Bailamos muy agarrados. Es un momento muy romántico. La canción avanza y todo el mundo nos mira y sonríe. La gente se lo está pasando bien. La canción explota y sale todo el mundo a acompañarnos.

Bailamos. El DJ pincha "Titanium". La energía cambia. Hay luces de colores con efecto estroboscópico. Saltamos. Empieza la locura. Me acerco al DJ, es un joven noruego, le pido que ponga "Heads will roll". Me sonríe. La pone en el acto. La gente se mira extrañada. La lista la ha elegido Héctor, pero la gente ha empezado a pedir. Me dejo llevar. El cuerpo se mueve solo. Suena "Bad Romance", y después Karol G, esto ya es imparable.

En algún momento me siento en una silla, un poco apartada. Me quito los zapatos. Apoyo los pies en el suelo fresco. Es un alivio.

Pienso que no quiero que la fiesta termine nunca.

Pasamos al photocall y nos hacemos fotos. De grupo, disfrazados, con sombreros, me dicen que estoy preciosa. A Héctor le felicitan por casarse conmigo. Fuera hay una sorpresa. Me llaman. Han montado un toro para subirnos. Sube un chico que no conozco. Aguanta, pero al poco, sale despedido. Sube Marta. La zarandea. Resiste a pesar de que el de la máquina se está cebando porque lo ha puesto a tope. Al final se pega un golpe tremendo. Pero no importa porque cae en la colchoneta. Al caer se la han visto todas las bragas. Nos reímos como nunca. La gente grita mi nombre. Héctor me anima a salir. El DJ pone "Highway to hell" de AC/DC. Me subo con el traje que se me va a romper y empieza el toro a girar con fuerza. Cambio de sentido. Me aplauden. La música suena a todo volumen. El toro se balancea, pero esta noche tengo una fuerza que ni yo misma lo entiendo y me aferro a la silla.

Al final también salgo despedida. Me veo rodeada de gente. Aplausos. Abrazos. Copas. Brindis. Hay un cambio de música. Suena Imagine Dragons. "This is my kingdom come". Lloro de felicidad. Marta, Clara y yo nos abrazamos. Alguien trae chupitos de tequila.

—Tía, por tu felicidad —grita Marta.

Me abraza. Está tan contenta que, casi sin querer, me da un beso en los labios. Alguien pone otra ronda de chupitos. Seguimos. Héctor ha pedido una nueva canción.

—¡Ya verás amor!

Me guiña el ojo. El DJ me mira y sonríe. Suena "Go West" de los Pet Shop Boys. Hacemos una conga. Clara ha ligado con uno del pueblo. Seguimos.

Cuando termina la fiesta, estoy destrozada. Tengo los pies hechos polvo y estoy sin voz, pero no lo cambiaría por nada del mundo. Ha sido uno de los días más felices de mi vida. El vestido se me ha roto de los saltos que he pegado. He tenido que ir un par de veces a repasarme el maquillaje por el sudor, pero ha sido todo genial. Hay un grupo de gente que quiere seguir, pero nosotros nos vamos al hotel.

En el hotel, Héctor y yo tomamos la última copa.

Yo me quito el vestido como puedo y me quedo en sujetador y bragas. Héctor me dice que estoy preciosa. Nos metemos en la cama. Héctor me rodea con el brazo. Cierro los ojos. Me dejo llevar. Tengo marido.

Soy una mujer casada.

55

El aeropuerto es pequeño. Avanzamos rápido. Hace buen tiempo con algunas nubes. Yo arrastro la maleta mientras sorteamos turistas.

El hotel está cerca del mar. Blanco. Bajo. Bonito de una forma discreta. Entramos.

En recepción hay una mujer joven, sonriente, inclinada sobre un teclado. Nos acercamos y Héctor saluda. Todavía nos dura la resaca. Esta noche iremos a cenar a un sitio especial para celebrar nuestro primer día de casados.

—Un momento, por favor.

Héctor apoya los codos en el mostrador. Yo me quedo un paso atrás. Esperamos un tiempo.

La mujer vuelve a teclear.

—¿A nombre de quién?

—Héctor Muñoz.

Frunce el ceño. Vuelve a mirar la pantalla.

—¿Para hoy?

—Sí. Dos noches.

La mujer vuelve a mirar la pantalla. Teclea algo. El ventilador del techo gira despacio.

—Lo siento —dice—. Aquí no me aparece la reserva.

Héctor sonríe casi de forma automática.

—Debe de haber un error.

—Puede ser —responde ella—. ¿Tiene el correo de confirmación?

Héctor saca el móvil. Busca. Pasa el dedo varias veces por la pantalla. La sonrisa se le queda fija.

—Aquí está —dice, y le enseña el móvil por encima del mostrador.

La mujer se inclina. Mira. Comprueba. Se extraña.

—Sí, la veo. Pero aparece cancelada.

—¿Cancelada?

La palabra cae como una sentencia.

—Sí. Figura como cancelación automática hace tres días.

Héctor se incorpora despacio. Baja el móvil.

—Eso es imposible. Me aseguré de que todo estuviera bien.

No levanta la voz. Pero algo cambia en su tono. Veo cómo se le marcan las venas del cuello.

—No he cancelado nada.

—Entiendo —dice ella apurada—, pero es lo que aparece en el sistema. No sé qué decirle.

—Pues joder, el sistema está mal. Búsquenos una habitación.

La mujer parpadea. Mantiene la sonrisa, pero ya no es la misma. Está visiblemente nerviosa.

—A ver… Puedo comprobar si hay alguna habitación disponible…

Teclea. Espera.

—Lo siento. Ahora mismo estamos completos.

La chica no sabe dónde mirar.

Héctor apoya las manos en el mostrador. Los dedos se le marcan blancos. Su estatura lo hace intimidante.

—Esto es un viaje de novios —dice.

Ella lo mira seria.

—De verdad lo siento —responde ella—. Si quiere, puedo llamar a otros hoteles cercanos.

—Claro —dice Héctor—. Porque después de un vuelo y una boda es justo lo que apetece. Ir de hotel en hotel.

La mujer duda.

—Intento ayudarle.

—Pues ayude mejor.

Lo dice en voz baja. Sin gritar. Pero la amabilidad ya no está. Yo miro el suelo. El mármol tiene vetas grises, irregulares. A la chica le tiembla la mano.

—Héctor… —digo.

No me mira.

—No pasa nada —añade enseguida, sin cambiar el tono—. Ahora lo soluciono.

Se pasa la mano por la cara. Respira hondo. Sonríe otra vez, pero la sonrisa es distinta.

—Perdona —le dice a la mujer—. No es culpa tuya.

Ella asiente, agradecida. Vuelve a teclear.

—Voy a llamar yo —dice Héctor, ya girándose—. Esto no tiene sentido.

Se aparta unos pasos. Marca un número. Camina mientras habla. Le oigo frases sueltas.

—Sí… no… claro que no cancelé… pues alguien lo ha hecho… esto es un desastre…

Se detiene cerca de la puerta de cristal. Da la espalda al mostrador.

La mujer me mira.

—Lo siento mucho —me dice. Tiene la cara roja.

—No pasa nada —respondo.

Siento que tengo que tranquilizar a todo el mundo. Me siento culpable de algo que no he hecho.

Héctor vuelve.

—Vale —dice—. Hay otro hotel. No es exactamente lo que habíamos visto, pero servirá.

—¿Le reservo un taxi? —pregunta ella.

—No hace falta.

Coge la maleta sin mirarme y avanza hacia la puerta. Le sigo.

Salimos. El sol luce con fuerza. El mar se ve al fondo, azul, inmóvil. Estamos en Menorca y me gusta.

Caminamos unos metros en silencio.

—Estas cosas pasan —dice Héctor al fin—. No hay que dramatizar.

—No, claro. Pero sigo sin entender qué coño ha pasado —digo.

—Lo importante es que ya estamos aquí.

Asiento.

—Confía en mí —añade—. Yo me encargo. El hotel al que vamos está muy bien. ¡Incluso mejor!

Por fin se ríe.

Seguimos andando, pero ya más ligeros.

El ruido del aeropuerto queda atrás. El silencio vuelve poco a poco y ya estamos en nuestra luna de miel.

La isla nos rodea con sus colores azules.

56

El nuevo hotel es pequeño y blanco. En realidad, tenía razón Héctor: es mucho mejor que el anterior. La habitación está muy bien. Tiene un jacuzzi en el baño y desde la terraza se ve el mar entre pinos bajos. La brisa del viento llega y me hace sentir que soy libre. Todo parece pensado para disfrutar.

Dejamos las maletas en la habitación. Héctor se apoya en la barandilla de la terraza y se queda mirando el agua.

—Aquí se está bien —dice—. Mira, se ve el mar.

Me siento en la cama. El colchón es duro.

Bajamos a comer a un restaurante que ha buscado Héctor y que es muy coqueto. Tiene velitas en las mesas y ese pequeño detalle me encanta. Nos atiende una chica italiana muy joven. Pescado a la plancha, pan, vino blanco frío. Hablan bajo en las mesas de alrededor. Nadie parece tener prisa. Hay un par de familias con niños, pero predominan las parejas jóvenes como nosotros.

Me fijo en los chicos. Ninguno me llama tanto la atención como Héctor.

—Cuando volvamos —dice Héctor, cortando el pescado— habrá que empezar a mirar lo de vivir juntos en serio.

Asiento, esperando.

—No podemos seguir así mucho tiempo —añade—. Entrando y saliendo de casas. Es una pérdida de tiempo y de dinero.

—Tienes razón, cariño —digo—. Yo todavía no sé qué va a pasar con el trabajo.

—Estás de excedencia —dice—. Eso nos da margen.

—Sí, pero no es eterno. Tengo que pedir un traslado. O volver.

La conversación me devuelve a la realidad y me da rabia que Héctor haya sacado este tema ahora.

—¿Y a dónde te gustaría ir?

Me quedo pensando.

—Santander, quizá. Estar más cerca de todo. De gente. De… no sé.

Héctor asiente despacio.

—Eso tiene más sentido —dice—. Allí hay movimiento. Puertos. Trabajo. ¿Y Solanzos?

—Solanzos está bien —digo—. Pero no hay plazas. En Santander sí y no se tarda tanto.

No sé si me gusta la idea, pero no sé qué decir. Tampoco tengo claro que me vayan a dar la plaza en el concurso de traslados, pero esto no se lo digo. No tengo ganas de empezar a calcular absurdas posibilidades. Puntos. Antigüedad. Y toda la parafernalia.

—Claro —responde—. Para Santander, hay algo de atasco, pero no creo que mucho. Con que madrugues ya lo tienes.

Sonrío. Bebo vino. Me noto el estómago vacío otra vez.

—Menorca está muy bien —añade—. Es un sitio ideal para ir de vacaciones. No hay tanto hooligan ni borrachos. Esto es para vacaciones de verdad. Podemos venir más veces si quieres.

—Sí —digo—. Está muy bien.

Sonríe.

—Yo suelo moverme por la costa —continúa—. Gijón, Santander, Galicia… pero me gusta tener un sitio fijo de vacaciones, algo práctico.

—A mí también —digo y me acuerdo de Bony—. Ahora mismo ha sido un cambio muy fuerte.

Héctor deja los cubiertos sobre el plato. Me coge la mano.

—No pasa nada —dice—. Tienes que irte adaptando poco a poco. Cuando quieras darte cuenta ya se te ha olvidado tu anterior vida.

Mi anterior vida. La frase me resulta rara y ajena. Ahora lo pienso y me parece tan distante. El madrugón de todos los días para tener que ir a Madrid. Insufrible.

Pedimos un postre.

—¿Y si estamos un tiempo sin vivir juntos todavía? —digo.

Héctor se me queda mirando sin expresión en el rostro. Come una cucharada de su flan con nata.

—Bueno, como quieras.

Noto que le ha cambiado la cara. No tengo claro cómo interpretar su reacción.

Pagamos y volvemos caminando al hotel. No hemos vuelto a sacar el tema. Héctor hace como que no le he dicho nada importante ni que le afecte.

El sol brilla pero no hace calor. Me pongo un suéter. No retomamos la conversación. En su lugar se ha instaurado un silencio que ninguno de los dos queremos.

En la habitación me tumbo. Él sale a la terraza y hace una llamada. Habla de motores, de fechas, de ver algo cuando vuelva. Le escucho decir que sí varias veces. La conversación se prolonga. Yo me acuesto e intento dormir una siesta.

Por la noche damos un paseo corto. El mar está oscuro. Casi no hay gente. Cenamos algo ligero en otro sitio más funcional. A Héctor le ha gustado mucho porque tienen buena pizza. A mí me hubiera gustado que me llevara a un sitio romántico a cenar.

Al acostarnos, Héctor se acerca y me abraza. Debe notar que estoy tensa.

—Ya lo iremos viendo —dice—. Paso a paso.

—Sí.

Me besa. Me toca los pechos, pero yo no estoy receptiva. Hoy no tengo ganas. Con cariño busco una excusa y le separo. Al cabo de un rato está roncando.

Yo no duermo. No puedo dormir.

Escucho el mar, constante, sin sobresaltos.

Pienso en Solanzos. En la casa. En Bony. Echo en falta a las gaviotas.

No sé dónde voy a vivir.

Y esa decisión, que debería ser compartida, la estoy sosteniendo sola por dentro.

57

Volvemos por la tarde. El coche se detiene frente a la casa y me quedo dentro. La fachada sigue igual. La hiedra. La persiana del salón a medio subir. El mismo color apagado de siempre. Nada parece haber cambiado y, aun así, siento una distancia difícil de medir. Héctor se va a quedar en casa.

—¿No bajas?

—Voy a buscar a Bony a casa de Andrés —digo.

—¿Mejor mañana no? —dice—. Va a hacerse de noche en poco tiempo.

Héctor abre el maletero y empieza a sacar las maletas con rapidez. Las coloca en el suelo, una junto a otra.

—Entro yo primero —dice—. A ver si ventilo.

Saca las llaves, abre la puerta. El aire del interior sale despacio, cargado de ese olor mezcla de humedad, madera y a cerrado. Me bajo al fin y entro detrás de él. Se me hace raro volver a casa y no le encuentro explicación. Tal vez el viaje se me ha hecho corto. Hubiera necesitado más días para realmente desconectar.

La casa está en silencio. Un silencio cerrado y denso. Noto la ausencia de Bony. Héctor enciende la televisión nada más entrar. La casa se llena de ruido. Héctor es de esas personas que detestan el silencio cuando a mí me encanta.

Héctor deja las maletas junto a la pared y recorre los cuartos mirando que todo esté bien. Da una vuelta para comprobar que todo está en su sitio. Abre ventanas. Corre cortinas. Enciende una luz que no hacía falta encender. Sube al piso de arriba. Pienso que el diario está en la caja y no quiero que lo vea.

—Todo está bien —dice—. No se nota nada raro.

No contesto. Dejo el bolso sobre la mesa y paso la mano por la superficie. El polvo es mínimo. La casa parece limpia. Abro la nevera.

Veo qué podemos cenar.

Voy al salón. El sofá sigue en su sitio. El mueble bajo. La estantería. Me detengo frente al mueble pequeño, el que está junto a la ventana. Busco con la mirada un punto concreto.

La figurita no está.

Era pequeña. Un demonio de barro, tosco, con una sonrisa torcida y las manos apoyadas en las rodillas. No tenía valor, pero llevaba ahí desde el principio. La compré en Cabárceno. Me gustó. Al principio la puse en la entrada, pero luego la cambié al salón. Siempre en sitios que no se viera mucho. Era como un pequeño secreto para mí. Mi figurita.

Ahora el hueco está vacío.

—¿Has cambiado algo del salón? —pregunto.

Héctor aparece en la puerta con una camisa en la mano.

—No —dice—. ¿Por?

—Nada.

Asiente y sigue con lo suyo. Suena mi teléfono. Es Andrés. Me pregunta si quiero que lleve al perro. Le digo que sí.

Héctor va al dormitorio, abre armarios, empieza a colocar ropa sin preguntar. Dobla camisetas. Cuelga camisas. Lo hace bien.

Andrés no tarda mucho en llegar. En cuanto veo a Bony, salgo a recibirle y le doy un abrazo.

—¡Bony!

El perro se muere de alegría. Mueve la cola sin parar y se me sube encima. No sabía cuánto le echaba de menos.

—¿Qué tal? —pregunto.

—Bien —dice Andrés—. Se ha portado muy bien y hemos dado buenos paseos.

Charlamos un poco más en la misma puerta y se va. Héctor no sale a saludar. Está en el baño dándose una ducha. Me hubiera gustado invitar a Andrés a cenar con nosotros, pero no estoy segura de la reacción de Héctor.

Bony entra al salón y olisquea el suelo. Da un par de vueltas cortas, levanta la cabeza, mira hacia el pasillo.

—Ven aquí —le dice Héctor, con voz amable. Acaba de salir de la ducha—. Ven, campeón.

El perro se acerca, pero no del todo. Se queda a medio camino, atento. Me mira a mí.

—Está raro —comenta Héctor—. Supongo que el viaje lo ha alterado. Los animales son seres de costumbres fijas.

No respondo.

Voy a la cocina. Voy preparando la cena. Abro un cajón. Todo está en orden. Me inclino y abro el cubo de la basura. Arriba hay restos normales: una bolsa de pan, un envase de yogur, una servilleta usada.

Debajo, medio envuelta en papel, está la figurita.

La saco despacio. El barro está intacto, pero tiene una pequeña grieta en la base. La sostengo un momento. Me pesa más de lo que recordaba. Pienso en cómo la puedo restaurar.

La dejo sobre la encimera.

—Héctor —digo.

Responde desde el salón.

—¿Sí?

Señalo la figurita.

—¿Esto?

La mira. Frunce el ceño.

—Ah —dice—. Eso.

—Estaba en el salón.

—Sí. Ya lo sé.

—¿Por qué está en la basura?

Se encoge de hombros.

—No me gustaba. Da mal rollo. Pensé que no te importaría.

—Era mío. Lo compré porque me gustaba.

—No sabía. Pensé que era de la casa. No que lo hubieras comprado tú.

Lo dice sin dureza.

—No es algo que quisiera tirar sin hablarlo —añado.

—Ana —responde—. Es una figurita de barro. No pasa nada. Mañana te compro otra.

La palabra vuelve a aparecer. No pasa nada.

—La casa también es mía —continúo—. Y prefiero un ambiente más limpio. Más tranquilo.

Apago la televisión. Me mira.

—Podías haberme preguntado.

—Claro —digo—. Tengo que preguntar todo.

—Perdona cariño. No lo pensé.

—Si quieres la ponemos en otro sitio —añade—. En el dormitorio, por ejemplo.

Creo que me toma el pelo.

—O la tiramos del todo y te compro otra —propone—. Lo que tú digas.

No levanto la vista.

—La dejaré aquí de momento —digo al fin—. En el salón. Donde estaba.

—Como quieras.

Sale del salón sin insistir. Vuelve al dormitorio. Oigo cajones abrirse y cerrarse.

Me quedo con la figurita entre las manos. Luego la coloco en el mueble del salón, pero no exactamente en su sitio anterior. Más hacia la esquina. Que se vea bien. Bony la mira y gime.

Anochece despacio. La casa va perdiendo luz. Cierro ventanas. Bajo persianas. El interior se vuelve más recogido.

Estamos en el salón. Héctor revisa algo en el móvil. Yo leo sin leer. Bony se tumba cerca de la puerta, con la cabeza apoyada en las patas.

Entonces lo oigo.

Un sonido breve. Seco. Como un roce repetido.

Levanto la cabeza. Escucho. El ruido vuelve a aparecer, mezclado con el murmullo lejano del mar.

El sonido se desvanece solo.

Miro la figurita. Está quieta. Su sonrisa torcida parece distinta bajo la luz artificial.

Héctor deja el móvil.

—Mañana ordenamos el resto del equipaje —dice—. Qué pereza. Estoy agotado.

La casa vuelve a quedarse en silencio.

Pero ya no es el mismo silencio de antes.

58

Amanece pronto. Entra luz por las rendijas de la persiana y se queda flotando en el polvo del salón. Las gaviotas llevan tiempo despiertas. Gritan desde el acantilado, bajan en círculos amplios, vuelven a subir. Hoy están contentas. Su presencia resulta insistente, como si reclamaran algo.

Héctor se mueve por la cocina. Abre un armario. Cierra otro. Pone la cafetera. El sonido del agua al caer en el depósito llena la casa con una rutina conocida. Yo sigo sentada en el sofá. Bony se levanta y va hacia la puerta, atento, con el cuerpo inclinado hacia delante. Entonces lo oigo.

Es un sonido breve, rítmico. Un chirrido seco que se repite dos veces, con una pausa exacta entre medias. Me incorporo despacio. El ruido vuelve a aparecer, más claro ahora, mezclado con los gritos de las gaviotas.

—Héctor —digo.

Él apaga el fuego y se gira.

—¿Qué?

El sonido sigue ahí. Viene del pasillo, quizá de la pared que da al dormitorio pequeño.

—Eso —digo—. ¿Lo oyes?

Héctor inclina la cabeza, como si afinara el oído. Da un paso hacia el pasillo. Se queda un momento parado.

—Yo no oigo nada.

Lo dice con calma, sin prisa, con la misma voz que usa cuando comenta el tiempo o el tráfico.

El sonido vuelve a surgir, breve, insistente.

—Ahora —añado—. Justo ahora.

Héctor sonríe.

—Ana, son las gaviotas. Aquí se oyen mucho. A veces el eco engaña.

Miro hacia la ventana. Las gaviotas siguen ahí, pero el ruido no viene de fuera. O eso creo. Me acerco al pasillo. Doy dos pasos más. Si fuera el sonido de las gaviotas, lo podría identificar.

El chirrido suena otra vez, más cerca.

Bony se adelanta. Gruñe bajo, tenso. Sus orejas se levantan.

—¿Ves? —digo—. Él también lo oye.

Héctor observa al perro.

—Está nervioso desde el viaje —responde—. Se altera con cualquier cosa.

El sonido aparece de nuevo. Esta vez es más largo, más claro. Me detengo. Siento cómo algo se ajusta dentro de mí, como si una pieza encajara en su sitio.

—Es un grillo —digo—. Es eso.

Héctor suspira despacio, sin cansancio.

—Aquí no suele haber grillos —contesta—. Estamos en la costa. En realidad es muy raro. ¿No tienes la trampa que te di? Si quieres la ponemos otra vez.

Sí la tengo. Pero está guardada en un cajón. Me mira con suavidad. Se acerca y apoya una mano en mi hombro.

—Ven —añade—. Siéntate. Estás muy pendiente de los ruidos.

Aparto el hombro sin brusquedad.

—Lo he oído —insisto—. Tú estabas aquí. Ha sonado varias veces. Lo tienes que oír.

Se encoge de hombros.

—Yo no.

Las gaviotas vuelven a dominar el aire con sus chillidos ásperos. Las puedo imaginar haciendo picados. El contraste me descoloca. Ya no se vuelve a escuchar el grillo. Dudo.

—A veces el oído juega malas pasadas —continúa Héctor—. Sobre todo cuando estás cansada.

El pasillo parece igual que siempre. Las paredes blancas. Las puertas cerradas. Ningún movimiento visible.

—Solo digo que estaba ahí —respondo.

—Claro —dice—. Si tú lo dices.

La frase suena amable, casi conciliadora.

Vuelve a la cocina y sirve el café en dos tazas. Me ofrece una. La cojo sin ganas. Saca una bolsa de magdalenas.

—Hoy llamaré al electricista —comenta—. Para revisar lo de las paredes. Así te quedas más tranquila. Podría ser un ruido eléctrico.

Asiento. Bebo un sorbo. El café sabe fuerte. Me despierta.

El móvil vibra sobre la mesa. Miro la pantalla. Es Marta.

—¿Contestas? —pregunta Héctor.

—Sí.

Me levanto y voy hacia el salón, buscando distancia. Atiendo la llamada.

—¿Ya estáis en casa? —dice Marta—. ¿Qué tal el viaje?

—Bien —respondo—. Todo bien.

Escucho mi propia voz. Suena firme, pero muy poco convencida. Tengo que interpretar mejor.

—Tenía ganas de oírte —añade—. ¿Estás bien de verdad?

Miro hacia el pasillo. Bony sigue allí, atento, con el cuerpo rígido.

—Sí —digo—. Un poco cansada.

Abro la puerta y salgo al jardín. Bony viene conmigo. Me quedo frente a la puerta.

—Es normal —responde—. La boda, el viaje, todo junto.

Las gaviotas vuelven a gritar, más cerca esta vez. Parece que me gritan a mí. Marta guarda silencio al otro lado.

—¿Estás en la casa? —pregunta.

—Sí. Estoy justo en la puerta.

—¿Y qué tal ahí?

Miro a Héctor, que recoge la cocina con movimientos precisos.

—Bien —repito—. Estamos desayunando.

—Si necesitas algo, me llamas —dice—. Tenemos que volver a repetir y vernos.

—Sí, claro. Lo pasé genial en la boda. Tenemos que hacer más planes.

Colgamos. Entro y dejo el móvil sobre la mesa. Héctor se acerca.

—¿Era Marta? —pregunta.

—Sí.

El chirrido suena otra vez, breve, justo detrás de nosotros. Me giro de golpe. Héctor permanece quieto.

—¿Lo has oído ahora? —pregunto.

Me mira a los ojos, sereno.

—No.

Bony ladra una vez, fuerte, hacia el pasillo.

—Bony tranquilo. Aquí no pasa nada.

El perro no le hace caso. Sigue mirando la pared. Ladra otra vez.

El sonido desaparece. Las gaviotas vuelven a ocupar el aire. Estoy conteniendo la respiración. Mi corazón se ha acelerado. Héctor me toca la mano.

—Todo está bien —dice—. De verdad. No te preocupes.

Asiento, aunque algo dentro de mí sigue contando los segundos entre un chirrido y otro.

La casa continúa igual que siempre.

Yo empiezo a sentirme distinta dentro de ella.

No me noto.

59

La idea sale de Héctor una mañana cualquiera, mientras desayunamos. No la lanza como una decisión, sino como una posibilidad que parece llevar tiempo pensada.

—He estado dándole vueltas —dice—. Igual te vendría bien hablar con alguien. Para al menos quitarte presión.

Unta mantequilla en una tostada.

—¿Alguien? —pregunto.

—Un psiquiatra —responde—. O una psiquiatra. Da igual. Alguien que te ayude a bajar revoluciones.

Miro la taza de café. Todavía está tan caliente que humea.

—No estoy mal —digo.

—Ya lo sé —contesta—. No se trata de estar mal. Se trata de cuidarte.

La palabra queda suspendida entre nosotros, blanda, amable.

—Has pasado por muchas cosas —añade—. La casa, la boda, el viaje, todo seguido. A cualquiera le pasaría factura.

Pienso que él también ha tenido una boda y no por ello le digo que vaya a un psiquiatra. Bony duerme a mis pies, con el lomo subiendo y bajando despacio. Me gusta verlo tranquilo.

—¿Lo dices por lo del ruido? —pregunto.

—No.

—¿Entonces?

—Podría venirte bien dormir mejor —continúa—. Algo suave, un apoyo.

Asiento sin mirarlo. Siento cansancio y no tengo ganas de discutirlo.

La consulta está en Santander. Un edificio discreto, sin rótulos llamativos. Subimos en ascensor. Héctor pulsa el botón antes de que yo me acerque.

La sala de espera es agradable. Hay dos sillones, una mesa baja con revistas antiguas del corazón y una planta grande junto a la ventana. Héctor se queda de pie un momento, revisando el móvil, y luego se sienta a mi lado. Estamos solos y los minutos pasan lentos.

—Todo va a ir bien —dice—. Solo es una charla. A ver qué propone.

La psiquiatra nos recibe puntual. Es una mujer de unos cincuenta años y voz tranquila, casi hipnótica. Guapa. Nos hace pasar a un despacho luminoso. Hay una mesa, tres sillas y una estantería con libros ordenados por tamaño y varias plantas junto a las ventanas.

—Contadme —dice—. ¿Qué os trae por aquí?

Héctor empieza a hablar casi de inmediato. Su tono es sereno, colaborador.

—Ella ha estado con mucho estrés últimamente —explica—. La casa, recuerdos familiares, cambios importantes. Murió su madre. Yo la veo cansada. Le cuesta dormir. Se sobresalta con ruidos por la noche.

La psiquiatra asiente, toma alguna nota. Héctor sigue contando cosas. Observo la conversación desde fuera. Hablan de una persona que no soy yo.

—¿Y tú cómo te encuentras? —me pregunta.

Busco palabras. Me salen pocas.

—A veces cansada —digo—. Con la cabeza llena. Es como que me cuesta concentrarme.

—¿Duermes bien?

—Vaya.

—¿Te cuesta conciliar el sueño o te despiertas?

—Me despierto.

Héctor interviene con suavidad.

—Se despierta varias veces. Dice que oye cosas.

La psiquiatra me mira de nuevo.

—¿Te preocupa eso?

Hay una pausa.

—Me inquieta —respondo—. Más que preocuparme.

Asiente despacio.

—Es bastante habitual en periodos de estrés —dice—. El cuerpo se mantiene en alerta.

Habla con calma, sin dramatizar.

—Has pasado por cambios importantes —continúa—. Un duelo, una mudanza emocional, decisiones grandes. El sistema nervioso a veces necesita ayuda para volver a un ritmo más regular.

No menciona locura ni enfermedad. Habla de cansancio, de adaptación.

—No veo nada grave —añade—. Pero sí un nivel alto de ansiedad sostenida.

Héctor cruza las manos sobre las rodillas.

—Eso es lo que yo pensaba —dice—. Algo puntual.

La psiquiatra me vuelve a mirar.

—Podemos probar con algo suave —propone—. Algo que te ayude a dormir mejor unas semanas, pero solo si tú lo ves necesario.

Los dos me miran.

—Bueno.

Se levanta y escribe una receta.

—No es obligatorio —me aclara—. Es una ayuda, no una solución mágica.

Cojo el papel. El nombre del medicamento me resulta extraño, largo.

—¿Alguna pregunta? —dice.

Miro a Héctor. Él niega con la cabeza.

—No —respondo—. Gracias.

Al salir, Héctor me pasa un brazo por los hombros.

—¿Ves cariño? —dice—. Nada raro. Solo apoyo.

En la farmacia, él guarda la bolsa en el bolsillo de su chaqueta.

—Mejor empezar esta noche —comenta—. Así descansas bien.

De vuelta a casa, el coche avanza por la carretera costera. El mar aparece entre tramos, azul, brillante. Las gaviotas planean bajas, cerca del arcén.

—Te va a venir bien —dice Héctor satisfecho—. Te noto más tranquila ya.

No sé si es cierto. Me apoyo en el respaldo y cierro los ojos un momento. No sé cómo me he dejado convencer para ir a ver a una psiquiatra.

Esa noche, el comprimido se disuelve en la boca con un sabor amargo. Me acuesto temprano. Héctor apaga la luz.

—Estoy aquí —dice.

El sueño llega rápido, como un telón. Me dejo abrazar por la calma.

Antes de quedarme dormida del todo, creo oír el grillo, muy lejos, como desde otra habitación.

No abro los ojos.

El cuerpo está demasiado tranquilo como para comprobarlo.

60

La televisión ocupa casi todo el salón cuando está encendida. La luz cambia de golpe con cada jugada. Verde. Blanco. Azul. Sombras que se mueven rápido. El sonido del estadio entra en la casa con una energía que no tiene nada que ver conmigo.

Héctor está en el sofá, inclinado hacia delante, tomando una cerveza y con una bolsa de patatas. Los codos apoyados en las rodillas. La mirada fija en la pantalla. El mando descansa en su mano derecha como si fuera una extensión del cuerpo.

Yo me siento en el otro extremo. Las piernas recogidas. Una manta fina sobre las rodillas. El comentario del narrador se mezcla con los gritos del público. Aplauden. Se quejan. Se exaltan.

No entiendo qué pasa en el campo. Tampoco me importa.

Miro la pantalla y luego aparto la vista. El movimiento constante me marea. Respiro despacio. El medicamento me deja una sensación blanda, como si los pensamientos llegaran con retraso.

—Ha sido clarísima —dice Héctor, de pronto—. Clarísima.

No sé a qué se refiere. No pregunto.

El árbitro pita. El público protesta. Héctor se pasa la mano por la cara. Se inclina aún más hacia delante.

Yo miro la estantería. La figurita del demonio sigue en su sitio, en la esquina. La luz del televisor le da un brillo irregular. La sonrisa torcida parece distinta según el ángulo.

Bony duerme en el suelo, entre los dos. Mueve una pata, como si persiguiera algo en sueños.

Héctor comenta una jugada más. Luego otra. Habla solo, sin buscar respuesta. Su voz llena el espacio que no ocupamos juntos.

Yo pienso en decir algo. En pedir que baje el volumen. En cambiar de canal. En levantarme y hacer otra cosa. Tal vez ver una película que me guste. Pero no.

Me quedo donde estoy.

El móvil vibra sobre la mesa baja. El sonido me sobresalta más de lo que esperaba. Miro la pantalla. Un mensaje.

Héctor baja el volumen sin apartar la vista del partido.

—¿Quién es? —pregunta.

—Nadie —respondo—. Un mensaje.

—¿De Marta?

—No sé. No he mirado.

Me observa por primera vez desde que empezó el partido. La mirada es rápida, precisa.

—Míralo —dice—. A ver si es algo importante.

Cojo el móvil. La pantalla ilumina mis manos. Hay una notificación. Leo solo la primera línea. No continúo. Bloqueo el teléfono y lo dejo boca abajo.

—No es nada.

Héctor asiente, pero no vuelve del todo a la pantalla.

—Si es del trabajo, mejor contestar. Así no te quedas con eso en la cabeza.

—No es del trabajo.

—Entonces, ¿de quién?

Me encojo dentro de la manta.

—De una amiga.

—¿Qué amiga?

La pregunta llega envuelta en normalidad, como si fuera parte de una conversación que siempre ha sido así.

—Una del colegio. Hace tiempo que no hablábamos.

—Ah.

Vuelve a mirar el partido. El comentarista grita un gol. El público estalla. Héctor sonríe, satisfecho.

—Es que últimamente te noto muy pendiente del móvil —añade —. Y eso no te ayuda.

No quiero discutir. Me fijo en el parpadeo azul del televisor sobre la pared.

El móvil vibra otra vez, breve. No lo cojo.

—¿Ves? —dice—. Otra vez.

—Luego contesto.

—Como quieras —responde—. Solo digo que no te vendría mal desconectar.

El partido sigue. Minutos que se alargan. Cambios. Repeticiones. Publicidad.

Podría levantarme y salir de la habitación y él no lo notaría. La idea me apetece. Incluso dar un paseo por fuera.

Bony abre un ojo. Mira hacia mí. Luego hacia Héctor. Se incorpora y vuelve a apoyar la cabeza en el suelo.

El móvil permanece quieto ahora. La pantalla apagada refleja el verde del campo.

Héctor se levanta para ir al baño durante el descanso. Deja el mando sobre el sofá, cerca de mi mano.

Lo miro. Me dan ganas de cogerlo y apagar la tele.

Cuando vuelve, trae dos cervezas. Me ofrece una.

—No me apetece —digo.

—Como quieras.

Se sienta de nuevo. El partido continúa.

Miro a Héctor. La mandíbula tensa. La atención absoluta en el partido. No parece enfadado. Tampoco parece aquí conmigo.

Me doy cuenta de algo sencillo, casi obvio: estamos juntos en la misma habitación, pero cada uno habita un lugar distinto. Estoy sola estando acompañada.

El pensamiento no duele. Se posa en mí como si fuera lógico.

El móvil vibra una tercera vez. Esta vez Héctor lo mira antes que yo.

—¿Vas a contestar? —pregunta.

Lo cojo despacio.

—Luego.

—Vale.

Dice la palabra con suavidad, pero siento que algo se cierra un poco más.

El comentarista anuncia el final del partido. Héctor apaga la televisión. El salón se queda con la luz fija de la lámpara.

Durante unos segundos, nadie dice nada.

Llevo rato conteniendo la respiración. La suelto despacio.

Héctor se estira.

—Voy a ducharme —dice—. Ahora vuelvo.

Camina por el pasillo sin mirar atrás.

Me quedo sola en el sofá. El móvil en la mano. La pantalla negra. Sola.

No lo desbloqueo.

Por primera vez desde que volvió de Menorca, pienso con claridad que quizá ya no compartimos el mismo sitio, aunque sigamos usando la misma casa.

Y ese pensamiento llega sin ruido, como una certeza tranquila que empieza a crecer.

Siento vértigo de las consecuencias.

61

El mensaje llega sin previo aviso. Estoy en el jardín justo en la zona en donde tenía pensado plantar un huerto, apoyada en el muro, leyendo un libro con Bony a mi lado. El móvil vibra y lo cojo casi por inercia. Miro la pantalla.

Es un número que no tengo guardado.

Hola, Ana. Soy la doctora Cifuentes. Me preguntaba si podríamos vernos un momento a solas. Si te viene bien, claro.

Leo el mensaje dos veces. Me sorprende lo formal que suena. No me esperaba que me contactara por WhatsApp.

Contesto que sí.

No se lo digo a Héctor. Sale de casa poco después, con prisa, hablando de una pieza que tiene que recoger. Me besa en la mejilla antes de irse. Un beso rápido y funcional.

—Hoy podíamos cenar pizza —dice, ya en la puerta—. Voy a intentar llegar pronto y vemos esa peli.

Cojo el coche y conduzco hasta Santander. El trayecto se me hace más corto que otras veces. Las gaviotas vuelan bajo cerca del puerto. El cielo está claro. Hay una cierta paz en el ambiente que solo conoce la gente de aquí. La primavera está terminando y ya se puede sentir el verano. Hay una luz especial que lo impregna todo.

Me ha costado una barbaridad aparcar. Al final, lo he tenido que meter en un parking. Es curioso que la consulta está muy cerca del notario. La otra vez ni me fijé. Supongo que estaba más pendiente de otras cosas. Sin embargo, ahora vengo más relajada.

Me siento en la sala de espera. La consulta huele igual que la otra vez. Café, papel, algo neutro. Hay una mujer con un niño. El reloj de pared marca los segundos con un sonido regular. Antes no me había fijado, pero hay un cuadro de un bosque con unos ciervos.

La psiquiatra abre la puerta.

—Pasa, Ana.

Entro. Me siento en la misma silla. Ella se coloca frente a mí, con una libreta cerrada sobre las piernas.

—Gracias por venir —dice—. Quería hablar contigo con calma.

Trato de sonreír. Tengo las manos entrelazadas. Me fijo en que tiene plantas y la ventana debe de estar insonorizada porque no se escucha la calle. Hay también un balcón muy amplio. El lugar es muy acogedor. Me levanto un momento.

—Perdona —digo.

Miro por la ventana. Las vistas son asombrosas. Aunque la casa no está en primera fila, se puede ver perfectamente el ferry atracado y la bahía.

—Menudas vistas.

—Sí.

Ella sonríe. Me vuelvo a sentar. Parezco una niña.

—La otra vez viniste acompañada —continúa—. Eso está bien. A veces ayuda. Pero también me interesa saber cómo te encuentras tú, sin intermediarios.

Nos quedamos en silencio. Bajo la vista. No sé qué responder de inmediato.

—Me siento rara —digo al fin—. Como si todo fuera ajeno.

—¿Desde cuándo?

Pienso unos segundos.

—Desde que volví a la casa. Después del viaje. Bueno, no, realmente me he sentido rara desde que vine a Santander. Y la casa desde luego ha influido.

—¿Qué ocurre allí?

Respiro hondo.

—Oigo un sonido por las noches —explico—. Como un grillo. Aparece y desaparece. Yo lo oigo con claridad y él me dice que no.

—¿Te pasa todos los días?

—No. Solo algunos. Y eso me desquicia. A veces desaparece durante semanas enteras. Pero cuando aparece… es muy claro y lo puedo oír perfectamente.

La psiquiatra no escribe nada. Me mira.

—¿Te has planteado que puedas estar equivocada?

La pregunta no suena acusatoria. Parece más bien una comprobación de rutina.

—Sí —respondo—. Muchas veces.

—¿Y qué sientes cuando dudas de ti?

La pregunta me desarma.

—Cansancio —digo—. Y miedo. No del sonido. De mí.

Asiente despacio. Su mirada transmite empatía.

—¿Ese sonido aparece cuando estás sola o cuando estás con él?

—Al principio sola. Ahora también alguna vez con él —respondo sin dudar—. O cuando sé que está cerca.

Levanta la vista, interesada.

—Eso es importante.

Se inclina hacia delante.

—Ana, lo que describes puede encajar con ansiedad, con hipervigilancia, pero hay algo que quiero preguntarte con cuidado.

Espero.

—Cuando tú oyes el sonido y él dice que no está, ¿qué haces?

—Me callo —respondo—. O insisto una vez. Luego dudo.

—¿Y confías en su versión?

Me quedo en silencio.

—Intento hacerlo, me gustaría, pero no puedo negar mis sentidos…

Cierro los ojos. Me cubro la cara con las manos. Estoy llorando. Son muchos días aguantando esto. Lloro. Luego me recupero.

La psiquiatra apoya la espalda en la silla y me mira con empatía. Me ha pasado un pañuelo de papel. Me seco las lágrimas.

—¿Qué tal tu relación con Héctor? —me pregunta.

Aquí me quedo callada. Estoy procesando lo que voy a contestar porque no lo tengo claro.

—En general bien —digo—. Pero es verdad que hay momentos en que me saca de quicio. Supongo que por tonterías.

Me detengo un momento. Ella permanece en silencio.

—A veces cambia sin venir a cuento. O lo mismo me dice algo que no es malo, pero me molesta.

—¿Y qué es lo que sientes?

—Es como una ansiedad fuerte.

Ella toma unas notas.

—La ansiedad…

Se ha detenido. Parece estar elaborando algo. Anota algo otra vez y finalmente me mira y continúa.

—Suele generar dudas internas —dice con tono profesional—. Pero hay algo distinto cuando la duda viene siempre de fuera.

No habla deprisa. Elige las palabras.

—No puedo decirte que el sonido sea real o no —continúa—. Eso no sería honesto. Pero sí puedo decirte algo con claridad.

Levanta la mano, como marcando un punto.

—Cuando una persona empieza a desconfiar de su percepción en presencia de otra, conviene prestar atención a la relación, no solo al síntoma.

Siento un nudo suave en el estómago.

—¿Cree que estoy enferma? —pregunto.

—No. Creo que estás tensa y cansada. En una situación que te exige más de lo que ahora puedes dar —responde—. No veo signos de psicosis. No veo ruptura con la realidad.

Estaba esperando esas palabras.

—La medicación puede ayudarte a dormir mejor —añade—. Pero no va a resolver lo que te inquieta de fondo.

—¿Y qué es eso? —pregunto.

La psiquiatra me mira antes de responder. Me sorprende la facilidad que tiene para entenderme.

—Que has empezado a sentirte pequeña dentro de tu propia vida.

Trago saliva. Otra vez me sale el llanto. Resisto.

—Eso no es una enfermedad —continúa—. Es una señal.

El reloj sigue marcando los segundos. Fuera se oye una ambulancia muy a lo lejos.

—No te voy a decir qué hacer —dice—. Pero sí te pido algo: confía en lo que sientes antes de invalidarlo.

Asiento.

—Y si en algún momento te sientes en peligro —añade—, físico o emocional, busca ayuda inmediata.

—¿Cree que estoy en peligro?

No responde directamente.

—Creo que estás empezando a darte cuenta de cosas importantes —dice—. Y eso suele generar resistencia en el entorno.

Me levanto cuando la consulta termina. En la puerta, se detiene un momento. Me sonríe.

—Puedes volver cuando quieras —dice—. Sola.

—Gracias.

Esta vez no me da la mano. Me da un abrazo.

Salgo a la calle. El aire se ha vuelto más frío de lo que esperaba y no me he traído cazadora. Camino unos metros antes de subir al coche. Estoy como flotando en una nube.

El móvil vibra en el bolsillo.

Un mensaje de Héctor.

¿Todo bien?

Miro la pantalla. No contesto de inmediato.

Por primera vez desde hace semanas, no me pregunto si estoy exagerando.

Arranco el coche.

Mientras conduzco, pienso que el grillo quizá no sea lo más importante.

Lo importante es que alguien me ha escuchado sin corregirme.

62

Nunca había estado en un lugar como este. La primera impresión es que todo aquí lo han diseñado con un gusto excelente.

El club de golf de Pedreña es amplio, verde, silencioso. El césped parece recién cortado. En el interior he visto una foto en la que aparece Juan de Borbón en el tee del uno. Héctor me cuenta que este lugar, junto con el hotel Real, el palacio de la Magdalena y el Casino, eran lugares frecuentes de la aristocracia a principios del siglo XX.

Camino junto a Héctor por la calle del hoyo cuatro. Hace una curva hacia la derecha y un desnivel que lo hace más difícil. Es un par cuatro. Él avanza con seguridad, como si hubiera estado allí muchas veces, aunque no lo diga. Tiene la expectativa de hacer un Bogey.

—Relaja los hombros —me dice—. Así no hay quien dé un buen golpe.

Asiento. Me coloco como me ha dicho. El palo pesa más de lo que esperaba. Cuando golpeo, la bola avanza unos metros a ras de suelo y se pierde hacia el lado izquierdo en el *rough*.

Héctor sonríe.

—No pasa nada —dice—. Golpea más relajada. Intenta que los hombros no estén agarrotados y que haya un giro de caderas. Tienes que trabajar también el grip. Mira.

Su bola se queda en lo alto de la calle. Saca un hierro siete y se coloca muy concentrado. Observo que en ese preciso momento la gente ni respira. Entonces golpea la bola con estilo, sube y hace un globo perfecto. Se queda a medio metro del green. Sus amigos aplauden. Yo también. Lleva tres golpes. Podría incluso hacer el par. La mujer de uno de ellos se acerca y le da una palmadita en el brazo.

—Siempre se te ha dado genial —dice—. Desde pequeño, ¿no?

—Desde crío —responde Héctor—. Mi padre insistió mucho y ya ves, casi sin esfuerzo juego así.

Me toca el turno otra vez. Fallo de nuevo. Mi swing es horrible. Siento el calor en la cara. Me dan ganas de reírme, de decir alguna tontería para quitarle peso, pero no me sale nada. Héctor se acerca por detrás y me corrige la postura, con cuidado, delante de todos.

—Así. Confía. Y luego el grip.

Hago lo que me dice. La bola vuelve a desviarse.

—Bueno —dice uno de ellos—. Esto es cuestión de práctica. El golf es bastante más difícil de lo que la gente cree.

Sonríen. Nadie se burla. No dicen nada fuera de lugar ni hacen bromas pesadas. Y aun así me siento pequeña, torpe, fuera de sitio.

Después de hacer nueve hoyos, por fin comemos en el restaurante del club. Predomina el blanco, la madera clara y el cristal. El mar se ve a lo lejos.

Héctor hojea la carta.

—Yo pediría pescado —dice—. Algo ligero. Te va a sentar mejor.

Asiento. La camarera toma nota.

Piden vino. Héctor no.

—Conduzco —dice—. Bebe tú por mí.

Bebo más de lo que suelo beber. El vino me sube rápido. La conversación fluye entre cifras, inversiones y viajes. Por lo menos no están hablando de golf.

La mujer del amigo habla de su trabajo en el sector financiero. Viste con sencillez, pero todo en ella parece caro. Se mueve con soltura en este ambiente.

—¿Y tú, Ana? —me pregunta—. ¿A qué te dedicas?

—Hago traducciones juradas —respondo—. Para el Ministerio de Justicia.

—Ah —dice—. Qué interesante.

No pregunta más. La conversación sigue por otro lado. Héctor apoya la mano sobre mi rodilla.

—No te olvides hoy de la pastilla, amor —dice en voz baja—. ¿Vale?

Asiento. Siento un nudo suave en el estómago. Bebo otro sorbo.

En algún momento pienso en Bony. Me viene la imagen de sus ojitos cuando te mira desde el suelo del salón, en su esquina favorita. El pensamiento aparece sin aviso, como un refugio breve.

Cuando nos despedimos, sus amigos son encantadores. La mujer me abraza con efusividad.

—Ha sido un placer —dice—. Héctor es un encanto.

Héctor sonríe.

En el coche, el silencio se instala despacio. El alcohol me pesa en el cuerpo. Miro por la ventanilla. El paisaje pasa sin llegar a registrarlo.

En casa, Héctor deja las llaves, se quita la chaqueta. Hace lo de siempre.

—Hoy te he visto un poco desbordada —dice—. No estabas muy fina.

Lo dice con una voz dulce.

—Será el cansancio —añade—. Te vendrá bien dormir.

Saca la pastilla. Me la da con un vaso de agua. La tomo sin discutir.

En la cama, apaga la luz. Se acerca. El contacto es directo, funcional. Yo estoy ahí, pero mi cuerpo va más lento y mi cabeza realmente está muy lejos. Él termina y se gira de lado. Enseguida su respiración cambia. Se duerme.

Tengo ganas de llorar. Respiro despacio. Aprieto la mandíbula. No quiero hacer ruido.

Entonces lo oigo.

El grillo. Muy débil. Lejano. Como si viniera de otra habitación. O de dentro de la pared.

No me muevo.

Siento cómo se me humedecen los ojos. Las lágrimas bajan sin sonido. Pienso en Bony. En su presencia cálida. En cómo se coloca siempre cerca de la puerta. En que mañana, cuando amanezca, vendrá a buscarme moviendo la cola.

El grillo vuelve a sonar una vez más y luego se calla. Esta vez incluso me alegro de que esté ahí.

Me doy la vuelta despacio, sin tocar a Héctor. Me encojo sobre mí misma.

No lloro fuerte.

Solo dejo que pase.

Al final, Bony aparece en el marco de la puerta. Se acerca sin prisa. Apoya el hocico en el colchón. Me mira.

Le acaricio la cabeza con cuidado.

—Ya está —le susurro—. Ya pasó el día.

Él se tumba a mi lado. Su calor me ancla.

El silencio vuelve.

Esta vez, me quedo despierta dentro de él.

63

Vuelvo de dar un largo paseo con Bony. La mesa está puesta cuando entro en la cocina. Dos platos, pan cortado, una botella de vino ya abierta. Héctor sirve la comida con cuidado, como si estuviéramos en un restaurante importante.

—Siéntate —dice—. Se enfría.

Obedezco. El olor me resulta agradable, pero el estómago sigue extraño, como si no terminara de estar vacío ni lleno.

Comemos. Él habla de cosas pequeñas: un encargo que ha salido bien, un cliente pesado, un ruido del coche que tendrá que revisar. Lo bien que jugó el otro día. La posibilidad de que nos hiciéramos socios del club de golf.

En algún momento levanta la vista.

—Ayer no te tomaste la pastilla —dice.

La frase cae con naturalidad, como si comentara que falta sal.

—Sí —respondo—. Me la tomé. Tú mismo me la diste ahí en la cocina.

—No pasa nada si no la tomas —dice con una sonrisa—. Pero ya sabes que te viene bien.

Dejo los cubiertos sobre la mesa.

—Héctor, ayer me tomé la pastilla. De hecho, dormí muy bien.

Bajo los ojos. Recuerdo que estuve llorando en la cama y un soplo de tristeza pasa por mi corazón sin quererlo.

Pincho un trozo de comida sin ganas y me lo meto en la boca.

—Es que he encontrado una pastilla allí en la encimera. Pensé que se te había olvidado. Perdona.

Se acerca y me da un beso. Yo me calmo, pero no puedo evitar mirar donde ha señalado. Veo que hay una píldora suelta sobre la encimera. Lo primero que pienso es que Bony podría subirse,

confundirla con un chuche y comérsela. No sé qué efectos tendría. Me levanto y la guardo en su sitio.

Me vuelvo a sentar.

—Hoy prefiero no tomarla.

Héctor sigue comiendo, pero entonces me mira. Traga.

—¿Por qué?

—Porque me noto rara. Muy lenta.

—Es normal al principio —contesta—. Lo dijo la doctora.

—Dijo que era opcional.

—Claro —responde—. Pero también dijo que te ayudaría. A ver, las pastillas para dormir tienen efectos secundarios. Pero no pasa nada.

No levanta la voz. Me mira como si estuviera esperando que yo misma llegue a la conclusión correcta.

—Hoy he caminado mucho —añado—. Creo que dormiré bien.

Héctor inclina la cabeza.

—Es justo cuando más conviene seguir el tratamiento —dice.

La palabra *tratamiento* me incomoda.

—No es una enfermedad —respondo.

—Ya lo sé —dice enseguida—. Tampoco es bueno ir cambiando y tomarla un día sí y otro no.

Bebo un sorbo de vino. El líquido me baja rápido. Me relaja.

—La psiquiatra dijo que confiara en lo que siento —añado.

Héctor sonríe. Él no sabe que he tenido más conversaciones con ella y no pienso decírselo.

—Y haces bien —dice—. Pero también dijo que descansar bien es importante.

Se levanta y va hacia el mueble. Abre el cajón. Saca la caja del medicamento y la deja sobre la mesa, entre los dos.

—Solo hoy —añade—. A ver qué tal.

Miro la caja con el bote dentro. El nombre impreso. Las letras pequeñas.

—No quiero —digo.

—Ana —responde—. No hagamos de esto un problema.

La frase suena suave, pero algo en ella tensa el ambiente.

—No estoy haciendo un problema. Solo digo que hoy no. Y soy yo la que decido si tomo un medicamento o no.

—Y yo solo digo que te cuides —contesta—. No te pongas en contra de algo que te está ayudando.

Estamos hablando de mí como si no estuviera presente. Otra vez. No sé cómo se le llama a eso.

—Dámela luego —digo al final—. Cuando acabemos de cenar. Antes de ir a dormir. ¿Mejor así, no?

—Sí. Vale.

Héctor asiente, satisfecho. Guarda la caja.

Terminamos de comer. Recoge los platos. Yo me quedo sentada un momento más, mirando la mesa vacía.

En el salón, la luz es baja. Héctor se sienta a mi lado. Me rodea con el brazo. Su contacto me resulta conocido, casi necesario. Nos acurrucamos en el sofá como una pareja de enamorados.

—Estás muy tensa —dice—. Ven.

Apoyo la cabeza en su hombro. El contacto me relaja de golpe, como si el cuerpo hubiera estado esperando permiso.

—Todo va a ir bien —añade—. Confía en mí.

No contesto.

Me besa despacio, sin prisa. No hay urgencia, tampoco deseo desbordado. Hay cercanía, calor, una forma de silencio compartido.

Me dejo llevar.

Después, en la cama, me pasa la pastilla y un vaso de agua.

—Para que descanses —dice.

La tomo sin mirarlo.

Apaga la luz. Se acerca. Su respiración se vuelve regular enseguida. Se pone encima. Terminamos pronto esta vez.

Yo permanezco despierta mirando el techo. El cuerpo empieza a aflojarse, pesado, como si se hundiera poco a poco en el colchón.

Antes de dormirme del todo, pienso que la discusión ha terminado sin que yo recuerde exactamente en qué momento dejé de resistirme.

El pensamiento se diluye.

La noche avanza.

Me voy durmiendo mientras escucho la respiración acompasada de Bony a mi lado.

64

He comprado una pelota para jugar con Bony. Salimos por el acantilado. Voy caminando y, de vez en cuando, se la tiro. Bony corre muchísimo, la coge y me la trae. Está feliz.

Llego al límite de mi paseo. Un risco grande que gira hacia la izquierda. Decido continuar. Bajamos a una playa. Allí le tiro la pelota mucho más lejos y Bony corre y corre. Es pura energía. De vez en cuando se mete entre las olas y va dando largos saltos casi como si volara.

La mañana es calurosa. La proximidad del verano se empieza a notar en los días que no hace mucho viento como hoy. Dentro de poco nos podremos bañar y estoy deseándolo. Pienso en la cala que hay junto a la casa y en la caseta de madera.

Caminamos más. Me siento a mirar las olas. Ellas siempre están ahí. Incansables. Poco a poco el sol va bajando y empieza a hacer más fresco. Bony se ha tumbado junto a mí después de varias carreras. Me pongo en pie y camino despacio, observando el crepúsculo naranja.

Cuando llegamos a casa me detengo. Bajo a la cala y me quedo de pie junto a la caseta. Bony me mira. Parece que me pregunta con la mirada. Gime. Busco la llave en mi bolsillo y abro el candado. La puerta chirría al abrirla. Enciendo una luz. Me sorprende que todavía funcione.

Hay arena en el suelo y la madera está húmeda. Abro una ventana. Bony entra y empieza a olerlo todo. Hay una libreta. Está llena de listas de la compra que papá debió de usar.

Tengo un nudo en el estómago. Papá.

Nunca supe bien lo que ocurrió. A veces pienso que es mejor no entenderlo. Que no sirve de nada. Que hay que seguir. Pero a veces estoy harta de hacer como si nada.

Intento no llorar. Cierro los puños con fuerza.

Voy fisgando por los muebles. Hay también una bufanda y una cajita con objetos variados. Dentro encuentro un mazo de cartas. Es una baraja española. Está vieja y tiene los bordes desgastados.

En la caja hay un anillo. Parece de oro. Tiene una fecha grabada en el interior. Es raro que esté aquí.

Abro un cajón y por fin lo encuentro. Es una brújula que papá solía llevar consigo. Está vieja y gastada. Casi no funciona. La tomo entre mis manos. Ahora me resulta muy difícil no llorar. No quiero, pero hay una fuerza que me supera.

Miro la viga. Ahí fue donde lo hizo. Aún no lo puedo creer. Me duele tanto el recuerdo. Las cosas que no viví. El tiempo perdido. Bony mira hacia arriba.

Estoy sentada en el suelo. Algo se ha recolocado dentro de mí. No sé si para bien. Bony gime y se acerca a mí. Creo que me entiende. Yo le acaricio y encuentro consuelo en su presencia.

He llorado y ya no tengo lágrimas. El sol se ha ocultado y ya no queda luz. Me levanto y recupero la normalidad. Limpio y dejo las cosas como estaban.

Nos volvemos a casa. Silbo para animar a Bony y corre arriba y abajo. Está esperando a que le tire la pelota. Al llegar arriba me siento más ligera.

Me he quedado pensando en ese anillo. En la fecha.

No recordaba haberlo visto nunca. Hay tantas cosas que tengo que descubrir.

En casa, limpio la cocina y el baño. Luego subo a la habitación de arriba. Me siento en la cama y observo. Hay que pintarla de nuevo. Miro la caja en donde dejé el diario. Hoy había pensado trasladar las cajas al altillo.

Sin embargo, no tengo ganas.

Oigo una llave abajo.

Estoy cenando con Héctor en la cocina. He preparado pollo y una ensalada. Héctor me cuenta cosas de su trabajo. Que hay un nuevo motor que casi no tiene averías, que han entrado una flota de veleros que están dando la vuelta al mundo, que dos de ellos tienen problemas mecánicos.

—¿Tú todo bien en casa? —me pregunta.

—Sí.

Le voy a comentar lo de la habitación, pero en este momento no me atrevo. Lo dejo para otro momento. Tal vez mañana. Tampoco le cuento que fui a la caseta y que por fin me atreví a entrar.

—Oye, he estado mirando una cosa —dice Héctor.

Le sirvo ensalada, justo la cantidad que le gusta a él, luego me sirvo a mí.

—La cuenta que tenemos en común —me explica—. He visto varios gastos de ropa.

—Sí, me he comprado un par de pantalones y un cinturón.

—Ya, bueno, solo lo digo porque este mes vamos mal, nada más. ¿Qué hay de postre?

La pregunta del postre me molesta. Incluso más que lo del dinero. Me siento obligada a comentar el postre, a dar explicaciones de lo que he preparado o no he preparado.

—Hay yogur.

—¿Solo?

—También hay fruta —digo.

Me levanto con mi plato para tirar los restos en la basura y ponerlo en el fregadero. Bony me mira con su cabecita apoyada en el suelo. Pienso en el móvil. En sacar una foto. Sin querer, meto la mano en mi bolsillo y palpo un objeto. Es la brújula de papá. Siempre la llevaba encima. Nos decía que nunca se sabe cuando uno se pierde. Que hay que estar preparados.

—¿Has tomado la pastilla? —me dice Héctor.

65

Hoy me despierto más tarde. Me ha costado arrancar. Tengo la cabeza espesa y estoy entumecida. Las ideas llegan, pero se quedan a medio camino.

Héctor sale pronto como casi todas las mañanas. Se marcha al trabajo con ganas. Lo veo en sus ojos. Mientras desayuna habla de lo que va a hacer, de sus compañeros, del motor ese que no se estropea, de barcos que ha visto. Dice que está siendo una buena temporada, que tal vez algún día él compre su propio barco. Yo escucho desde el sofá con un café entre las manos. Noto que cada vez me importa menos lo que me cuenta.

—¿Qué te pasa? —dice—. Te veo ausente.

—Es la pastilla para dormir. Me deja atontada.

—Es normal —dice—. Esos medicamentos te pueden dejar un poco atontada, pero es lo que tiene.

Le doy la razón.

La pastilla la tomo después de cenar. Con agua. A veces me adelanto yo sola y la tomo antes de que él la recuerde. Otras veces es Héctor quien la deja sobre la mesa, junto al vaso. Ningún día me he atrevido a no tomarla.

—Pues te noto más tranquila —comenta—. Creo que te sienta bien.

No sé si es tranquilidad o algo distinto. Me cuesta encontrar la palabra. En cualquier caso, me da miedo nombrarlo.

Héctor se ha marchado. Me voy con Bony a dar un paseo por los acantilados. He traído la pelota. Me da miedo que se pueda caer. Hay zonas traicioneras por eso siempre se la tiro hacia dentro, hacia el prado. Él camina atento, mirando a los lados, parándose a oler todo. A veces se detiene en seco, como si hubiera percibido algo que

para mí es invisible. Luego arranca de golpe marcándose un esprint. Corre muchísimo.

Suena mi teléfono. Es Marta. Lo dejo sonar. No tengo claro si contestar o no. Hace ya tiempo que no hablamos. Al final no cojo. Me siento mal. Hoy no tengo ganas de hablar con nadie.

Héctor me ha llamado. Dice que se queda un tiempo más. Son las once de la noche. Han decidido salir a tomar una copa con la gente de los veleros. Me invita, pero a mí no me apetece. Ceno un huevo duro.

Subo a la habitación de arriba. Hoy estoy decidida a leer el diario. Pero esta vez lo voy a abrir por la parte que no quiero leer.

Me tumbo y voy leyendo fragmentos. La noche del ingreso. Los pasillos blancos. Mi madre. Aquellas luces tan impersonales.

En el diario digo que todo ha salido bien. Más abajo escribo que ese día me hubiera gustado borrarlo de mi memoria.

Para siempre.

Y también a mi madre.

Cierro el diario. No me muevo durante un rato.

Me voy a la cama.

Esa noche me cuesta dormir. Pienso qué estará haciendo Héctor. Tal vez debería haber ido. Pasillos blancos. Luces impersonales. Tras un tiempo logro dormir.

En mitad de la noche me despierta Héctor que regresa a casa. Me hago la dormida. Él se mete en la cama y antes de dormir me da un beso en la espalda. No lo puedo evitar y me doy la vuelta.

—Hola —digo en un susurro.

Nos besamos. Esta vez me pongo yo encima. Estamos más tiempo de lo normal. Siento mi cuerpo más despierto.

Por la mañana me levanto y Héctor ya se ha ido. Es tarde. Llevo durmiendo mucho tiempo.

El móvil suena mientras estoy en el salón con un café. El timbre me sobresalta. Tardo en localizarlo. Lo cojo con torpeza.

—¿Sí?

—¿Ana? Soy Jimena, de recursos humanos.

La voz me resulta familiar.

—Hola.

—Queríamos hablar contigo. Estamos organizando los próximos meses y necesitamos saber si tienes pensado reincorporarte.

Me siento despacio en el sofá.

—No lo he pensado aún —digo.

—Verás, es que necesitamos hacer una previsión, aunque luego lo cambiemos —dice.

Miro hacia el pasillo. La puerta del dormitorio está entreabierta.

—¿Cuánto tiempo tengo? —pregunto.

—Un par de semanas —responde—. Si lo prefieres, puedes enviarnos un correo cuando lo tengas decidido.

—De acuerdo.

Colgamos.

Dejo el móvil sobre la mesa y me quedo mirando la pantalla apagada. La llamada sigue resonando dentro de mí, como una pregunta que no sé cómo contestar.

Héctor entra en casa poco después. Me encuentra sentada, en el mismo sitio.

—¿Todo bien? —pregunta.

—Me han llamado del trabajo.

—¿Ah, sí?

—Quieren saber qué voy a hacer.

Se acerca, se sienta a mi lado.

—Ahora mismo no tienes que decidir nada —dice—. Primero ponte bien. Lo demás puede esperar.

—Me han dado un plazo.

—Siempre hay plazos —responde—. Ya hablaremos con ellos si hace falta.

Me rodea con el brazo. Puedo notar su fuerza. Me acoplo dentro de su cuerpo. Siento calor.

—No te agobies —añade—. Estás en tratamiento.

La palabra vuelve a instalarse entre nosotros.

Asiento, aunque algo en mí se resiste a aceptar que estoy siguiendo un tratamiento, pero no tengo ganas de discutir. Supongo que es por mi bien.

Más tarde, ya en la cama, pienso en la llamada del trabajo.

Hoy me pongo encima otra vez y lo hacemos más despacio.

Mientras hacemos el amor nos miramos.
No sé qué estoy buscando.

66

Voy al ayuntamiento por una cosa sencilla. Voy caminando desde casa, así hago algo de ejercicio. Tengo que empadronarme de forma definitiva y actualizar los datos. En el último momento cambio de opinión y cojo el coche.

Entro en el edificio. Cojo número y me siento a esperar. Hay mucha gente.

He dejado a Bony en casa. Pensé en traerlo, pero en el ayuntamiento no dejan meter a perros. Me pregunto qué estará haciendo. Alguna de las suyas. Pensar en Bony dibuja una sonrisa en mi rostro.

Cuando me toca, una mujer de unos cincuenta años me hace una seña para que me acerque. Lleva gafas y el pelo recogido. Tiene delante un ordenador viejo y una impresora que hace muchísimo ruido cada vez que imprime.

—DNI —dice.

Se lo doy. Teclea despacio. Mira la pantalla. Vuelve a teclear.

—Aquí figura un padrón anterior —comenta—. ¿Quieres copia?

No sé muy bien para qué, pero asiento.

—Vale.

Imprime varias hojas. Las ordena con cuidado y me las pasa grapadas. Mira algo. Luego alza la vista. Sonríe.

—¿Qué papeles has traído?

—Las escrituras y la hoja rellena.

Se las doy y ella sigue tecleando. Al cabo de unos segundos vuelve a imprimir. Lo mira detenidamente. Comprueba unas cosas en el ordenador. Me mira. Vuelve a teclear cosas.

Me da todos los papeles.

—Ya está —me dice con una sonrisa.

Le doy las gracias. Firmo donde me indica. Salgo.

Ya en la puerta me voy con una sensación de satisfacción. Esta vez todo ha ido sin problemas. Por un momento he temido que no iba a poder hacerlo. Camino unos metros y me siento en un banco. Saco las hojas y las miro por encima para ver que está todo bien. No he empadronado a Héctor, a pesar de que ya vivimos juntos. Es algo que de momento no voy a hacer. Llevo toda la mañana dándole vueltas.

Miro el otro padrón. Datos. Fechas. Dirección. Un padrón de hace unos años. De cuando mi madre aún vivía. Son solo dos páginas.

En una de ellas aparece un nombre: Isabel Peña.

Leo la línea completa.

Relación con la titular de la vivienda.

Sigo leyendo.

Convive con:

Héctor Muñoz (hijastro)

Vuelvo a leerlo. Despacio.

Hijastro.

El nombre se me queda pegado.

Levanto la vista. El ayuntamiento sigue igual. Gente entrando y saliendo. Una mujer habla por teléfono. Un niño corre por el pasillo.

Vuelvo a mirar el papel. Paso el dedo por la línea. No parece un error de impresión. No parece una errata. No puede ser.

Hijastro.

Cierro las hojas. Las doblo con cuidado y las guardo en el bolso. Me levanto y camino hacia la otra calle en donde he aparcado. Un coche me pita y el corazón casi se me sale por la boca. Me quedo mirándolo sin poder decir nada. Me está gritando. Avanzo como puedo y me tapo la cara.

Me noto el pulso muy acelerado. Busco un sitio donde sentarme. Encuentro unas escaleras de piedra junto a una iglesia. Me siento. Saco de nuevo los papeles. Lo vuelvo a leer y no lo entiendo. Me quedo quieta sin saber qué hacer. Sola. Perdida. Por fin, lo guardo de nuevo y me pongo a caminar. Trato de respirar con normalidad. He tenido la tentación de volver al ayuntamiento a preguntar, pero no me he atrevido.

¿Qué es todo esto?

Vuelvo a casa.

Durante el trayecto trato de no pensar. Conduzco. Paro en un semáforo. Arranco. Todo normal.

Al llegar, dejo el bolso en la mesa. Saco las llaves. Abro.
Bony me saluda. Mueve la cola. Se me sube encima.

Me quito la chaqueta. Me sirvo un vaso de agua.

Saco las hojas otra vez. Las coloco sobre la mesa. Las aliso.

Leo el nombre una vez más.

Isabel Peña.

Se me hace extraño el nombre. No parece de nadie.

Por la tarde, Héctor vuelve. Entra como siempre. Deja las llaves en el cuenco. Se quita la chaqueta.

—¿Todo bien? —pregunta.

—Sí.

Espero a que se siente. A que saque el móvil. A que empiece a hablar de otra cosa. Seguramente del trabajo. De los motores. Pero no. Hoy viene callado. Tal vez le haya pasado algo.

No puedo esperar más y empujo las hojas hacia él.

—He ido al ayuntamiento —digo—. Me han dado esto.

Las coge sin interés. Las hojea rápido. Se detiene en una página. Sigue pasando.

—Ah —dice—. Esto es de hace tiempo. El padrón.

—Aquí aparece tu nombre —añado.

Me acerco y señalo con el dedo justo la casilla en donde aparece. Héctor levanta la vista.

—Ya.

Hace una pausa y da un largo suspiro.

—Sí. Te lo iba a contar. Isabel fue pareja de mi padre hace un tiempo. Me empadronaron aquí, pero nunca llegué a vivir en esta casa.

Lo dice como si hablara del clima. Me pongo en pie. Siento que me mareo.

—¿Por qué no me lo habías dicho? —pregunto.

Se encoge de hombros.

—No me parecía importante.

—No me jodas Héctor. ¿Cómo puede no parecerte importante?

Vuelve a dejar las hojas sobre la mesa.

—Eso fue hace muchos años.

—Entonces, ¿no viviste en esta casa? —pregunto.

—No, nunca.

Se levanta y va a la cocina. Abre la nevera.

—¿Qué quieres cenar? —pregunta—. Hay poca cosa.

Me quedo mirando los papeles.

—¿Cenar? —repito—. ¿Cómo puedes pensar en cenar después de haberme ocultado todo esto?

Héctor me mira. Se le cambia la cara.

—¡Hostia Ana! Tampoco es para tanto.

—¿Y mi madre? —pregunto—. ¿Por qué nunca me has dicho que salía con tu padre?

Héctor cierra la nevera.

—No lo sé —dice cabreado—. Me daba vergüenza.

—¿Por qué? Pero es que eso no es excusa.

—Podría parecer que somos como hermanos.

Vuelve a la mesa. Aparta los papeles a un lado, como si estorbaran.

—Pero eso no tiene nada que ver contigo ahora —añade—. Son historias del pasado.

Se sienta. Mira el móvil.

—Pero Héctor esas cosas se cuentan. ¡Es que me he casado contigo!

—Te estás liando —dice—. No todo tiene que significar algo. Simplemente no te lo quise contar porque nos iba a cortar el rollo.

—¡Yo alucino contigo!

Me dan ganas de tirarle algo a la cabeza.

—Además —continúa—, tu madre ya no está. Y mi padre tampoco. Todo esto es el pasado.

Me mira, pero no le reconozco.

—Mañana tengo que madrugar —dice—. Mejor cenamos algo ligero y vemos la tele. Ya hablamos de esto mañana con más calma.

No puedo creer que me esté hablando así.

Recojo las hojas y las guardo en un cajón. Me levanto. Voy a la cocina. Abro un armario. Cojo algo de comer y me siento en la mesa

de la cocina separada de él.

Bony se tumba cerca de mis pies.

Mientras corto pan, pienso en la palabra.

Hijastro. Suena horrible. ¿Por qué nunca me lo ha dicho? Lo que ha hecho es una falta de confianza absoluta.

Cenamos separados sin hablar. A él parece no afectarle nada. Después Héctor se va. Dice que mañana tiene un día largo y que tiene que estar descansado. Se para en la puerta. Va a decir algo, pero al final no dice nada.

Cuando se marcha, cierro la puerta de la cocina y me quedo sola con Bony.

Saco las hojas del cajón una última vez. Las miro. Luego las doblo y las guardo en el cajón donde dejo los documentos. No puede ser.

Apago la luz del salón.

La casa está en silencio.

Cojo una mantita y me tumbo en el sofá.

Hay luz suficiente como para ver la foto de la boda en donde aparecemos los dos juntos muy sonrientes. La tomaron justo después de haber subido al toro.

Yo estaba eufórica. Héctor se me acercó por detrás. Me agarró de la cintura. Me besó.

Ahora lo veo a él y no sé quién es.

67

Estoy corriendo por el acantilado. No he querido ver a Héctor esta mañana, así que me he puesto un chándal y he desaparecido de la casa con Bony. Necesito correr. Quemar toda la rabia que llevo dentro. Sigo sin entender lo que ha hecho y él sigue sin darme una explicación. Esto no pinta bien.

Estoy tan agitada que ni me he fijado en la caseta. He pasado a toda velocidad. Al llegar a la playa del fondo he bajado el ritmo hasta parar. Bony viene jadeante. Se me ha olvidado traer la pelota así que le tiro un palo. Le encanta venir a esta playa. Normalmente no hay nadie, pero hoy hay una mujer al fondo. Pese a que todavía hace frío, la chica está en bikini y se va a meter en el agua. Eso me anima y me decido a meterme en el agua.

Me quedo en ropa interior y me zambuyo. El mar está helado. Casi no puedo respirar. Pienso que el frío va a hacer que no piense tanto y esté más en el presente.

El baño me ha sentado bien, pero mis preocupaciones no se han ido. Siento una tensión en el estómago que no se va. Acaricio a Bony y trato de relajarme.

Cuando voy a abandonar la playa me fijo en la chica del fondo. Ahora estoy más cerca.

Es Raquel. La acompañante de Héctor.

Me mira y yo la miro, pero no nos saludamos. Bajo la mirada.

Se acerca caminando a paso rápido hasta donde estoy. La tengo a dos metros y se detiene. Su mirada se clava en mí.

—¡Tienes que dejarle!

Tardo en reaccionar.

—¿Qué?

—¡Tienes que dejarle!

—¿Por qué dices eso?

—No puedo explicarte más.

Se da la vuelta y se marcha. Le pregunto otra vez, pero ella no se detiene y al poco tiempo desaparece de la playa.

Me quedo paralizada.

Me giro y me voy.

El resto del día no paro. Limpio la casa y hago algunos arreglos en el jardín. La idea de que Héctor conoció a mi madre, de que pudo haber vivido aquí y no decírmelo. Todo eso me tortura.

Me meto en la casa y subo al piso de arriba. Entro en el dormitorio. Me quedo hecha un ovillo en la cama. No sé en qué momento me duermo.

Me despierta Bony ladrando.

Bajo a la cocina todavía medio dormida.

Héctor está con un delantal, preparando algo de comer. El extractor suena. El aceite chisporrotea. Y la luz del horno está encendida. Hay un pollo dentro asándose.

Apenas le saludo. Me sirvo un café y me siento. Él sigue cortando patatas, preparando una ensalada, chequeando el horno.

—Lo que no me explico —digo tras varios sorbos de café— es que nunca me lo hayas contado.

Héctor se gira. Me mira con aire indiferente.

—Ya te lo he dicho.

—Es que no me parece normal —digo.

—Si llego a saber que te iba a importar tanto te lo hubiera contado.

Noto que mi respiración se acelera.

—Estamos casados. ¡Joder!

—Por eso mismo —dice.

Asiente como si fuera una conversación que no quiere repetir.

—Además, ya te dije que la conocía.

—¿Cómo? Eso nunca me lo contaste.

Hago memoria y busco una conversación en donde Héctor me dijera que conocía a mi madre. No la encuentro.

—Sí, te lo dije. Lo que pasa es que no te acuerdas.

Le voy a rebatir. Pero entonces me hago pequeña. No lo recuerdo. Al igual que muchas cosas y entonces dudo.

Me quedo callada. Llena de rabia. Me empiezo a comer los pellejos de las uñas.

—Mira amor, ahora ya lo sabes. ¿Y qué? ¿Cambia algo? Ves como no. Anda vamos a disfrutar de la cena.

No sé qué decir. La situación me parece extraña. Me veo de pronto con un vino delante y con un plato lleno de pollo asado y patatas con cebolla justo como me gustan a mí.

—He hecho salsa. Esta te va a encantar.

Huele delicioso. Ha puesto pasas en la salsa. Justo lo que más me gusta.

No puedo comer. Dejo el plato y me levanto.

—¿Dónde vas? —me dice.

No le contesto. Cojo la correa y me llevo a Bony.

Espero que cuando vuelva esté dormido y no tenga que hablar con él.

Fuera rodeo la casa. Hoy apenas hay luz. No hay luna. Me he traído una linterna. Cuando ya estoy más lejos, puedo comprobar que todavía hay luz en la casa.

Tiene un aspecto solitario.

Tengo miedo.

68

Aparco el coche delante de las lanchas en Somo. Como he venido pronto, no hay mucha gente. Me subo en la lancha y me dejo transportar hasta Santander. Miro la ciudad y muchos recuerdos brotan de mi mente.

Recuerdos que ahora ya no me importan.

Esta vez la consulta de la doctora está completamente vacía. Ella sale a recibirme.

—Me alegro de que me hayas llamado Ana —dice.

Nos damos la mano de manera formal. Luego nos sentamos. Me ofrece un café que acepto. Ella me sonríe y me trata de forma muy amable.

Le cuento a trompicones todo lo que he averiguado. Lo del padrón. Los argumentos que me dio para no contarlo. Le digo que me parece una treta. Ella me escucha con atención. Le sigo contando que solo habla de su trabajo. Que estoy harta. Que creo que he cometido un terrible error. Que tal vez me he dejado arrastrar por mi soledad.

Ella me escucha. Apunta cosas.

—¿Cómo te sientes ahora?

Esa pregunta me descoloca. Hace mucho tiempo que no me la hacía de verdad. Me pongo la mano en el pecho.

—No lo sé. Rara.

Me mira.

—Yo no te puedo dar consejos Ana —dice la doctora—. Te puedo escuchar y con suerte ayudarte a pensar con claridad. Tal vez a poner orden en tus sentimientos.

—¿Qué crees que debo hacer? —pregunto.

Ella apunta algo en su cuaderno.

—Antes has dicho "treta". ¿Qué significado le das tú a eso?

Siento en el pecho un vacío. Una especie de grieta que se abre sin permiso.

—Puede que Héctor me haya estado manipulando todo este tiempo.

La doctora asiente.

—Pero no sé por qué le he dejado.

—Puede que ahí esté la cuestión —me dice ella.

Me revuelvo incómoda en el asiento.

—¿Qué quieres decir?

La doctora deja el bolígrafo en la mesita y me mira fijamente.

—¿Has pensado que tal vez estés interpretando la situación de forma errónea?

Al plantear esta pregunta siento un vértigo. Trato de buscar un punto de seguridad, un anclaje, pero ahora mismo no lo encuentro.

—A ver, Héctor te ha dicho que no te lo dijo porque de esa forma le podrías ver como un hermano.

—Sí.

—Pues eso. Tal vez él no quería perderte.

Su lógica es aplastante y al mismo tiempo absurda. Tengo la cabeza llena de pensamientos acelerados, pero hay algo que hace que no quiera sacarlos. Me estiro y me toco el pelo. No sé dónde meterme.

—Pero eso me lo tenía que haber dicho. Me parece muy grave.

—Y lo es. Pero es importante que entiendas por qué lo hizo. Como él mismo explicó, no es lo mejor, pero tuvo miedo y tomó una mala decisión. Eso es humano Ana.

Humano.

La palabra me retuerce el estómago. La doctora ya no me parece esa mujer amable que quiere ayudarme. Ahora la empiezo a ver de otro modo.

Mil preguntas se arremolinan en mi interior. La respiración se me ha acelerado.

Espero unos segundos antes de preguntar.

—¿Tú conoces a Héctor?

Ella frunce el ceño y me mira tratando de entender mi intención.

—Sí, pero…

Se atraganta. Tose.

—Perdón, te decía que eso no tiene importancia aquí.

Me pongo en pie.

—¿Le conoces?

Ella me observa como si mi pregunta no fuera adecuada al momento.

—Ana, ya te he dicho que sí. Hace unos años él vino a consulta.

Se me va la cabeza. Hay un jarrón. Me entran deseos de estrellarlo contra la pared. Tengo los ojos rojos y la visión se me nubla.

—¿Y no pensabas decírmelo? —exclamo.

—Normalmente, las terapias son privadas y no suelo hablar de ellas.

Lo que más me fastidia es que suena razonable. Me vuelvo a sentar, pero ya no tengo ganas de estar aquí.

—¿Cuánto te debo?

Bajo por las escaleras. Me siento muy rara. No creo que vuelva a verla. Hay cosas que no la he contado, pero ahora no creo que se las cuente nunca.

El viaje en la lancha se me hace eterno.

Cuando llega, soy la primera en bajar y corro hasta el coche. Se ha hecho de noche. Al arrancar, compruebo que uno de los faros se ha fundido. No puedo ver bien la carretera y para colmo se ha puesto a llover con bastante fuerza.

Voy muy tensa conduciendo. No me doy cuenta, pero voy a una velocidad algo superior a la permitida.

Desde que he salido, hay un coche que se me ha pegado. Pasa el tiempo y no se va. Me recuerda a lo que pasó en Cabárceno.

Decido tomar un desvío. No me creo que me esté siguiendo a mí, pero sorpresa, él también hace el giro.

No puede ser. Otra vez no. No puedo más.

Acelero y empiezo a tomar las curvas de forma temeraria.

Llegado a un punto, freno en mitad de la carretera.

El coche me pita y frena también. No hemos chocado de milagro.

Me bajo del coche en mitad de la lluvia. Voy hacia el coche de atrás. Golpeo el cristal del conductor. Baja la ventanilla.

—¿Por qué me sigues? —le digo.

Es un hombre calvo, de unos cincuenta años, algo rechoncho y muy poco amenazante. Parece un ganadero.

—Oiga, yo no le estoy siguiendo. Voy a mi casa que está un poco más adelante. ¿Está usted bien?

Me quedo sin palabras.

Me siento avergonzada.

Le pido perdón y me voy.

69

Llego a casa empapada. Al abrir la puerta hay una luz encendida y me encuentro con Bony. Mueve la cola y se sube encima. Miro por toda la casa y no encuentro a Héctor. Salgo con el perro al jardín y luego doy una pequeña vuelta por el camino.

Se está haciendo tarde y Héctor no vuelve así que decido llamarlo. Dejo que suene varias veces, pero nadie contesta. Es raro porque suele coger enseguida. Cierro bien las puertas de la casa y las ventanas y cuando me estoy haciendo un sandwich en la cocina se va la luz.

Enciendo una linterna que tengo en un cajón. Voy hasta el cuadro eléctrico y compruebo que ha saltado el diferencial. Lo empujo hacia arriba pero vuelve a bajar. Lo vuelvo a empujar.

No hay suerte.

Miro a ver si hay velas en la cocina, pero solo tengo pequeñas. Compruebo si hay pilas de repuesto y descubro que hay otro juego.

Vuelvo a llamar a Héctor. Me empiezo a preocupar. Todo esto es muy raro. No contesta. Ni siquiera salta el contestador.

Le pongo a Bony una lata de comida que se zampa con apetito y le renuevo el agua. Se está haciendo muy tarde y no voy a estar esperando toda la noche a que vuelva. Lo mismo se ha ido a su casa para no discutir más.

Me meto en la cama e intento una última llamada. Nada. Trato de relajarme y Bony se sube conmigo a la cama. Me tranquiliza que esté aquí.

Llevo más de una hora en la cama dando vueltas. No consigo dormir. Además escucho ruidos por la casa. Creo que es el viento. Hoy sopla más fuerte de lo normal. Esta noche llueve y se pueden sentir los golpes que da el mar en las rocas.

Miro por la ventana pero apenas se ven sombras. El cielo está cubierto de nubes y no se ve la Luna.

Voy a la cocina y me tomo una pastilla para dormir. Miro la caja y no consigo sentir la tranquilidad que me daban antes. Estoy muy espabilada.

Cojo otras dos pastillas. Sé que no debería hacerlo, pero necesito dormir. Dudo un momento. Pero al final me las trago.

Vuelvo a la cama. Llamo a Bony y se vuelve a subir. Le acaricio. Las pastillas me están haciendo efecto porque noto como me voy relajando más y más y me entra un sopor denso.

Me quedo dormida.

Me despierta un ruido. No sé cuánto tiempo he estado durmiendo. Siento la cabeza como si tuviera un globo dentro que me oprime. Otra vez el ruido.

No puede ser. Hoy no.

Me levanto y me meto en el baño. Bony está gruñendo hacia la escalera. Se ha puesto como en posición marcando un sitio.

Me echo agua en la cara y me despejo. Vuelve a sonar. Esta vez muy fuerte. Junto a la escalera. Después suena otra vez en la cocina. Bony empieza a ladrar. Olfatea el aire y gruñe mostrando los dientes.

Suena otro en la habitación de arriba. Mucho más fuerte que los otros dos. Bony ladra de nuevo. Subo al piso de arriba con la linterna. Se escucha un trueno. Por un momento pienso que puede haber alguien en la casa. Me estremezco. Me quedo quieta. No sé si subir o bajar. Bony está a mi lado. Me quedo en absoluto silencio para comprobar de dónde viene. No suena. Subo al piso y hago una pequeña ronda por el dormitorio, el salón grande y el baño. No suena nada. Llueve fuerte.

Lo escucho ahora abajo. Bony gruñe y sale corriendo. Empieza a ladrar. Está en la entrada y su posición marca la escalera.

Me acerco. Si me escucha tal vez se pare y necesito que siga si quiero atraparlo. Me acuerdo que cuando era una niña me escondía en una trampilla. La busco. El grillo está ahí mismo. Puedo sentirlo. También Bony que se acerca y marca el lugar. Olisquea y mueve el rabo.

—¡Muy bien Bony! —le acaricio.

Encuentro la trampilla. Está muy escondida, pero tiene un pequeño resorte del que tirar. La consigo abrir. Proyecto el haz de luz dentro.

Veo que hay una muñeca vieja apoyada en una balda dentro del hueco. Creo reconocer esa muñeca o lo que queda de ella. Es una con la que jugaba de niña.

Otro trueno. Esta vez muy cercano. Ha debido de caer en el mar. El sonido regresa. Miro por el suelo. No veo nada. Me agacho bien e ilumino cada rincón.

Allí en el suelo veo algo. Un dispositivo. Lo cojo. Lo miro con atención. Cuando lo tengo en la mano suena otra vez. Bony ladra rabioso.

—Cálmate —le digo a Bony.

Busco el diminuto interruptor y lo desconecto. Me lo llevo a la mesa de la cocina y lo dejo allí.

Escucho un segundo grillo. Este debe estar en el salón. Busco detrás de unos libros. Nada. Se calla. Bony ha descubierto el juego y rastrea por todos lados. Ladra como un loco. Vuelve a sonar.

Bony olisquea el aire. Se va a una esquina del salón. Inspecciona la pared, la televisión. Luego va al sofá. Vuelve el sonido. La lluvia golpea con violencia los cristales. Me parece que está situado arriba en algún sitio. Miro las baldas y veo la figurita del demonio.

No.

La cojo y compruebo que tiene pegado por detrás otro aparato.

Es exactamente igual que el otro. Idéntico al que compré en el Gran Bazar.

Escucho otro en el piso de arriba.

—¡Vamos Bony! ¡Busca!

Bony sube corriendo las escaleras y yo detrás. Le lleva menos de diez segundos marcar un punto en el armario grande. Miro detrás y encuentro otro grillo. Esta vez pegado a la pared del armario en un sitio de difícil acceso.

Lo llevo abajo.

Están apagados. Los dejo sobre la mesa.

Cojo una manta. Me tumbo en el sofá. Observo los grillos. Son tres. Pero tal vez hay más. Cuatro o incluso cinco o seis.

Agarro mi móvil. Tengo que llamar a Marta. Busco su teléfono, pero noto que se me cierran los ojos. Hago un esfuerzo por mantenerme despierta. Tengo que llamar…

Cierro los ojos y ahora ya no pienso en nada.

Solo en dormir.

Los grillos.

Soñar.

70

Escucho un ruido como de agua. Es Bony bebiendo. Abro los ojos. La cabeza la tengo embotada. Me estiro en el sofá y lo primero que ven mis ojos son los grillos.

Ahí están en la mesa. Desconectados. Ya no podrán molestar a nadie. Veo que tengo el móvil casi sin batería.

Me levanto, busco el cable y lo cargo. Mientras se carga me preparo un café. No estoy segura de hacerlo, pero creo que voy a llamar a Marta. Voy a dar el paso y se lo voy a contar.

Miro los grillos sobre la mesa.

El café ya está listo. Me pongo leche y azúcar. Necesito despejarme del somnífero. Necesito encontrar las palabras para cuando venga. No voy a seguir con esto.

No espero a que el teléfono se cargue bien y llamo a Marta.

—Hola —dice Marta.

—¡Marta!

Hay un breve silencio.

—Ana, te he estado llamando un montón de veces. Me tenías preocupada. Si sigues enfadada por lo del diario…

—No, no tiene nada que ver.

—¿Qué te pasa?

Mi voz ha sonado quebrada. No soy tan fuerte como pensaba. Miro esos malditos cacharros. Las noches sin dormir. Meses pensando que me estaba volviendo loca. Buscando por la casa. Incluso llamé a un técnico para que quitara el ruido.

Vuelvo a la realidad.

—¿Ana? Dime algo —me insiste Marta.

Trago saliva.

—Es Héctor. Lo voy a dejar.

—¿Pero qué dices? Ana… ¿Qué estás diciendo?

Se queda en silencio. Yo también. No sé cómo explicarme ni por dónde empezar. Son demasiadas cosas en la cabeza.

—¿Qué ha pasado? ¡Cuéntamelo! —por fin dice ella.

No sé lo que ha pasado. Si lo supiera lo podría explicar bien. Suspiro. Noto que tengo la boca seca y que me tiembla el pulso.

Bebo café.

—¿Te acuerdas que escuchaba unos ruidos por la noche? —digo con voz trémula.

—Sí.

—Pues ya lo he descubierto. Ha sido Héctor. Ha puesto cosas en la casa… Me ha tenido así meses.

—Hostia.

—El otro día fui al ayuntamiento a empadronarme y ¿sabes qué? Me dieron una copia del padrón anterior. Estaba mi madre, el padre de Héctor y él.

—¿Conocía a tu madre?

—¡Sí! Su padre salió con mi madre y vivieron aquí.

—¿Y no te dijo nada?

—¡No!

Ya no puedo parar. Le cuento todo. Sus explicaciones. Su indiferencia. Sus miradas. La forma tan rara en que hacíamos el amor. Mis sospechas que se han ido convirtiendo en certezas.

—Ana, no te creas nada de lo que te diga. Sal de ahí.

Mientras ella me apoya, no puedo evitar recordar las palabras de la psiquiatra.

¿Y si estoy equivocada?

Marta me dice que lo deje, que me vaya inmediatamente de la casa y no aparezca más, pero a mí esa solución no me agrada. Esta vez quiero enfrentarme a lo que no me gusta. Ya evité enfrentarme a mamá y me he estado torturando toda la vida.

—No te quedes a solas con él —me advierte.

Tiene razón. Lo que ocurre es que viviendo en esta casa poco puedo hacer. Aquí no hay nadie.

Nunca ha habido nadie.

71

Bony está a mi lado. Tranquilo. Con mi mano le acaricio.

Se incorpora, tenso, como si algo hubiera cambiado en el aire. Lo noto por la forma en que apoya las patas en el suelo, demasiado firme, muy atento. Se estira y bosteza. Casi parece humano.

—¿Qué haces? —susurro.

No se gira. Mira hacia la puerta. Se escucha algo.

Es Héctor. Noto una tensión fuerte en la boca del estómago. Me pongo en pie.

—¿Ana? —le oigo decir a Héctor.

Ya está. Ha entrado.

Salgo de la habitación. Me lo encuentro en la cocina. Me está esperando. En la mano tiene un vaso de agua. Se lo bebe de un trago. Los ojos los tiene rojos.

—Te estuve llamando anoche. Varias veces. ¿Dónde estabas? —le digo tratando de no sonar crispada.

Me mira extrañado.

—Te dejé una nota en la cama. Hemos hecho una regata nocturna.

—Pues no la he visto.

—¿No?

—No. Héctor, tenemos que hablar.

Evita mirarme. Mira por la ventana. El viento golpea desde el mar y hace que todo se tambalee en la casa, como si el mundo se hubiera acordado de nosotros de repente.

—¿Ahora?

—Sí. Ahora —digo y me tiembla la voz—. Tengo que sacar a Bony.

—Vale —dice Héctor—. Vamos.

Abre la puerta y me invita a salir. Tiene el semblante serio.

Bony sale de inmediato. Héctor sale después. Me mira y cuando lo hace lo veo sonreír de una manera rara.

Vamos caminando por el paseo del acantilado. Bony va corriendo. Oliendo aquí y allá, lo que va encontrando. El viento baja y hay esa sensación en la atmósfera de calma chicha que precede a las grandes tormentas.

Dejamos atrás la caseta. He pensado en el anillo que encontré el otro día, pero no quiero distraerme.

Héctor no habla mucho, vamos en silencio. Estoy buscando el momento para hablar, pero no me atrevo.

Bony sigue corriendo de un lado para otro. Ladra. Si alguien nos viera desde fuera pensaría que somos una pareja feliz.

Héctor sigue caminando en silencio hasta que llegamos al extremo del camino. Un poco más y alcanzaremos la playa. Me extraña verlo así.

Nos paramos.

Bony está oliendo unos arbustos y se detiene cerca de nosotros. Levanta las orejas.

—Me gustaría que hablemos —digo.

Mi corazón late deprisa. Por fin lo he dicho. Acabo de abrir una puerta que ya no puedo cerrar.

—¿Aquí? ¿Ahora?

—Sí —contesto.

Tardo en hablar.

—¿No es mejor que esperemos a llegar a casa?

Le digo que no. No le doy ninguna explicación. Nos hemos quedado quietos y es raro porque el viento ha dejado de soplar.

—Todo esto del padrón no me ha gustado nada —digo.

Me cuesta horrores pronunciar las palabras. No estoy segura de si voy a ser capaz de decir lo que pienso ni en qué orden. De pronto no sé muy bien lo que tengo que decir. Se me agolpan las ideas.

Héctor va a interrumpirme. Hace amago de empezar a hablar.

—¡Espera! —digo con fuerza.

Esta vez mi voz ha salido con energía. No he temblado.

—Creo que esta relación no puede continuar Héctor. Quiero separarme. Me parece que no has sido honesto conmigo.

Ya lo he soltado.

—¿Qué? —dice.

Su mirada está cargada de sorpresa.

—Parece que lo tenías todo premeditado incluso antes de conocerme. Si hubieras sido sincero, lo habría aceptado, pero no así.

Ya está. Aunque no estoy muy segura de lo que he dicho. He reunido el valor suficiente para decirlo en voz alta. Observo que su rostro ha palidecido. Su cara está rígida.

—¿Estás cortando conmigo?

Siento una enorme presión en mi pecho. Quiero escaparme. Correr. No tener que pasar más tiempo con este hombre.

—Sí.

Lo digo titubeando porque ya no sé lo que estoy diciendo. Me acuerdo de los grillos.

Le miro. De pronto, todo lo que había significado lo veo perdido.

—¿Cómo has sido capaz? —susurro. Hay algo dentro en mi interior muy herido.

—¿De qué?

—Héctor, los grillos. Los aparatos esos. ¿Cómo has sido capaz de hacerme sufrir tanto tiempo?

Se aleja unos pasos. Vuelve.

—Amor, creo que estás pasando una crisis. Y créeme que te entiendo. Todo esto que piensas es por la tensión que has vivido. De verdad, déjame si quieres, pero permite que te ayude.

Héctor me habla con suavidad. Alarga su mano y me acaricia el brazo. Una parte de mí duda. Quiere cerrar este capítulo. Abandonarse. Dejar que me abrace y olvidarlo todo. En realidad, ¿qué importa si ya conocía a mi madre?

Pero no puedo pensar así. Me estaría traicionando.

—No, Héctor. Esto es definitivo. No puedo tolerar lo que has hecho conmigo.

No sé cómo, pero lo he dicho. Me miro la mano un momento y observo que estoy temblando. Héctor me sigue acariciando el brazo. Ahora se acerca más y ya no me acaricia sino que me agarra.

—¿Dónde fuiste ayer? —me pregunta.

Su cambio de tono me asusta.

—A Santander —contesto yo—. ¿Por qué?

—¿A qué?

—Estuve hablando con la psiquiatra.

—¿Y es ella la que te ha metido esta idea en la cabeza?

—No.

Creo que debería volver a casa. Me debería marchar de aquí. Llevarme a Bony.

Trato de quitar su brazo. Pero no puedo. Me tiene sujeta con mucha fuerza.

—No has pensado bien lo que estás diciendo —dice.

Una sensación rara me atraviesa.

Sin soltarme, añade:

—¿Sabes? La vida es muy injusta. Especialmente con los que nos merecemos una oportunidad. Y mírate tú.

Hace una pausa. Me mira desde muy cerca y dice:

—No te mereces esta casa.

Tardo en entenderlo. Cuando lo hago ya es demasiado tarde.

Aprieta más y me arrastra hasta el borde del acantilado. Intento zafarme, pero no puedo con él.

Me giro y le clavo el codo en su abdomen. La sorpresa ha conseguido que pierda la sujeción y me he liberado.

Corro y a los tres pasos tropiezo y caigo al suelo. Me he golpeado en la cabeza. Me mareo. El horizonte se me difumina. Me siento caer.

Héctor avanza hacia mí. No habla. Ni siquiera veo odio en su cara.

Lo tengo prácticamente encima. No tengo tiempo de ponerme en pie y salir corriendo. Su brazo avanza para cogerme.

Bony se lanza de golpe, como un resorte. Es un movimiento rápido, directo, que no parece pensado. Solo ocurre. Escucho un gruñido fuerte. Sus dientes se cierran donde encuentran carne. Héctor grita, sorprendido, y pierde el equilibrio.

Todo pasa muy deprisa y, al mismo tiempo, como si se hubiera ralentizado.

Héctor intenta agarrarse a algo, a una roca, al aire, pero no hay nada firme. El perro le ladra y lo vuelve a amenazar, enseñando los dientes, buscando separar, empujar, hacer espacio para protegerme.

Héctor cae hacia atrás. Sus pies patinan. El borde está ahí, más cerca de lo que yo había calculado. Veo su cara, deformada por algo que no sé si es rabia o incredulidad.

Luego desaparece.

El ruido del cuerpo contra las rocas llega tarde, amortiguado por las olas. No miro hacia abajo. No puedo. Me quedo donde estoy, con las piernas temblando, agarrada al collar del perro sin darme cuenta de lo que ha pasado.

El perro sigue alerta. No ladra. Mira el espacio vacío como si todavía no estuviera seguro de que todo ha terminado. Me lame la cara. Gimotea.

—Ya está —susurro, sin saber a quién se lo digo.

El perro me mira por fin. Sus ojos están limpios, claros. No hay confusión en ellos. Solo atención.

Me siento en el suelo. La tierra me mancha las manos. Respiro hondo, demasiado profundo, como si el aire no pudiera entrar bien en mis pulmones. Bony se acerca despacio y apoya el cuerpo contra mi pierna.

Cojo el teléfono. Llamo a emergencias.

Apoyo la frente en su lomo y cierro los ojos. El viento sigue soplando. El mar sigue abajo, invisible. Las gaviotas nos sobrevuelan ajenas a nuestra discusión. Todo parece igual que antes y, sin embargo, sé que todo ha cambiado.

Me pongo en pie. Me acerco hasta el borde del acantilado despacio. Bony me sigue. Le digo que espere. No puedo ver nada.

Llega una ambulancia. Estoy aturdida por el shock. Una chica me atiende. Llegan coches de policía.

—¿Cómo se llama? —me preguntan.

—Ana Rodríguez.

Le digo mi nombre completo. Me suena ajeno.

—¿Edad?

—Treinta y dos años.

—¿Tiene alergia a algún medicamento?

—No.

He tenido que ir a comisaría a dar mi declaración. Cuando terminan me dicen que no han encontrado el cuerpo de Héctor.

Todo el mundo cree que ha sido un accidente.
Pero solo yo sé que no lo ha sido.

72

Duermo con la ventana abierta.

El aire entra frío.

Me mantiene alerta dentro de la casa.

El perro está a mis pies. No duerme del todo. Lo noto por su respiración, por la forma en que cambia de ritmo cuando algo se mueve fuera. A veces levanta la cabeza. A veces vuelve a apoyarla sin más.

Me he cambiado de habitación. Ahora duermo en la que está arriba. La noche entra despacio. El sonido del mar llega amortiguado, irregular. Me sorprende. Durante semanas no he sabido hacer otra cosa.

Cierro los ojos. Y entonces lo oigo.

Un grillo.

Es el mismo sonido. O quizá no. No sabría decirlo. Es limpio, reconocible, casi exacto. No me sobresalta. Ya se ha vuelto familiar. Me levanto y me asomo a la ventana.

Bony levanta la cabeza. Escucha. Observa con atención lo que yo hago. Mueve la cola.

Eso me tranquiliza más que cualquier otra cosa.

El grillo sigue un poco más. Lo puedo escuchar con nitidez. Está fuera cantando como haría cualquier grillo.

Al cabo de un rato ya no se le escucha. Pienso que se habrá dormido. Ese pensamiento me da paz.

Respiro hondo. Me doy la vuelta. La cama cruje bajo el peso de mi cuerpo. Todo está en su sitio.

Antes de dormirme, pienso que quizá nunca hubo nada raro.

Que quizá lo raro fue intentar entenderlo todo.

Y ahora, el silencio no me pide nada.

Solo me susurra al oído que es el principio de todo.

Un breve mensaje

Si has llegado hasta aquí, de verdad: gracias.

Para mí es un honor que hayas dedicado tu tiempo a leer esta historia.

Escribir este libro me ha llevado mucho esfuerzo, y lectores como tú son los que hacen que todo merezca la pena.

Si te ha gustado, aunque sea un poco, puedes ayudarme muchísimo dejando una reseña en Amazon. No tiene que ser larga: una o dos frases son más que suficientes.

Tu opinión ayuda a que el libro llegue a nuevos lectores.

Solo tienes que entrar en la página del libro en Amazon y hacer clic en "Escribir una opinión".

Gracias de nuevo y nos vemos en la próxima historia.

Simón

Índice

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54

55

56

57

58

59

60

61

62

63

64

65

66

67

68

69

70

71

72

Contenido

1. Prólogo
2 El grillo
3. El técnico
4. El acantilado
5. La cena con Héctor
6. El notario
7. El grillo 2 y la gotera
8. La gotera y Héctor la repara
9. Dolor
10. Encuentro con Héctor y la otra chica
11. Orden en casa. El diario
12. Visita a Cabárceno
13. La cena con Héctor
14. El cementerio
14. El huerto
15. Otra vez el diario
16. Ayuntamiento
17. Supermercado
18. El sobao
19. Otra vez el grillo
20. El paseo y la casa
21. El perro
22. El picnic
23. La noche y la luna
24. El paseo
25. Espejo
26. Bony enferma (Giro 1)

27. El coche
28. La visita de las amigas
29. Segundo día de la visita de las amigas
29. Dentro del coche
30. De vuelta a casa
31. La tarde pasa
32. Otra vez en el ayuntamiento
33. Sexo
34. El paseo
35. El bar
36. La mesa
37. El camino del monte
38. Héctor prepara la cena
39. La cena con lubina
40. Salen en barco (parte del coche)
41. Salen en barco (el barco)
42. Ana se marea
43. Ana lleva otra vez los papeles al ayuntamiento
44. Ana se compra un portátil y una TV nueva
45. Ana intenta sincronizar los canales
46. La casa de Héctor
47. Andrés visita a Bony (por el final de acto 2)
48. Pedida de matrimonio
49. Eligen cosas para la boda
50. Llamada a Marta
51. Bazar (segundo punto de giro)
52. Escena banal con Héctor
53. La boda

54. Menorca
55. Nuevo hotel Menorca 2
56. Regreso
57. El grillo
58. Cuidarte
59. El partido
60. La psiquiatra a solas
61. El club
62. Ana se niega a tomar la medicación
63. Bony
64. Tratamiento
65. El padrón (Tercer punto de giro)
66. El error
67. Ana acude a la psiquiatra
68. Desayuno
69. La escena del perro
70. Última escena